

Selecta

Antología
de relatos
románticos

2020

San Valentín

Antología de relatos románticos
San Valentín 2020

T.L,

Ana Álvarez, Arlene Sabaris, Ava Cleyton, Brenna Watson, Elizabeth Bowman, Emma J. Care, Encarna Maguin, Francine JC, Laura Kaestner, Mar P. Zabala, María Acosta, María José Avendaño, Marian Arpa, Marion S. Lee, Mavi Tomé, Mayeda Laurens, Mimi Romanz, Mina Vera, Nieves Hidalgo, Nuria Rivera, Olga Hermon, Paula Alaimo, Perla Rot, Pilar Piñero Mateo, Reina González Rubio, Viktoria Yocarri.

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

Queridas lectoras:

Otro año más ponemos en vuestras manos una colección de relatos escritos con mucho cariño. Esperamos y deseamos de todo corazón que os guste y la disfrutéis.

Leeréis romances de todo tipo... más dulces, más tiernos y con más o menos humor según sean los libros de los que salen o pertenecen estas mininovelas. Esta antología está formada por pequeñas escenas protagonizadas por personajes principales o secundarios de novelas pertenecientes a Selecta.

Quienes formamos parte de Selecta Editorial, especialmente nuestros autores, hemos puesto mucho amor, ganas, tiempo y entusiasmo para haceros llegar este obsequio en el Día de los Enamorados.

¡Feliz y romántico San Valentín!

Lola Gude

Editora de Selecta Editorial

Otra vez San Valentín

Ana Álvarez

Inmaculada Piñero entró en el juzgado dispuesta a defender un caso difícil. Se trataba de una mujer que, durante un periodo de su vida dominado por las drogas, había perdido la custodia de su hija de cuatro años en favor del padre. Tres años más tarde, y completamente rehabilitada, luchaba por recuperarla.

El caso la había marcado, como madre que era, y estaba dejándose la piel para ayudar a su cliente. El abogado del padre luchaba por que no se le concediera ni siquiera la custodia compartida y solo tuviera derecho de visita, siempre bajo la supervisión de una tercera persona.

Durante varios días, había aportado documentación de médicos, psicólogos y personal sanitario. Isabel Blanco estaba totalmente rehabilitada, lo había logrado gracias a su profundo deseo de recuperar a su hija, y ella estaba dispuesta a ayudarla. Las mujeres debían apoyarse unas a otras, estaba convencida de que lo lograrían, a pesar de que el abogado paterno era un hueso duro de roer. El magistrado que llevaba el caso no daba pistas de hacia qué lado se inclinaría, pero estaba segura de que tenía que imponerse la justicia, y no se podía privar a una madre de su hija por un error del pasado.

Se reunió con su cliente en la antesala del juzgado donde se libraba la causa y allí se enteró de una triste noticia: el juez había sufrido un derrame cerebral aquella madrugada y habían tenido que sustituirlo. La vista se aplazaba cuarenta y ocho horas para que el nuevo magistrado tuviera ocasión para ponerse al día.

—¿Quién es el sustituto? —preguntó a uno de los empleados presentes.

—Uno que tú conoces muy bien —respondió con sorna.

—Conozco a todos los magistrados de este juzgado —dijo sacando su voz más dura de «letrada de hierro», cómo sabía que la llamaban.

—A este, de forma muy especial.

—¡No puede ser! ¿Raúl? ¿Mi marido?

—En efecto, su señoría el magistrado Hinojosa.

Cerró los ojos con fuerza. ¡Debía haber un error! Nunca coincidían en un caso, había sido un acuerdo al que llegaron cuando él consiguió la judicatura, y siempre habían logrado mantenerlo.

Él rechazaba los casos en que ella estaba implicada, y viceversa.

Se apartó un poco para telefonarle. Raúl respondió al primer timbrazo, como si esperase su llamada.

—Dime, Inma.

Mal asunto. Ni cariño ni preciosa. Solo Inma, lo que significaba que no hablaba Raúl, sino el juez.

—Acabo de enterarme de que vas a juzgar mi caso.

—En efecto.

—Raúl, decidimos evitar estas situaciones.

—No he podido negarme. Serrano ha sufrido un derrame cerebral del que no se va a recuperar y en este momento no hay otro compañero disponible. No se convertirá en algo habitual, descuida.

—No me gustaría que alguien cuestionara tu sentencia.

—Puedo asegurarte que el hecho de que seas mi mujer no influirá en mi imparcialidad. Desde este momento y hasta que, una vez estudiados a fondo los documentos del caso, dicte sentencia, serás solo la abogada Piñero. Y te agradecería que, para evitar suspicacias, no me llames durante las horas de trabajo.

—De acuerdo, señorita —recalcó el tratamiento.

Cortó la llamada y regresó junto a su cliente para informarle de que se había cancelado la sesión aquella mañana.

Dos días después, se volvieron a reunir en el juzgado de familia. Inma evitó mirar a su marido, sentado frente a ella, para que nadie pudiera adivinar cómo le ponía verlo desempeñar su papel de magistrado. En aquel momento, era solo el juez que llevaba el caso. Ya se lo demostraría aquella noche cuando llegaran a casa. Era la víspera de San Valentín y aún no sabía qué sorpresa había escogido Raúl para celebrarlo, pero ella se le iba a tirar al cuello en cuanto asomara por la puerta. Que su hija Marta ya se hubiera ido de casa tenía sus ventajas.

Se sentaron en espera de que se leyera la sentencia. Raúl presentaba su aspecto más profesional y por mucho que lo miró no logró encontrar sus ojos. Su marido se tomaba muy en serio su faceta profesional.

Pero a medida que escuchaba su entusiasmo, se fue viniendo abajo. La sentencia no era ni por asomo la esperada. Negaba de forma tajante la custodia a la madre y limitaba las visitas a una hora semanal, en presencia de un familiar y en la casa paterna. Sintió la furia crecerle dentro, pero logró controlarse. Miró a su marido, que permanecía serio y circunspecto, evitando sus ojos. Él la conocía lo suficiente para saber cómo se sentía y también el enfrentamiento que tendrían cuando estuvieran a solas. El tipo del que ambos querían evitar no aceptando los mismos casos.

Inma aguardó a estar en su casa para dar rienda suelta a su furia. No quería montar un espectáculo en el juzgado y mucho menos dar pie a habladurías sobre su matrimonio.

Raúl la esperaba tranquilo, con una copa en la mano. En el ambiente, flotaba el olor de una infusión relajante, lo que la enfureció aún más. ¡Si esperaba calmarla con tila, valeriana u otra de sus mezclas iba apañado! Estalló nada más verlo.

—¿Te sentirás satisfecho con tu sentencia!

—La considero justa.

—¿Justa? ¿Te parece justo privar a una madre de su hija?

—En este caso, sí.

Mostraba la expresión imperturbable con que se revestía en los juicios.

—Deja la cara de juez para los tribunales, ahora te estoy hablando yo.

—Me está hablando la letrada Piñero, puesto que me reclamas una sentencia.

—Claro que te la reclamo, porque sé qué ha sucedido. Has dictado en mi contra para que no te acusen de favorecer a tu mujer.

—Eso no es cierto. He fallado de acuerdo con mi criterio de justicia. No me puedo creer que cuestiones mi imparcialidad.

—¿No sientes lástima por esa pobre madre? Está rehabilitada y lleva limpia de dogas casi un año.

—He visto los informes médicos.

—¿Y te los pasas por el forro?

—No me los he pasado por ningún sitio. Solo que no he pensado en ella a la hora de dar mi veredicto.

—¡No, claro que no! Has pensado en el padre. Los hombres os apoyáis unos a otros. Vosotros cometéis un error y os creéis merecedores de ser perdonados, pero si lo hace una mujer, entonces pierde todo derecho a enmendar sus errores.

—He pensado en la niña.

—¿Y crees que estará mejor con su padre y con la novia de este?

—De momento, sí.

—¿De momento?

—Inma, he leído los informes psicológicos de la pequeña y siente miedo de su madre.

—Porque los recuerdos que tiene no son agradables, necesita cambiarlos. Pero ahora, gracias a ti, eso no sucederá.

—Habrà una revisión del caso en un año y, si para entonces tu cliente ha sabido ganarse el afecto de su hija, se planteará un cambio de sentencia. De momento, no permitiré que una pequeña pase miedo para que tú te salgas con la tuya.

—Este es el motivo por el que no debemos trabajar en los mismos casos, porque acabaremos tirándonos los trastos a la cabeza.

—No he podido evitarlo.

—¿Seguro, su señoría?

—Seguro, letrada.

Incapaz de contener su enfado, Inma salió del salón y se encerró en el despacho. El resto de la tarde y la cena la pasaron en un tenso silencio. La noche, cada uno en un extremo de la gran cama, evitando tocarse.

Y amaneció el día de San Valentín. Era una fecha que para ambos tenía muchos recuerdos y siempre la celebraban con intensidad. Desde aquel año en la Facultad de Derecho en que él le envió un precioso centro de flores con un poema de Bécquer. Cada año le correspondía a uno organizar algo especial para el día de los enamorados, y aquel año, el honor era de Raúl.

Pero Inma se sentía tan enfadada que no deseaba ninguna celebración. Sin siquiera un beso fraternal, se marcharon a sus respectivos trabajos. Sumergirse en papeleo y legajos la hizo relajarse un poco y olvidar que aquel era un día especial.

No fue a comer a casa, tomó algo cerca del bufete y continuó trabajando. Raúl no la había llamado, debía estar tan enfadado como ella. A media tarde, llamaron a la puerta del despacho. Se acercó hasta el portero electrónico. No esperaba ningún cliente.

—¿Sí?

—¿Inmaculada Piñero? Una entrega.

Abrió con la esperanza de que no fuese una bomba enviada por algún cliente ofuscado.

Minutos después salía del ascensor un repartidor cargado con un precioso centro de flores, idéntico al que Raúl le había enviado en la facultad. Sintió el corazón golpearle con fuerza en el pecho mientras recibía el obsequio, daba una propina al repartidor y buscaba la tarjeta que estaba segura de encontrar. Halló unas palabras manuscritas en la alargada caligrafía de su marido.

*«Volverán del amor en tus oídos
Las palabras ardientes a sonar,
Tu corazón, de su profundo enfado
Tal vez despertará.
Pero mudo, absorto y de rodillas,
como se adora a Dios ante su altar,
como yo te quiero..., desengáñate.
¡Así no te querrán!».*

Espero que el señor Bécquer no se ofenda porque haya cambiado su poema, pero ya sabes... no soy poeta y tengo que usar los versos de otro para expresar lo que siento. Te quiero con locura, amor mío. Ayer, ahora y siempre.

Sintió que el enfado se evaporaba de inmediato. Que el maldito zalamero de su marido había tocado su alma una vez más. También, muchos años atrás, cuando le había mandado un centro de flores idéntico a ese, ella estaba muy enfadada y, aunque se negó a reconocerlo, él ablandó su corazón con unas flores y unos versos. Entonces lo había llamado para darle las gracias. En ese

instante, se las daría en persona. Con una sonrisa, apagó el ordenador y se marchó a casa para celebrar San Valentín como la fecha merecía. En los brazos del hombre que la amaba y al que ella también quería con locura.

Inma y Raúl son personajes secundarios de *¿Solo amigos?* y *Más que amigos*.

<https://www.megustaleer.com/autor/ana-lvarez/0000104205/>

Un atardecer en el reloj del sol

Arlene Sabaris

El atardecer dibujaba el cielo con tonos naranja y dorado que se colaban por las nubes, preñándolas de luz. El sol se despedía en su espectacular ceremonia, ensimismando al fotógrafo que intentaba capturar los últimos instantes de vida de aquella tarde moribunda. La contextura menuda del joven le permitía moverse rápidamente, casi saltando por los adoquines que cubrían la calle. Ella lo miraba extasiada, prendida de su imagen juguetona, danzando en plena Zona Colonial, con su camiseta blanca con un símbolo de paz impreso en azul claro al centro, y sus pantalones en mezclilla. El sonido de la campanilla de un heladero resonaba insistente para atraer a los pequeñines que caminaban en los alrededores en compañía de sus padres. La plaza de España, en la ciudad primada de América, Santo Domingo, era uno de los lugares favoritos de Iveth y Gastón, no solamente para que él hiciera fotos, sino también para pasear, bailar, visitar los museos o simplemente observar a la gente conversar en los parques; pero también era el lugar favorito de muchas familias para disfrutar una tarde de domingo, volar cometas, montar bicicletas o arriesgarse en la pendiente con un par de patines.

Gastón debía tomar fotografías para un reportaje del periódico local, sobre la historia de los más icónicos elementos de la Zona Colonial, a propósito de los 525 años de su fundación. Su novia lo acompañaba solo por el placer de estar con él y porque, claro, le encantaba visitar esa parte de la ciudad, sobre todo cuando ya caía la noche. El Museo de las Casas Reales se erguía imponente al inicio de la plaza, y el Reloj del Sol que se situaba justo al frente, a simple vista parecía los restos de una antigua columna olvidada. En el mismo lugar en el que fuera establecido desde 1753, la estructura proyectaba las seis de la tarde usando el movimiento de la tierra y la sombra generada por el triángulo isósceles integrado en la parte superior.

Iveth se dirigió al borde de la inmensa muralla colonial, donde los arcaicos cañones reposaban y servían de asiento y marco de recuerdos a los que recorrían la plazoleta. Se sentó en uno de los muros, tratando de que sus pantalones largos en mezclilla le protegieran del contacto con el empedrado caliente. Él seguía tomando fotos de la vista general de la plaza y suspendió todo por un instante para acercarse a ella, con la sonrisa a flor de piel.

—Iveth, ¿crees que mañana habrá menos gente a esta hora? —le preguntó enfocando hacia ella

el lente de su cámara.

—Es sábado, amor. Mañana es domingo y habrá misa en todas las iglesias, así que probablemente habrá más personas aquí. ¿Por qué? —le preguntó a la vez que acomodaba uno de sus rizos rebeldes.

—Solo pensaba en que tal vez podíamos volver para ver el reloj más temprano, hacer las fotos cuando la sombra esté, no sé, a las tres de la tarde —le dijo, soltó la cámara y la dejó colgar de su cuello para darle un sencillito beso en los labios.

—No voy a regresar mañana, tengo cosas que hacer, Gastón. Además, ya le dijimos a Gabriela que iríamos a su fiesta para conocer el sexo del nuevo bebé. No puedo faltar, empieza a las cuatro de la tarde y prometí ayudarla —respondió ella en tono de protesta.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Y qué te parece si venimos después? —indagó con la esperanza de que contestara de forma positiva.

—Gastón, no es saludable trabajar en fin de semana, ¿no crees? Podemos hacer otra cosa —replicó ella convencida de que era una muy mala idea.

La blusa blanca de finos tiros que dejaba descubierta parte de su espalda, exhibiendo sus pecas, no era suficiente para librarla del sofocante calor de aquel febrero en mitad del caribe. Ya habían tomado fotos por al menos dos horas desde el principio de la calle Las Damas, y estaba cansada de caminar. Ignoró el comentario de su novio y se puso de pie para acercarse al heladero que seguía agitando sin cansancio su campanilla. Pidió un helado de frambuesas y empezó a comerlo, no sin antes preguntarle a su acompañante si quería uno también, a lo que él se negó.

Gastón la miraba inquieto. A sus veintiséis años, una mezcla de emoción y nervios lo invadía; la mujer despampanante con la que apenas tenía un par de meses saliendo, la que, aunque no lo parecía, lo superaba en edad por casi diez años, la que ya se había casado y divorciado antes de que él siquiera terminara la universidad, se paseaba a su alrededor comiendo un helado de frambuesa, ajena a lo que él estaba a punto de hacer.

Se había enamorado de ella de manera instantánea. Salía de una piscina cuando la vio entrar saludando a un amigo en común con el que conversaba. Llevaba una blusa ajustada de tirantes en color piel que revelaba un escote atractivo y cubierto de pecas, con un pantalón de yoga negro que llegaba a sus tobillos. El cabello castaño pelirrojo envuelto en un moño que dejaba escapar los rizos por todo el borde de su bellissimo rostro ovalado. Sus gafas oscuras ocultaban unos ojos marrones de infinita profundidad, que solo había podido ver en detalle cuando Andrés los presentó. Se disculpó por la humedad de sus manos y la desnudez de su bien formado torso cuando la saludó por primera vez, sin embargo, aquel primer contacto había definido el resto de su vida, así lo veía él.

El francés, recién llegado, se había enamorado perdidamente de la dominicana que sin dudas había quedado también prendada de él. Salieron juntos esa misma semana y desde entonces se hicieron inseparables. El trabajo de ella como gerente general en una agencia de viajes le daba la libertad de compartir en distintos espacios con el fotógrafo, que con los meses se convirtió en su

delirio. Ninguno de los dos esperaba que la relación creciera tan vertiginosamente, sin embargo, pasaron juntos la Navidad, el Año Nuevo y cada día libre que pudieron durante seis meses. Gastón estaba convencido de que ella era la mujer de su vida, y había elegido ese fin de semana para pedirle que lo fuera formalmente. Las fotos, aunque eran un compromiso real, no fueron más que la excusa para llevarla al lugar y al momento del día donde quería pedírselo.

Esperó a que ella terminara de comer el helado y la tomó de la mano para conducirla de nuevo al borde de la muralla, donde la cargó y la sentó para que quedara de frente. Del sol quedaba un rastro moribundo oculto en las nubes teñidas de rojo, y la brisa tímida continuaba agitando el cabello de ambos.

—Eres la mujer más hermosa que vi en toda mi vida... —dijo él acariciando su mano.

—¡Oooh! Gracias, amor. Tú eres el hombre más galante que he conocido yo —lo interrumpió ella sosteniendo con ambas manos el rostro de Gastón, sumergida en laguna azul de sus ojos.

—Desde que te conocí, la palabra amor cobró sentido para mí. Contigo descubro cada día todo lo que puedo ser, y la mejor parte es que no tengo que dejar de ser yo, un amante de la sencillez que se esconde en el vaivén de una ola o en la complejidad de un retoño que florece. No te ríes de mis locuras, pero ríes conmigo.

—Gastón... ¿qué...?—dijo ella confundida, soltando su rostro con las manos temblorosas, mientras su corazón latía con fuerza descomunal.

—Déjame terminar... Y no quiero ver a ninguna otra mujer nunca más. Por eso... —continuó, puso una rodilla al aire y la otra en el suelo, y sacó de su bolsillo una pequeña caja dorada.

—¿Gastón...? —repitió con la voz ahogada en un sollozo.

—Te pido que te cases conmigo. —Abrió la caja y expuso ante ella un anillo de compromiso que brillaba con el reflejo de los últimos rayos de sol.

Los ojos de Iveth se nublaron enseguida y saltó del muro para abrazar a Gastón, que seguía arrodillado en la plaza empedrada con la mano extendida. Lo rodeó y entonces él se puso de pie, tomó su mano para ponerle el anillo y, sin perder la sonrisa, ambos se fundieron en un beso húmedo y largo que duró hasta que la luna iluminó la plaza. Y así fue como Iveth y Gastón se comprometieron al pie del reloj del sol, en el instante en que la sombra del sol desaparece y deja de marcar la tarde para que la noche se apodere del cielo.

Los curiosos se acercaron y llenaron la plaza de aplausos que la pareja no escuchaba, y la muralla que siglos atrás había sido testigo silente de la guerra, en ese momento era testigo del amor.

Iveth y Gastón son personajes secundarios de la novela *Un amor del pasado*, que se publicará próximamente.

<https://www.facebook.com/arlene.sabarisdeleon>

Siempre arriba

Ava Cleyton

Anisa amaneció hecha un mar de nervios y con el estómago preguntándole cada dos por tres qué demonios le pasaba.

Casualidades de la vida que aquella mañana debía personarse en los Juzgados de la Plaza de Castilla para firmar su divorcio. Por fin Ramiro se había decidido a dar el paso hacia el acuerdo amistoso.

Sin embargo, Anisa sintió una punzada en el corazón al recibir el mensaje de su abogada.

A las 9. Sala 3. No te olvides del DNI. Feliz San Valentín.

¿Era posible que la misma persona que le tramitaba su fracaso amoroso le deseara que tuviera un «feliz» Día de los Enamorados?

Pero la vida seguía tras el revés más grande de su historia y debía hacer autocrítica. Preguntarse por qué había llegado a ese justo momento en el que dos personas se sientan ante una tercera, ataviada con toga y puñetas, mientras firman un papel en el que la realidad queda cruelmente atestiguada: el amor se termina.

Salió del juzgado con la amarga sensación de que sin Ramiro ya nada sería lo mismo. Se había casado enamorada. Sus dos hijos, Paola y Quique, entrarían pronto en la adolescencia. Era consciente de que el divorcio les afectaría *malamente*. Quique ya comenzaba a demostrar los primeros coletazos: contestaciones subidas de tono, rabiets por tonterías, como poner cebolla a la tortilla de patatas, y otros detalles que vislumbraban el trauma. Paola se volvía impertinente por horas. La reacción esperada: su madre era la culpable de que su casa ya no fuera el hogar en el que creció.

Con tal panorama, Anisa lloró frente a un café servido con el dibujo de un corazón sobre la espuma. «¡No me jodas! Tenía que ser hoy: Madrid repleto de carteles de corazones rojos por todas partes». El número catorce y el mes de febrero asediando todos y cada uno de los escaparates que miraba. «¡Esto es una verdadera tortura!».

«¿Por qué nos empeñamos en que el amor dure para siempre?», pensaba mientras removía el café y miraba por la ventana del local, a esa hora, atestado de parejas anestesiadas por Cupido.

Anisa no odiaba a Ramiro. No podía hacerlo. De no haberlo pillado montándose con el fontanero en casa la noche de Halloween, jamás habría sospechado de su doble vida. En cambio, lo que menos le importaba era ese detalle, el que por otra parte escandalizaría a cualquiera de sus conocidos. Ramiro era juez y compañero del mismo hombre que los acababa de divorciar formalmente. De hacer que sus caminos se bifurcaran en direcciones contrarias. Un solo cruce los mantendría unidos: sus hijos. Por lo demás, se habían convertido en dos seres extraños. Era como si los veinte años que habían pasado juntos se hubieran borrado de la tarjeta de memoria de sus mentes en un solo suspiro. Anisa lloraba por esa pérdida de amor por encima de la causa en sí misma. Ramiro le inspiraba ternura. Era un buen padre, el mejor que Paola y Quique podrían tener. Por esa razón, asumió la culpabilidad que los chicos le despachaban con sus gestos de rebeldía y tirantez. Más adelante, cuando fueran adultos, tal vez les contaría la realidad. En ese momento, no lo veía oportuno.

Pensaba en el bienestar de todos menos en el propio. De tanto sufrir en soledad la amargura de un corazón roto, se imaginaba que envejecería en una residencia rodeada de otros que, como ella, habían terminado apartados de la felicidad de los besos verdaderos. No se sentía capaz de amar ni de ser amada en aquel día en el que el mundo entero proclamaba el amor por rincones infinitos. Anisa era una extraterrestre en su propio planeta. Cuando la camarera le ofreció un bombón con la forma más empalagosa del día, no disimuló la tristeza de verla llorar. Le puso la otra mano sobre el hombro, pero no se atrevió a articular palabra. La mirada le bastó para que la clienta comprendiera que sabía lo que estaba sufriendo.

Sonó el móvil. Anisa no quería ni verlo. Imaginaba que se trataría de su madre. No tenía ganas de hablar. Sin embargo, era consciente de que, si no cogía la llamada, esta se presentaría en casa, sin previo aviso. No sería la primera vez. Por si acaso...

Se trataba de un número desconocido. Colgó. Seguro que era de una compañía de móviles, o de agua, o de lo que fuera. El misterioso insistió. Tenía dos opciones: o desconectar o cogerlo.

—Dígame.

—Buenos días, ¿Ana Isabel, por favor?

—Anisa mejor. ¿De parte?

—Soy Jorge, de la Escuela de Escalada. Viniste el otro día a informarte sobre nuestros cursos. Quedamos en que me llamarías ayer, lunes, para confirmar tu asistencia. Esta tarde a las seis, ¿te animas?

«Escalada. Hoy», pensó sin ganas.

—Ya me acuerdo, Jorge. Gracias por llamar. Disculpa lo de anoche. Se me olvidó por completo.

—No te preocupes, Anisa. Entonces, ¿te espero? Venga, ámate. Seguro que te gusta. Como ya te comenté el otro día, la escalada es un deporte muy completo. De todas maneras, esta primera clase es de prueba. Si no te mola, no vienes más. Pero te advierto que soy muy bueno convenciendo de las ventajas de subir a la cima. De ahí que el club se llame «Siempre arriba». Y no es solo por la escalada. Es la actitud que debes tener ante la vida, ¿no te parece?

Anisa sintió una mordaza en las cuerdas vocales. Estalló en lágrimas y colgó. ¿Cómo podía Jorge, sin conocerla, hablarle con tanta ternura y amabilidad? Las palabras de aquel muchacho la reconfortaban y la hundían en una proporción irreal. Por un lado, necesitaba escucharlas. Sentir el calor de una persona, al menos una, que le hiciera ver las cosas de otro color. Todos menos el rojo. Por otra parte, la urgencia de desahogarse, de llorar abiertamente, la avergonzaba. Quería soltar el lastre acumulado de todos aquellos meses de tristeza, sin arrastrar a nadie, y menos a un desconocido, en su mar de melancolía. Tenía que ser consciente de que el final había llegado y reconocer su fracaso, sola.

El móvil sonó de nuevo.

—*Hoy las líneas están atontadas. Deben de haber millones de parejas enviándose mensajes bonitos por todo el mundo.*

Silencio.

Jorge sabía que no se había cortado la comunicación aleatoriamente. Ella le había colgado. Y también sabía que estaba llorando. No era momento de hacer leña sobre el árbol caído. Solo deseaba ayudarla.

—*Supongo que seguirá habiendo mucha gente enamorada ahí fuera* —continuó en un tono agradable—. *¿Verdad?*

—Supongo.

Anisa suspiró. No sabía cuándo le había sucedido, pero en un espacio indefinido entre las palabras de Jorge y el último sorbo del café, se sintió mucho mejor. Lo recordaba increíblemente guapo. Un treintañero sexi, fibroso, con grandes ojos ¿marrones?

—Entonces, Jorge, ¿a qué hora dices que comienza la sesión de prueba?

—*A las seis. Vente con ropa cómoda. ¿Te acuerdas de cómo llegar o te paso la ubicación? El Club se llama...*

—Siempre arriba.

—*Así me gusta. Siempre arriba, Anisa. Recuerda que la vida es demasiado bonita para ser perfecta.*

Anisa se despidió de él y llamó a la camarera para que le cobrara. Al mirarla— esta le sonrió, aliviada de que el brillo de sus ojos resurgiera del centro de su alma.

—¿Te ha sentado bien el café?

Anisa lo pagó sin darse apenas cuenta de que esbozaba una sonrisa.

—Estaba muy rico. Gracias.

—Que pases un feliz Día de los Enamorados —se despidió al tiempo que le ponía el bombón con forma de corazón en la palma de la mano.

Miró el teléfono. Jorge le acababa de enviar la calle del rocódromo junto a los emoticonos de la cara con el guiño y el pulgar hacia arriba.

Anisa se echó a reír.

Con ganas.

—¡Feliz San Valentín para ti también!

Anisa es una de las protagonistas de la serie *Ebrias de amor*. La novela, segunda de la saga, se titula: *Anisa. Los Jueves son para el JB*. Saldrá en agosto del 2020.

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100012696197911>

Una boda en el clan Montroe

Brenna Watson

Highlands, primavera 1358

—¿Qué significa que no vas a casarte hoy?!

El vozarrón de Duncan atravesó el umbral antes de que lo hiciera su propio cuerpo. Tras él entraron su amigo Rodrick y Wallis, que era quien había ido a buscarle.

—Tu hijo está a punto de llegar —respondió Gabrielle, de pie en medio de la habitación y con ambas manos apoyadas sobre el respaldo de la silla.

—¿Micheal? ¡Pero si acabo de dejarlo en la capilla!

—Ese no, Duncan. Este. —Se llevó una mano al abultado vientre.

La mirada del guerrero se posó entonces en aquella zona y luego la centró en sus ojos durante unos segundos.

—Oh, Dios.

Justo en aquel momento, Gabrielle sintió una nueva contracción. Dobló su cuerpo y emitió un gemido lastimero, apretando los dientes. Llevaba su vestido de boda, y el velo de novia que había pertenecido a su madre y que había traído desde su Castilla natal. Tenía las mejillas encendidas y el cabello sudoroso pegado al cráneo, pero a Duncan jamás le había parecido más hermosa.

Wallis corrió al lado de Gabrielle, mientras la joven respiraba de forma entrecortada y lanzaba ruidosos bufidos.

El dolor remitió al fin y Gabrielle se irguió de nuevo.

—Lo siento, Duncan —le dijo, con un hilo de voz. Él se aproximó en un par de zancadas y la envolvió con sus brazos.

—¿Qué es lo que sientes, pequeña? ¿Hacerme el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra?

Ella sonrió y él le dio un beso en la punta de la nariz.

—Me temo que la boda tendrá que esperar un par de días —dijo ella.

—El padre Graham se marcha esta tarde —anunció Rodrick, que no se había movido de la puerta.

—¿Qué? —Gabriela le miró, y luego a Duncan y a Wallis. Ninguno lo desmintió—. Pero ¿por qué? ¡Si solo hace dos días que llegó!

—El jefe de los Rossen murió anoche —dijo Duncan.

—Un inesperado regalo de bodas —se burló su amigo.

—¡Rodrick! —Gabriela tenía sus propios motivos para odiar a los Rossen, un clan vecino rival, pero eso no justificaba que se bromeara con un asunto como aquel.

—Habrá que aguardar la siguiente ocasión. —Duncan acarició su pelo con ternura.

La última vez que el padre Graham había estado en el clan, Duncan y ella se encontraban en Stirling, asistiendo a una nueva reunión para liberar al rey David de su prisión en Inglaterra. Al final, se había firmado un tratado en Berwick con Eduardo III por el que el rey escocés recuperaba su trono. Malcolm Montroe, el abuelo de Gabriela y antiguo *laird* del clan Montroe, los había acompañado hasta allí para presentar a Duncan como el nuevo jefe. Su nombramiento fue muy bien acogido, la fama de Duncan como guerrero y hombre cabal habían traspasado las fronteras de su tierra. El orgullo que sintió Gabriela cuando vio cómo el resto de clanes le mostraba su respeto fue indescriptible. Aún no se habían trasladado a la fortaleza, a pesar de la insistencia de su abuelo. Permanecían viviendo en la misma casa que habían compartido desde el inicio, donde había nacido su amor y donde, Dios mediante, iba a nacer su nuevo hijo. Gabriela había insistido en que fuese así y le había asegurado a Malcolm que no se mudarían hasta que Duncan y ella se casasen. Micheal, el hijo de siete años del primer matrimonio de Duncan, estaba impaciente por vivir en la fortaleza y no dejaba de corretear por las estancias en compañía de Christen, la hija de Wallis y de Logan, el otro mejor amigo de Duncan. Ahora todo parecía haberse detenido, de nuevo. Su hijo nacería fuera del matrimonio, al menos del oficial, porque ya hacía meses que Duncan y ella se habían hecho promesa de matrimonio frente a todo el clan. Una nueva contracción dobló el cuerpo de Gabriela, que se sujetó a Duncan con todas sus fuerzas.

—Creo que será mejor que se meta en la cama —dijo Wallis.

Duncan buceó en la mirada oscura y profunda de Gabrielle, sin dejar de asombrarse por la calidez de aquellas pupilas y por todo el amor que vislumbraba en ellas. Y supo lo que debía hacer.

—¡Rodrick! —dijo, sin apartar la mirada de ella.

—Voy. —Como si su nombre y el tono en el que había sido pronunciado fuesen alguna especie de clave secreta, el guerrero se marchó.

—Pondré agua a calentar y prepararé los lienzos —anunció Wallis, que se sentía inútil allí de pie. Durante los siguientes minutos solo se oyeron sus idas y venidas por la habitación.

De repente, la puerta se abrió con estrépito y por ella entraron Rodrick y Logan, llevando en volandas al padre Graham, cuyas piernas se movían en el aire como si corriera sobre un sendero invisible.

—¡Logan! —exclamó Wallis—. ¡No me puedo creer que hayáis traído al padre Graham hasta aquí de ese modo!

—Iba demasiado despacio, cariño —repuso él, mirando hacia el suelo y soltando al sacerdote, que se sacudió los hábitos y se atusó el escaso cabello que coronaba su cabeza.

—¡Jamás me habían tratado de semejante manera! —Las mejillas del cura estaban encendidas y lanzó una mirada muy poco cristiana a los dos hombres que lo habían humillado.

—Pero habéis llegado muy rápido, padre —repuso Rodrick con su mejor sonrisa.

—¡Esto es inaudito! Yo...

Un nuevo grito de Gabrielle interrumpió la conversación y solo entonces el sacerdote contempló la escena y supo lo que estaba a punto de suceder.

—Ruego disculpe a mis amigos —pidió Duncan. Era consciente de que Gabrielle cada vez se sentía más débil y que no podría permanecer en pie mucho más tiempo—. Como ve, las circunstancias han cambiado.

La puerta volvió a abrirse y un nutrido grupo de gente cruzó el umbral a la carrera. A la cabeza iba Micheal, llevando a Christen de la mano. Gabriela miró al chiquillo, al que quería como si fuese su propio hijo. Se había puesto su camisa nueva y llevaba el pelo pegado a la cabeza y recogido en una pequeña coleta en la nuca, tras dedicar la mañana a mojarlo y domarlo para que quedara como él pretendía. Según les dijo, deseaba estar muy guapo para la boda de sus padres. Tras ellos llegaron Malcolm y Fiona, la curandera del clan y el verdadero amor de su abuelo, que había permanecido en secreto durante años. Angus Campbell fue el último en entrar, el hombre que había acompañado a su padre hasta Castilla y que luego la había traído a ella hasta su hogar. Todos habían acudido, todas las personas que la acogieron en aquella tierra y se convirtieron en su familia.

—Logan, ¿se puede saber qué llevas puesto? —preguntó Gabriela, entrecerrando los ojos, como si así pudiera ver mejor.

El aludido bajó la cabeza y contempló su camisa, llena de estrellas, flores y mariposas bordadas.

—Es una larga historia —sonrió.

—Te la contaré en otro momento, Gabrielle —dijo Wallis, que había enrojecido hasta las orejas.

Si no fuera por los dolores que sentía, Gabriela se habría reído. Estaba ansiosa por conocer de dónde procedía aquella prenda tan estrafalaria, que también el padre Graham observaba con recelo.

—Tiene que casarnos ahora —dijo Duncan.

—Pero esto es poco ortodoxo —repuso el hombre, que volvió la vista hacia el *laird*—. El matrimonio es un sacramento, un vínculo sagrado que debe celebrarse en la casa del Señor y...

—Ahhhhhh. —Gabriela no puedo evitar el dolor de una nueva contracción.

—¡Padre, ahora! —La voz de Duncan se superpuso a la de la mujer que sostenía junto a él.

Micheal corrió hasta Gabriela para sujetarla también. Ella pareció tranquilarse un poco y le sonrió antes de tomar la mano que el niño le ofrecía.

Malcolm Montroe posó una mano sobre el hombro del sacerdote y cruzó con él una mirada sin palabras.

—De acuerdo —accedió al fin, acercándose hasta ellos—. Veo que no tenemos mucho tiempo,

así es que lo haré lo más rápido que pueda. Duncan, aceptas a Gabrielle...

—¡Sí!!

—¡Pero si aún no había terminado! —se quejó el cura.

—La respuesta es sí, padre. —La mirada de Duncan podría haber partido al hombre por la mitad.

—De acuerdo —refunfuñó el sacerdote—. Gabrielle...

—¡Síííí! —Su respuesta fue acompañada de una nueva contracción.

—¡Está bien! —repuso, alzando las manos y dándose al fin por vencido. Pronunció rápidamente unas palabras en latín que ninguno de ellos tuvo oportunidad de entender—. ¡Yo os declaro marido y mujer!

No hubo tiempo para felicitaciones. Logan y Rodrick intentaron llevarse al religioso del mismo modo que lo habían traído, pero el hombre los detuvo con una simple mirada asesina.

Cuando la puerta se abrió de nuevo Gabriela pudo ver, más allá del umbral, a todo el clan congregado frente a ella. Vio a Neall, Ramsay, Iain y al resto de los jóvenes arqueros con los que había compartido entrenamiento y aventuras, algunas de ellas amargas. La miraban sonrientes, con el puño cerrado sobre el corazón. Rodeaban a Callum, el guerrero que adiestraba a los más jóvenes, y a Gavin, que había sido el mejor amigo de su padre. Tras ellos formaban todos los guerreros del clan, con las espadas en alto. Al parecer, nadie había querido perderse el acontecimiento y, en cuanto Logan anunció que la boda se había celebrado, estallaron en vítores. Gabriela dedicó unos segundos a pensar en sus padres y en sus hermanos. Estaba convencida de que, estuviesen donde estuviesen, también formaban parte de aquello.

Micheal fue el último en salir. Se negaba a soltar la mano de su madre, y ambos tuvieron que convencerle. Al final accedió, aunque se fue de mala gana.

—Ahora será mejor que te lleve a la cama, esposa mía —le susurró Duncan.

—Pensé que nunca ibas a decirlo, mi amor —trató de sonreír ella.

—Tú también deberías esperar fuera, Duncan —dijo Wallis.

—Ni hablar.

—Pero...

—Me quedo con ella, Wallis, no insistas. Aún tengo muchas cosas que decirle.

—¿Cosas? —preguntó, sorprendida—. ¿Qué cosas?

—Mis votos, Wallis —respondió él—. Todas las razones por las que la amo y todas por las que la amaré hasta el fin de los tiempos.

Epílogo de *Viento de otoño* (Vergara, mayo 2019)

<https://www.facebook.com/BrennaWatsonAutora/>

Dulce amor

Elizabeth Bowman

Preston Moore cerró los ojos, se caló sobre el rostro su inseparable sombrero de *cowboy* de ala ancha y deslizó el trasero en el interior de la enorme tina de cinc hasta sumergir por completo su cuerpo desnudo bajo el cálido manto acuático ornado de espuma. Reposó la cabeza en una toalla doblada en dos que actuaba a modo de almohadilla en el borde metálico y suspiró en profundidad, notando cómo poco a poco se desinflaba por dentro, cómo su cuerpo adquiría una laxitud distendida y agradecida hasta el punto de alcanzar el mismo umbral de la morada de Morfeo.

Bajo la intimidad de fieltro oscuro, sonrió.

Su vida había cambiado muchísimo en los últimos meses. De haber sido un trampero solitario, de haber convivido durante ocho largos años con la soledad más absoluta en las profundidades remotas del valle del Yaak, en ese momento debía reconocer que era un hombre totalmente renovado y, sin duda, el más feliz sobre la faz de la tierra.

No se trataba de que no lo hubiera sido antes; de hecho, él mismo había pretendido esa soledad, él mismo había elegido ese aislamiento perpetuo del resto de la humanidad, ese necesario exilio en pos de huir de la mezquindad del hombre y, sobre todo, en su necesidad imperiosa de encontrarse a sí mismo después de la fatídica guerra de Secesión y de las calamidades que había conocido en ella.

Habían sido ocho años muy tranquilos, años de reflexión y espiritualidad en los que había acatado una vida sencilla en compañía de su fiel sabueso Wilbur y su *mustang* de pura raza, Wilfred.

Vivir en el Yaak no era asunto para principiantes. Los inviernos resultaban especialmente cruentos, la naturaleza agreste y salvaje preponderaba por sobre todo lo demás y la climatología, por lo general adversa y perniciosa, dificultaba el simple ejercicio de intentar sobrevivir. La subsistencia, de hecho, se limitaba a las capacidades de uno mismo. Allí arriba, uno se encontraba por completo solo y dependía únicamente de su persona. La alimentación pasaba por lo que pudiera cazar y pescar, asunto que se complicaba al máximo con la llegada de las perpetuas nevadas invernales, y la convivencia continuada con grandes depredadores, tan hambrientos y necesitados como el humano que compartía su entorno, obligaba además a mantener una vigilancia

y una precaución extremas.

Muy pocos lo habían conseguido. Él era uno de esos pocos. A sus veintiocho años podía reconocerse a sí mismo como un avezado y experto hombre de la montaña.

Pero cuando Sarah irrumpió en su vida sin previo aviso, todo su tranquilo, apacible y sencillo universo se puso del revés. Todavía recordaba con claridad aquella noche en la que la descubrió desfallecida y medio moribunda en la leñera. Había vagado durante días, sola, sin abrigo ni alimento, por aquellos agrestes parajes que él consideraba su paraíso soñado y que para ella habían supuesto un condenado infierno. De algún modo incomprensible, había logrado sobrevivir; de algún modo incomprensible, el Señor, en sus incuestionables designios, la había conducido hasta él.

No lo pensó mucho en aquel momento y, en el actual, con lo sabido por delante, tampoco se lo hubiera pensado mucho más. Simplemente había actuado como lo habría hecho un buen cristiano ante el prójimo necesitado, y aquella pobre criatura, sin duda alguna, necesitaba su auxilio más que nadie.

Percibió un tibio roce en el cuello y todo su cuerpo se vistió en el acto de piel de gallina, a pesar de la agradable temperatura ambiente y de la calidez del agua. Se obligó a dar un respingo cuando percibió de nuevo ese roce, fugaz y tenue como el aliento de un ángel sobre la piel, sumergiéndose bajo el agua para reseguir el contorno del brazo desde el hombro al codo.

Con la mano opuesta retiró despacio el sombrero del rostro para dejarlo caer al lado de la tina. Su mirada cobró intensidad cuando las pupilas color canela se encontraron con los verdes jades de Sarah. Esforzándose por conservar la suave cadencia de sus movimientos, Preston se enderezó hasta que su amplio torso salpicado de vello emergió en el reducido océano de espuma.

Acuclillada al costado de la bañera, Sarah se dedicaba a acariciar apenas con la yema de los dedos el brazo desnudo de Preston, de arriba abajo con sutil y armoniosa ternura, mientras su preciosa mirada permanecía cosida a la penetrante mirada masculina. Los adorables pómulos sobresalientes se manchaban de escarlata confiriéndole a su propietaria un delicioso aspecto de pueril inocencia.

—Juraría que me acabo de morir, puesto que he sido sorprendido por la caricia de un ángel — Preston habló en un registro bajo y grave, adoleciendo de una suave ronquera producto del creciente deseo que la cercanía de Sarah provocaba en él.

Sarah atrapó el labio inferior entre los dientes y no dijo nada. Se limitó a pescar la esponja que flotaba entre la espuma, sin apartar la mirada de él, y estrujarla en la mano hasta que las entrañas porosas derramaron gruesos regueros burbujeantes.

—¿Me permites? —preguntó. Tarde, puesto que ya había iniciado, sin esperar consentimiento, un suave masaje que se extendió por el impresionante torso, los hombros y los brazos de Preston.

Él inhaló en profundidad por la nariz, tratando de refrenar su pasión.

—Te permito todo... —susurró, su mirada fija en las brillantes esmeraldas que parecían retarlo—. Sabes que soy tuyo en cuerpo y alma.

—Zalamero.

Preston esbozó una sonrisa lobuna. Se moría de deseo por ella, por sentir la tibieza de su cuerpo, por aspirar la fragancia de su cabello, por probar aquellos dulces labios de fresa que permanecían separados en ese instante para favorecer una agitada respiración. Observó el delator movimiento de su pecho, que elevaba y descendía los volantes de la blusa en agitado vaivén, y supo que no podría mantener a buen recaudo por mucho tiempo más su deseo de amarla allí mismo con irrefrenable pasión.

—Creo que aun tengo barro aquí... —susurró, señalando un punto en la clavícula.

Sarah sonrió y llevó la esponja al punto señalado.

—También aquí... —Señaló entonces el torso, justo sobre un pectoral.

Sarah sonrió de nuevo, dispuesta a seguirle el juego, y la esponja voló rauda a aquella zona.

—Y aquí... —La mano masculina se sumergió bajo la espuma para señalar la musculada zona del estómago.

—Creo que se ha aseado usted terriblemente mal, señor Moore —pícara, Sarah lo regañó, tratando de refrenar su sonrisa.

—Es posible —concedió—. Tal vez sea mejor que, en adelante, sea usted quien se encargue minuciosamente de mi baño, señora Moore.

Y sin mayor preámbulo, sin aguardar consentimiento de ningún tipo, sujetó a Sarah por los costados para introducirla con un movimiento rápido y preciso dentro de la bañera, y la sentó a horcajadas sobre él. Una ingente cantidad de agua se derramó por todas partes e inundó la estancia de líquido y espuma.

Sarah enlazó los brazos alrededor del cuello de Preston mientras este la ceñía con desesperada urgencia contra él, abarcando por completo su cuerpo con ambos brazos hasta envolverla en un abrazo impaciente. Una acuciante necesidad lo llevó a buscar sus labios; cuando los encontró, susurró contra ellos:

—Te quiero, te adoro, te amo, dulce criatura, hasta el fin de mis días...

Sarah sonrió llena de amor y correspondió al deseo de Preston entregando sus labios para acabar por devorarse ambos en un intento de saciar la urgente hambruna del otro que los atormentaba. Fue un beso apasionado, apremiante, un beso devastador que les robó el sentido, la cordura e incluso la consciencia de sí mismos, permitiendo que imperara tan solo la necesidad de sentirse y de amarse por sobre todo lo demás.

Preston era consciente de que no sólo él la había salvado meses atrás..., sino que había sido ella quien lo salvara a él, convirtiéndolo en un hombre nuevo, pleno, apasionado, ardiente y feliz.

Los personajes son los protagonistas de la novela *Dulce amor*, que se publicará próximamente.

<https://www.facebook.com/Elizabeth-Bowmans-Tea-Room-104968397579239/>

Cuando las luces se apagan

Emma J. Care

Sleepy Hollow se había engalanado para celebrar la fiesta del amor. Todos los negocios estaban decorados con lindos Cupidos y corazones. ¡Jamás lo hubiese imaginado! Esa noche, mis tías tenían mucho trabajo *brujeil*, era la noche del amor, como tal, muchas personas acudían buscando ayuda para su mal de amores, pronósticos amorosos, amarres, entre otros. Además, para felicidad de tía Alondra y tía Faith, esa noche de San Valentín traía consigo la luna llena que marcaba un periodo muy bueno para dar a conocer todo lo que llevábamos dentro, en ese caso, los sentimientos guardados hacia otra persona; momento muy bueno para comenzar noviazgos, casarse o buscar niños. Los poderosos efectos de la luna llena se dejaban sentir incluso al día siguiente.

Muchos no sabían qué influía en la excitación sexual. Eso, junto con el baile de hormonas que sufría —estaba embarazada de cuatro meses—, me convertía en una cerilla. En cualquier instante podía prenderme en llamas, pero Tom parecía no estar al tanto.

Habíamos decidido cenar con nuestros amigos, Jannette y Eddy (amigos también de nuestros hermanos, Jason y Emily, antes de que fallecieran). Casi todas las parejas del local se movían lentamente en la improvisada pista de baile al ritmo de una balada. Nosotros nos habíamos quedado sentados, más que nada porque las náuseas, a veces, me amenazaban. Los observaba embelesada, con la espalda apoyada en el pecho de Tom. Él comenzó a acariciarme una mano. Desvié la mirada y asocié aquella imagen a la de dos amantes que a escondidas se reían al amor, ya que el movimiento de sus dedos enganchados era similar al acto amoroso. No sabía hasta qué punto era consciente de que eso me estaba encendiendo. Sus dedos largos y huesudos se colaron por la manga de mi chaqueta, estimulaban la suave y fina piel de mi muñeca. Giré la cabeza, los ojos azules de Tom estaban prendidos en llamas mientras continuaba con aquel juego. Me excitaba en silencio con cada movimiento.

—Ojalá estuviéramos solos —me dijo al oído. Deslizó la punta de la nariz por la oreja y parte de la mejilla—. Me tienes loco, Cecilia. —Me besó la línea de la mandíbula.

—Tom, pueden vernos. —Lo encaré, lo que me llevó a mirarle los labios.

—Me trae sin cuidado —aseveró, pegando su cara más a la mía.

Lo besé fugazmente, y él me regaló una sonrisa que derretiría a la persona más fría. Volví a

mirar al frente, para no perder la compostura en un lugar público.

—Imagina que nuestras manos somos nosotros, que son nuestros cuerpos entrelazados. —Sus palabras hicieron que me temblara todo—. Así me gustaría tenerte debajo de mi cuerpo, sostenerte cuando el placer irrumpa en ti y beber tus gemidos. —Su decadente voz me excitaba cada vez más.

Sin aguantar más, me separé.

—Vámonos a casa.

No me hizo falta insistir más para que cumpliera con mi exigencia. Los dos lo deseábamos.

Sentada en el alféizar interior, podía ver como la luz de luna creaba un aura mágica alrededor de las altivas copas de árboles que parecían embeberse de su poder, así como el resto de la naturaleza, pues percibía como las raíces revolvían la tierra o los animales nocturnos estaban más exaltados de lo normal; al otro lado, el río Hudson transcurría tranquilo.

Mis sentidos estaban igual de alterados, de ahí que distinguiera el más mínimo ruido o cambio.

Tom y yo habíamos pasado la noche en la casa familiar de los Crane que Tom estaba arreglando. Quería acondicionarla para que algún día pudiésemos irnos a vivir allí. Aún quedaba mucho por hacer, pero nos quedábamos siempre que deseábamos un poco de intimidad (lo cual era difícil con unas tías brujas).

Los tenues rayos de la luna se colaban por la ventana de la habitación y se posaban, cual manto plateado, sobre la blanquecina piel de Tom. Ese hombre había transformado mi vida, esa que yo creía tan perfecta y que estaba incompleta. Curó y curaba cada herida de mi alma, de mi corazón. Me conocía bien, demasiado, sobre todo al apagarse las luces.

Al apagarse las luces, las dudas y los miedos desaparecían al estar entre sus brazos.

Al apagarse las luces, las heridas de mi alma se mitigaban.

En esos instantes en los que éramos solo él y yo.

Cuando las luces se apagaban, solo quedaba la verdad, nuestro amor.

Tras el viaje en el tiempo, me quedó bien claro que nuestras vidas habían estado predestinadas, mas no sabía que se podía amar de un modo tan visceral. Jamás pensé en decir: «un Crane es el amor de mi vida». Lo era todo. Sin él, seguiría perdida.

El vello se me erizó antes de que sus largos dedos me rozasen la piel.

—¿Qué haces de pie? No ha amanecido todavía. —Se acuclilló a mi lado.

—No podía dormir.

La yema de su dedo índice me recorrió el brazo, el hombro, el cuello hasta la mandíbula. Giré el rostro.

—¿Qué piensas?

—Te quiero. —No pude reprimirme. Sentí la imperiosa necesidad de decírselo.

—Lo sé, aunque esas dos palabras se coticen muy alto en ti, me lo demuestras todos los días.

Tomé su rostro entre mis manos. Su barba me picó en las palmas y con los pulgares perfilé sus

pómulos.

—No me faltes nunca. —Lo besé en los labios.

—Acepto el pedido —dijo, bromeando.

—No lo pido, lo exijo. —Le guiñé el ojo.

—Entonces, me toca a mí pedir. —Me tensé. Tom no daba puntada sin hilo y debía tener planeado algo que se me escapaba.

Lo solté y apoyé la espalda en el marco de la ventana. No tuve que esperar mucho hasta que una cajita roja quedó iluminada por la luna, que parecía no querer retirarse. Al percatarme, las lágrimas se asomaron a mis ojos.

—Un día te dije que me enamoré de ti antes de conocerte y que en Iraq eras mi compañía. Eres el mayor regalo de mi vida. No te mentí aquella vez, ahora tampoco al decirte que quiero pasar el resto de mis días a tu lado. —Abrió la caja, en su interior había un bonito anillo de oro amarillo con pequeñas piedras incrustadas—. ¿Qué dices?

—Eehh... —Me tocó bromear—. No hay pregunta a la que responder.

Suspirando, dejó caer la cabeza hacia delante.

—Cecilia, ¿quieres casarte conmigo?

Asentí en silencio. Tom no necesitó nada más, con el anillo aun en la caja, no esperó a regalarme uno de sus besos largos y sabrosos.

—Sí —respondí en cuanto nos separamos.

Así, con un anillo en el dedo, una promesa y una boda en ciernes, volvimos a la cama.

Tom y Cecilia son los protagonistas de *Mi mal de amores eres tú*.

<https://www.megustaleer.com/autor/emma-j-care/0000955910>

Cupido nunca se equivoca

Encarna Maguin

Carol estaba sentada en una silla incómoda en la sala de espera del aeropuerto de Roma-Fiumicino. Quedaba una semana para San Valentín y se había dejado arrastrar hasta la ciudad por el amor que sentía por Luca. Pero nada había salido como había previsto y regresaba a Barcelona, vacía por dentro. Suerte que su amiga Ari la había consolado cuando la llamó y le explicó lo acontecido.

Todo había empezado cuando quiso darle una sorpresa a su novio Luca a pocos días de una fecha tan especial. Él estaba en la capital italiana para ayudar a un amigo a montar una clínica veterinaria, y un par de semanas se convirtieron en dos meses. Aun así, Carol se creyó cada uno de los motivos por los cuales no regresaba.

Pero la realidad la había azotado apenas hacía un par de horas cuando fue a buscar a su novio en la clínica donde se suponía que ayudaba; y dicha clínica no existía. En su lugar, había una heladería y los propietarios no conocían ni a Luca ni a Fabio, su compañero. Quiso morirse allí mismo, con todo lo adujo a una confusión y se mentalizó de ello, porque si se trataba de una mentira, tenía claro que no lo soportaría. Aun así, estuvo dudando entre llamarlo a su móvil o no, con el fin de que le diera una explicación. Pero creyó que él lo interpretaría como una sospecha hacia él, y ella confiaba en su chico. Si embargo, decidió que, para salir de dudas, sería mejor ver a Luca en persona.

Pidió un taxi y al taxista le dio la dirección del apartamento donde se hospedaba con su amigo Fabio. No tardó en llegar, era un lugar céntrico y muy concurrido, y tuvo que abrirse paso entre la gente. Subió en el ascensor y enseguida encontró la puerta. Tocó el timbre y, cuando le abrió una mujer, Carol se quedó de piedra. La individuo era hermosa, tan hermosa y atractiva que a Carol le dio un ataque de pánico al imaginar aquella beldad, sin ningún defecto, viviendo en el piso con Luca. Su mente empezó a jugarle una mala pasada y los imaginó juntos.

—Hola, ¿se te ofrece algo? —dijo la desconocida, más como toque de atención que por educación, pues su interlocutora la miraba con el ceño fruncido.

Carol salió de su ensimismamiento.

—Perdón, buenos días —dijo enrojecida por la vergüenza. Se aclaró la garganta—. Buscaba a

Luca Rinaldi.

La desconocida achicó los ojos, evidenciando su desconcierto.

—No vive aquí.

A Carol se le hizo un nudo en el estómago, ¿otra confusión? No, esa vez no podía ser.

—Ah, no lo sabía, creía que vivía aquí con su amigo Fabio.

—Eso fue antes de que yo viniera a vivir aquí con Fabio, sabes... somos novios.

A Carol le importaba bien poco la vida de esa mujer y decidió ir al grano.

—¿Me podría decir, por favor, dónde puedo encontrar a Luca?

Su interlocutora la miró de arriba abajo analizando si era de confianza.

—Pues solo sé que va a casarse en Milán y que está preparando la boda...

—¿Ca... casarse? ¿Luca se va a casar...? —Parpadeó varias veces debido a los nervios.

—Sí, está superenamorado de...

Carol creyó que el suelo se hundía bajo sus pies y echó a correr como alma que lleva el diablo, escaleras abajo. Ni tan solo se despidió de la desconocida y la dejó con la palabra en la boca. Cogió un taxi y se dirigió de nuevo al aeropuerto.

En aquel instante ya estaba en un avión de camino a su hogar en Barcelona, con su corazón hecho trizas y con sus sueños rotos.

Ari fue a verla con su hijo de un año de edad nada más llegó al apartamento, pero ni la alegría del niño consiguió arrancarle una sonrisa. La verdad era que no tenía ganas de hablar con nadie, y su amiga captó el mensaje sin que ella tuviera que pedírselo. Tantos años de amistad habían creado lazos demasiados estrechos, donde las palabras no hacían falta. Una vez que se quedó sola se tumbó en el sofá y se durmió entre llanto y llanto.

Eran apenas un poco más de las siete de la mañana cuando el timbre de su hogar la despertó. En un principio, quiso ignorarlo, todavía su cerebro estaba en letargo, pero la insistencia del que llamaba la obligó a desperezarse. Cuando abrió la puerta, se encontró con Luca Rinaldi. Quiso abofetearlo, escupirle, tirarlo escaleras abajo, pero sus ojos negros y su cara masculina de facciones dulces suavizaron sus intenciones. Estaba guapo, guapo de verdad, su cuerpo corpulento y su altura quedaban ensalzados por el traje oscuro que vestía. Llevaba el pelo moreno peinado hacia atrás y le daba un toque muy varonil. A Carol se le aflojaron las rodillas, quiso olvidarse de que se iba a casar con otra, y saltar encima de él, y provocarlo con su cuerpo de mujer para que le hiciera el amor con locura. No obstante, sus mentiras habían sido demasiado gordas, además daba por hecho que un hombre como Luca, con ese acento italiano tan seductor y ese cuerpo tan varonil, debía tener una mujer en cada puerto. Y ella no quería ser un puerto más en su lista de conquistas.

Así que se sacudió la cabeza para sacarse tales pensamientos y alzó la barbilla con orgullo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó duramente.

Luca torció la boca, dando como resultado una sonrisa de lo más sensual que hizo suspirar a Carol como una adolescente. Él la miró, y sus ojos inflados tenían el aspecto de haberse pasado la noche llorando. Miró su camiseta con la frase estampada: «Cupido nunca se equivoca». No pudo

evitar soltar una carcajada.

—¿De qué te ríes, idiota? —preguntó, indignada, ella.

—De tu camiseta.

Ella bajó la mirada a las letras e hizo una mueca de desprecio.

—Es evidente que Cupido sí se equivoca.

Luca suspiró largo y tendido.

—Eres una estúpida, no puedes ir a Italia y chafarme la sorpresa.

Carol entornó los ojos y boqueó como pez fuera del agua.

—¿Cómo te atreves! —Puso las manos en sus caderas para enfatizar más su enojo—. ¿Que entiendes tú por sorpresa, mequetrefe? ¿Pensabas decirme que te casabas con otra cuando me invitaras a la boda? ¿Cómo has podido engañarme de una manera tan vil? Estúpido italiano, vete a Italia con tu mujercita.

Luca la agarró de la muñeca y la arrastró al interior del piso, cerró la puerta con el pie y la arrinconó contra la pared. Sus manos reptaron por su torso y ahuecaron su trasero, entonces la alzó hasta que quedaron cara a cara.

—La pareja de mi amigo me llamó. Cuando me describió quién había ido a visitarla, supe que eras tú: chica de pelo castaño, delgada, camiseta estrafalaria, bajita que lo disimula con zapatos de tacón infinito... eres inconfundible, ¿no crees? Si no te hubieras marchado como una cría malcriada, te hubieran explicado toda la historia.

—¿Qué historia, que te casas con otra para que se riera en mi cara? ¡Suéltame!

Ella se revolvía y, cuanto más lo hacía, más hundía él los dedos en sus glúteos y le provocaba placer. Tragó saliva en un intento de controlar la reacción de su cuerpo.

—No te soltaré hasta que me escuches —murmuró él cerca de su boca.

—Entonces gritaré.

—Y yo te taparé la boca con un beso.

—Ohhh, no serías capaz.

—¿Que no?

Luca no esperó a que ella lo intentara y la besó con cariño. A Carol le volvían loca los besos de su italiano y pronto sus labios se deshicieron como si fueran suave crema.

—¿Tengo toda tu atención, Carol? —preguntó él terminado con el beso.

Ella era incapaz de articular palabra, aun así asintió con la cabeza.

—Sí, me voy a casar, pero contigo. Estaba preparando una boda sorpresa en Milán para ti. Quería pedirte que me aceptaras como tu compañero para toda la vida de la manera que te mereces.

Carol siempre había sido de lágrima fácil, por lo que empezó a llorar.

—Me estás mintiendo... —soltó ella incapaz de creerse tan romántica historia.

—Te mentí con respecto a lo de la clínica veterinaria, ni a Ari le comenté nada, porque sé que os lo contáis todo. Pero no creí que una boda costara tanto de organizar, y dos semanas se

convirtieron en dos meses. Había escogido el día de San Valentín para pedirte que te casaras conmigo.

—Solo queda una semana para San Valentín.

—Te había reservado un billete.

Luca la soltó y dio un paso atrás, se metió la mano en el bolsillo y sacó un anillo de compromiso. Se arrodilló y dijo:

—¿Carol, quieres casarte conmigo?

La chica se llevó las manos a la boca: estaba estupefacta. ¿Ella esposa de Luca? Quiso gritar de la emoción, pues era un sueño largamente ansiado, ¡y se iba a cumplir!

—Es cierto que Cupido nunca se equivoca —dijo ella acariciando las letras de su jersey—. Ahora lo sé.

—¿Vas a tenerme mucho rato de rodillas? Empiezan a dolerme, el suelo es duro y frío.

—Anda, levántate —pidió ella—, eres un quejica.

Él la obedeció.

—Pero aún no me has dado la respuesta.

—¡Sí, sí, sí, acepto ser tu compañera para toda la vida, tontorrón!

No hicieron falta más palabras, él colocó el anillo en el dedo, después no perdió el tiempo y Luca desvistió el cuerpo de ella, y ella el de él. Con sus bocas propagaron su amor en sus carnes tiernas, y, ebrios per sentirse, se unieron en vaivenes feroces una y otra vez.

Y el día de San Valentín llegó, Luca y Carol se casaron en Milán, rodeados de sus amigos.

Porque Cupido nunca se equivoca.

Carol y Luca forman parte de la novela *Una segunda oportunidad*, que se publicará en abril de 2020.

<https://www.megustaleer.com/autor/encarna-magn/0000104257>

<http://encarnamagin.blogspot.com>

Mi corazón militar

Francine JC

Hoy es un día especial para la más joven del pelotón, Bonnie. Le han concedido las dos estrellas tras haber pasado todo un año en las Fuerzas de Defensa Irlandesas. Nunca hubiera imaginado que acabaría en el ejército, de hecho, todavía no se lo cree. Nadie conoce los motivos por los cuales se alistó. Fue la más estúpida de las razones: el amor. Se quedó prendada de un joven que ni siquiera se había fijado en ella y, por conocerlo, se enroló en esa aventura.

Estudiaba en el instituto cuando lo vio por primera vez. Iba a casa de una amiga para estudiar, cuando el alboroto de unos uniformados llamó su atención. Sintió como un mazazo en la cabeza cuando reparó en uno de los muchachos; era alto, guapo, muy musculoso y tenía la sonrisa más deslumbrante que había visto jamás. En lugar de continuar su camino, sin apenas darse cuenta, se puso a perseguir al grupo. Se mantuvo a una distancia prudencial, aunque lograba ir captando alguna que otra de sus frases. Entraron en un bar y ya no supo qué hacer. Así que, redirigió sus pasos, su compañera de clase la esperaba. Justo antes de que doblara la esquina, la puerta se abrió de nuevo y salió un chico y gritó:

—¡Sí, Ryan! ¡Ahora vuelvo!

—No tardes —le respondieron desde el vano.

El corazón le dio un vuelco. ¡Era ese joven tan guapo! Ryan. ¡Su nombre era Ryan! Tenía clara una cosa, que lo iba a escribir un millón de veces en sus carpetas mientras planeaba cómo volver a verlo.

Todavía resuena en su cabeza la respuesta de su padre cuando le dijo que iba a formar parte de las Fuerzas Armadas.

«—Pero, Bonnie, hija mía, ¿cómo demonios vas a sostener un fusil si no eres capaz de aguantarte derecha con una ráfaga de viento? ¡Eres un saco de huesos!».

No le importó. Su decisión estaba tomada.

La suerte la acompañó y acabó bajo las órdenes del teniente Joe McCarthy. Y su fortuna no podía ser mayor cuando se incorporó a la unidad y vio que también estaba Ryan.

Los días fueron pasando y el joven solo se preocupaba de su carrera militar y de aumentar el volumen de sus bíceps. Sin embargo, descubrió que tenía un gran corazón, era amable, divertido y

siempre tenía una sonrisa preparada para deslumbrarte. Así que, aunque no demostrara ningún interés por ella, se acabó enamorando perdidamente.

Joe ha organizado una pequeña fiesta para Bonnie. No va a ser nada especial porque lo van a celebrar en el bar de siempre, el Kennedy, pero hoy brindarán en su honor. Se tomarán unas pintas, comerán las hamburguesas de la mujer de Tony, el dueño del local, y, con suerte, jugarán al billar o a los dardos. Estarán sus amigos, Edina, Aileen, Mackenzie, Joe con su novia española, Elena, que es nuestra enfermera, y, por supuesto, Ryan. Puede que incluso aparezca algún que otro soldado más.

Está un poco nerviosa y le tiemblan las manos. Ha ido a la peluquería y se ha hecho un cambio de imagen. Se ha teñido el pelo y ahora luce una preciosa melena pelirroja. Se ha cansado de parecer una niña. Sabe que su cuerpo no es curvilíneo como desearía, sin embargo, ha adquirido una firme musculatura debido al intenso entrenamiento, y ahora es una chica atlética. Por esa razón, ya no siente tanta inseguridad y se ha comprado unas medias de seda y un precioso vestido. Sus compañeros jamás la han visto con falda, no se atrevía a ponérsela por miedo a que se burlaran de su delgadez. De hecho, cuando llega a la puerta del bar, le entran dudas y a punto está de salir huyendo, pero no lo hace y pasa con decisión. Una de las cosas que le han enseñado sus nuevos amigos es la seguridad en sí misma y que jamás la traicionarían.

En cuanto pone los pies en el Kennedy, se detiene. Sus colegas están muy atareados hinchando globos, apartando sillas, llenando platos con comida y colgando un cartel que reza: ¡¡Enhorabuena, Bonnie!! Nadie se ha dado cuenta de su presencia. Se mira el reloj y comprueba que ha llegado media hora antes de lo previsto. Intenta recular y desaparecer durante un rato, pero Elena la ve y da un grito. Todos se detienen y la observan con la boca abierta. Hay un silencio sepulcral, ni siquiera suena la música.

—Lo siento, chicos... —intenta disculparse—. Estaba tan nerviosa que he salido de casa antes de tiempo.

—¿Bonnie? ¿Eres tú? —pregunta Joe, estupefacto—. ¡Jesucristo! Estás preciosa. —Mira hacia su novia—. ¿Puedo decírselo, verdad, Elena?

—Por supuesto. —Elena sonrío y niega con diversión—. Pretendíamos darte una fiesta sorpresa, pero has sido tú la que nos ha sorprendido. ¡Estás impresionante!

—¡No me lo puedo creer! —Aileen pone los brazos en jarra y se aproxima a ella—. ¿Tienes esas piernas de infarto y no las enseñas nunca?

El bar entero rompe a reír, la rodean y le llueven los elogios por parte de sus compañeros. Incluso Tony la piropea. Todos menos la persona a la que deseaba impresionar. Ryan permanece apartado, como si le molestara su presencia. Ni siquiera le ha dedicado una sonrisa, aunque fuera por cortesía.

—Quiero hacer un brindis por la homenajead. —Un poco más tarde, Joe levanta su pinta y el bar entero guarda silencio para escucharlo—. Cuando llegó, no hubiera apostado ni un céntimo por ella. Creí que no aguantaría ni dos semanas. Y he visto cómo superaba cada prueba, cada

obstáculo y se convertía en la maravillosa, fuerte y disciplinada mujer que es ahora. Es todo un honor tenerte en mi unidad. ¡Por Bonnie! —Al unísono, corean su nombre antes de beber en su honor.

Tras un par de copas, algo de comida y muchas felicitaciones, comienzan a jugar al billar y los dardos. Son tantos que no logran participar a la vez. Es entonces cuando a la cabo Edina se le ocurre que un pequeño grupo puede divertirse con el juego de la botella, en el que, por supuesto, participa Bonnie como reclamo. Cualquiera de los chicos espera con anhelo que le toque para poder besarla. Ahí es cuando captan la atención de Ryan.

—¿De verdad te vas a prestar a esto? —le hace la pregunta al oído y se la queda mirando con enojo. Bonnie lo observa con el ceño fruncido, sin comprender a qué viene ese tono—. ¿Te tiñes el pelo y te pones una minifalda, y ahora te vas a dejar magrear? —La agarra por el antebrazo como si quisiera llevársela. Parece que a Ryan le falta el aire.

—¿Qué? —responde Bonnie, llena de confusión.

—¡Eh, gallito! —dice Edina con los brazos en jarras y voz de perdonavidas—. O la sueltas ahora mismo o te pego un mamporro que te salto los piños.

Cuatro o cinco soldados ya se han puesto alrededor de Bonnie, dispuestos a ayudarla.

—Quítale las manos de encima —le ordena de nuevo Edina.

Ryan, con los ojos vidriosos, la libera muy despacio.

—Lo siento... —le susurra a Bonnie antes de salir corriendo.

—¡Ryan! —grita y va tras él.

Como lleva tacones y no está acostumbrada, no avanza tan rápido como desea y, cuando se quiere dar cuenta, ya está en la calle y él cada vez más lejos. La lluvia cae en abundancia y la está empapando.

—¡¡Ryan!! —vocifera al ver que no logra alcanzarlo.

Para su sorpresa, se detiene y se da la vuelta. Se apresura a llegar a su lado. Se para cuando lo tiene a un par de metros.

—¿Por qué has hecho eso? —le reprocha.

—Ya no importa —niega el hombre con firmeza.

—Yo decidiré si importa o no. Nunca te habías mostrado violento conmigo. ¿Qué te he hecho?

—Nada en absoluto. No tengo excusa. —Hunde los hombros—. Es solo que no soportaba la idea de que cualquiera de los chicos te besara.

—¿Y qué más te da? Nunca he significado nada para ti. Siempre me ignoras... —Se le hace un nudo en la garganta y se le quiebra la voz.

—Eso no es cierto. —Da un paso hacia ella—. Tú eres... Tú... —Incapaz de acabar la frase, cierra los ojos y suspira con fuerza. Cuando los abre, recorre la poca distancia que los separa—. Lo eres todo para mí. Nunca he sido capaz de demostrarte lo que sentía por miedo a que me rechazaras. Cada vez que me aproximó te escapabas, te sonrojabas o te rías. No sabía si te burlabas o qué.

—¡Soy muy vergonzosa, pedazo de idiota! —lo regaña, pero en su cara luce una radiante sonrisa —. Me gustas, Ryan, estoy enamorada de ti desde el principio. —Suelta una carcajada de puros nervios.

Bajo el fuerte aguacero, con ambas manos, Ryan le agarra el rostro con suma delicadeza y la mira con verdadera devoción.

—Ahora te voy a besar —le confiesa en un susurro.

—¡Cállate y hazlo de una vez! —Le rodea el cuello y se le adelanta.

Calados hasta los huesos, se funden en un abrasador abrazo. Sus labios se encuentran por primera vez y la emoción los embarga. Sus lenguas se enredan y se acarician luchando por demostrar cuál de las dos es la más entregada. Hasta que un barullo de vítores, aplausos y palabras malsonantes los saca de la burbuja en que estaban inmersos. Sus compañeros están fuera del bar, jaleándolos.

Con las manos entrelazadas y los relámpagos surcando los cielos de la verde Irlanda, se reúnen con sus amigos para guarecerse de la lluvia y continuar con la fiesta. Tienen toda una vida por delante para demostrarse lo mucho que se aman, pero será mucho mejor si es a refugio de un lugar seco.

Bonnie y Ryan son personajes secundarios en la novela *Mi corazón irlandés*.

<https://www.megustaleer.com/autor/francine-jc/0000956114/>

Cupido, no me defraudes

Laura Kaestner

—Vestiría a esa muñequita con cada uno de los modelos de la nueva colección —afirmó Michael mientras disfrutaba la voz de la belleza rubia que devoraba el escenario—. Luego, la desvestiría y volvería a empezar —completó, riendo, y agregó—: ¿Cómo no me invitaron antes a este lugar?

La pareja que lo acompañaba sonrió, prometiéndole que, cuando escuchara al grupo que venía después, se volvería habitué del bar de Frank todos los jueves y viernes que viajara a Nueva York.

Mickey volvió a sonreír y terminó de beber su cerveza. Roger lo observó antes de preguntar:

—¿Cómo está tu corazón?

—Recuperándose —respondió con resignación—. ¿Quién hubiera dicho que ella me iba a dejar por otro?

—¿Orgullo herido? —indagó la mujer, frunciendo el ceño.

—Alma herida —la corrigió él con dolor—. Había empezado a creer que iba a encauzarme. Trabajar juntos nos jugó en contra porque Sissy empezó a buscar momentos que fueran solo para ella: *spinnig*, pilates, francés... Y de esa manera amplió su círculo de amigos y otro ocupó mi lugar.

—¡Quién lo hubiera dicho! Tan calladita y recatada que se la veía... —se asombró Darla abriendo los ojos.

—No hay mal que por bien no venga —lo reanimó Roger—. Al menos volviste a recuperar tu departamento.

—Y me quedé con nuestro perro. Solitos los dos.

La cantante anterior bajó del escenario y Mickey se entretuvo mirando a la morena que se ubicaba en un sector de este, moviendo su ondulada cabellera, casi sin sonreír, y se detenía entre dos jóvenes que tomaron sus instrumentos.

El show empezó y la charla de los amigos se vio silenciada por los villancicos que entonaron, conmemorando la llegada de la Navidad. Él no podía quitar sus ojos de la voz angelical que lo embriagaba.

El tiempo se había detenido cuando sus ojos habían cruzado la primera mirada, descubriendo un leve interés o, al menos, una conexión. Hacía rato que no le sucedía sentir un escozor en la piel ante una mujer, una completa desconocida.

Marta sintió el persistente acoso visual de ese hombre perfecto, alto, atlético, con una media sonrisa perversa que la hacía estremecerse como nunca antes. ¿Qué pretendía al observarla de esa manera? ¿Cómo era posible que se mordiera los labios y ella se sintiera acelerada, como una adolescente descubriendo el deseo inexplicable de la atracción sexual?

Continuó con el repertorio, tratando de no perderse en esos ojos penetrantes que la recorrían sin permiso, que la dejaban en un estado de estupor pocas veces vivido. Cuando el público los ovacionó, bajaron del escenario entre risas, saludando a quienes los felicitaban. Caminó hacia la barra, pero el hombre se interpuso y quedó frente a ella, haciéndola elevar la vista varios centímetros hasta perderse en su boca generosa, con la misma mueca encantadora que la había deleitado.

—Moriría por un *show* privado con esa voz en exclusiva para mí —le confesó Mickey, esbozando una de sus sonrisas ganadoras.

—No hago *shows* privados —contestó Marta alzando los hombros con desgano para mostrarse inmune a los encantos de ese hombre invasivo y seductor.

—Una pena. Podríamos pasarla muy bien —insinuó él, y dejó que la dama siguiera su camino para disfrutar de su trasero marcado por unos pantalones blancos ajustados. Ella no volteó. Mickey volvió a sentarse y sus amigos lo miraron. Los tres rieron, divertidos, sabiendo la fama del hombre y lo escurridiza que era la mujer que le había interesado.

Marta bebió su cerveza en la barra, agitada, tratando de mostrarse equilibrada, pero sabiendo que su universo se había desbalanceado. Algo en ese monumento de hombre había atravesado su barrera, casi sin haber cruzado palabras. Tomó su cerveza y se alejó hacia el ventanal para ver caer la nieve, intentando encontrar alivio en el solitario escenario del *deck*.

Mickey siguió sus pasos con la mirada, buscando el momento de volver a encararla, la forma de hacerle saber lo interesado que estaba en robarle un beso, uno que le devolviera la calma a sus latidos.

No entendía qué le pasaba con esa mujer. La veía altanera, independiente, pero a la vez muy sola, tratando de mostrarse superada y fría. Algo le gritaba que era solo una pose, una manera de despistar. La vio conversar con el resto del grupo, luego discutir y, por último, fastidiarse. Y fue ese el momento que aprovechó para rozarle la piel con sus dedos cuando se sentó en la butaca siguiente a la que ella ocupaba en la barra.

—Te dije que no daba *shows* privados —inició ella, molesta.

—Algo en mi interior me dice que necesitas alguien que te bese —provocó sin mirarla—. Me ofrezco... gustoso.

Marta rio a pesar de su fastidio. Era un atrevido. Un atrevido sexi, con unos pantalones que obligaban a mirar su calce, una camisa entreabierto que prometía el cielo y más, unas piernas que

seguramente la sostendrían contra la pared, pero... Pero ella elegía a sus hombres. Y a ese no lo había elegido... todavía.

—Calma, galán. Me besa quien yo quiero y no necesito ofrecimientos de desconocidos. — Mickey deslizó su tarjeta personal hacia ella. La dama la miró sin tomarla. Y agregó—: Diseñador. ¿Quién lo hubiera dicho? Por eso vistes tan bien, tan caro y con tanto esmero.

—Me gusta la ropa. Ponerla y quitarla. Como prefieras. —Sonrió otra vez de lado, con esa perversión que le provocaba aleteos en el cuerpo. Pero Marta se mantuvo imperturbable.

Él le dijo que se marchaba en dos días, el nombre de su hotel y la habitación. La esperaba. Ella no negó ni confirmó.

Mickey volvió a la mesa con sus amigos y al rato la vio salir con prisa. No tendría compañía esa noche. Hubiera apostado a que la dama se iba a marchar con él. Su poder de conquista estaba desvaneciéndose.

Se acostó solo, mirando la figurilla de Cupido que Darla le había comprado en el mercado, prometiéndole que el mejor amigo de los enamorados lo iba a tener en cuenta.

Rio ante la ocurrencia de su amiga y miró el espacio vacío en la enorme cama. Por el momento, no estaba dando resultado.

Ese día había sido una locura. Mickey había desayunado en la habitación. Dejó seleccionadas algunas de las prendas que formarían parte del desfile privado que se haría esa tarde en la sucursal que *Harrogate's Style*, atelier para el cual trabajaba desde hacía varios años. Al menos una vez al mes viajaba a Nueva York para organizar presentaciones exclusivas con las clientas más selectas.

Si bien vivía en Los Ángeles, lo que más disfrutaba era viajar a la Gran Manzana, una ciudad de luz eterna, sede que manejaban sus íntimos amigos Darla y Roger. Ese matrimonio era tan perfecto que daba envidia, y, en ese momento, estaban empeñados en recuperar su corazón después del fracaso emocional con su compañera de trabajo, a quien aún tenía que ver día tras día.

El desfile fue impecable. Vendieron todos los modelos y los encargos superaron las expectativas.

Volvió a su hotel, solo. Hubiera podido traer con él a cualquiera de las modelos de esa tarde, pero los ojos cafés de la cantante lo habían dejado inhabilitado. ¿Se estaría volviendo selectivo o había algo en esa mujer que lo subyugaba?

Estaba eligiendo qué comer para hacer el pedido a la habitación cuando golpearon a la puerta. Frunció el ceño y abrió sin preguntar.

Marta lo observó en silencio, los ojos rojos, la misma ropa que había usado la noche anterior, despeinada, dolida. Bajó la cabeza controlando las lágrimas. Aún no entendía por qué sus pasos la habían llevado hasta ahí, pero se encontraba de pie frente al extraño que le había prometido saciar sus besos, y a eso había ido.

Mickey supo que en su actitud había angustia y un deseo no revelado que tampoco era necesario manifestar con palabras.

La boca de la mujer se apoderó de la suya, evitando pensar en todo lo que había vivido en las últimas horas, esperando encontrar en esos brazos el refugio que la hiciera sentirse amada. Las manos masculinas se perdieron en sus cabellos, devorando esa boca que lo había dejado loco, demostrándole que era verdad que iba a darle los besos que estaba necesitando.

La sutileza de sus dedos la despojó de la ropa, la acarició hasta dejarla exhausta y la hizo descubrir rincones que desconocía, mostrándose tierno cuando era preciso, ansioso cuando el deseo desmedido lo ameritaba.

El encuentro de sus cuerpos fue arrebatado pero tierno, dos solitarios que encontraron un remanso donde descansar, dos demandantes que sortearon las olas de la pasión gimiendo a la par, estallando en medio de la agitación y el deseo.

Recuperando la calma, ella le confesó el accidente de su amiga, la desgarradora sensación de que hubiera podido evitarse si hubiera callado sus comentarios hirientes, la falta de noticias alentadoras y su imposibilidad de demostrar sus sentimientos. A regañadientes, se llevó ropa de la colección, prometiendo devolverla a la brevedad. Él le dijo que tendría que viajar a Los Ángeles, que su dirección estaba en la tarjeta.

Marta observó la estatuilla de Cupido y alzó las cejas, extrañada. Mickey le dijo que ese 14 de febrero el querubín no lo defraudaría, que ella tocaría a su puerta.

Solo hubo un beso en la despedida y muchas palabras en los ojos que quedaron sin decirse... Y un implícito adiós.

14 de febrero. Fecha emblemática si las hay. Doloroso recordatorio para las almas en soledad, corazones arruinados, almas despojadas de amor.

Mickey no quiso salir a tomar unos tragos con sus amigos. Había tenido mucho trabajo en el atelier, su humor era pésimo y ver a todas las parejas disfrutando hacía que su incertidumbre amorosa tomara relevancia.

No había vuelto a saber de ella desde aquella noche, ni siquiera un mensaje, una llamada. Había sentido una comunión que no era frecuente, pero su ausencia demostraba que no había sido recíproca.

Se sentó frente a su mesa de trabajo y dejó que su mano dibujara nuevos diseños. Se perdió en los colores primaverales que tanto disfrutaba y bebió toda la botella de vino blanco que había descorchado.

Sus ojos se toparon con un Cupido risueño que le recordó que no había cumplido la promesa. Una mueca descreída lo resignó.

Y entonces el timbre. Cerró los ojos creyendo que sus amigos habían desoído su deseo de quedarse solo y abrió de golpe.

—¿Nunca preguntas quién es? —Los ojos cafés que estaba esperando le sonrieron.

—Nunca espero a nadie —respondió sorprendido.

Ella le tendió una bolsa. Miró dentro y encontró la ropa que le había dado aquella madrugada.

—Dijiste que tenía que devolvértela en Los Ángeles —explicó ella alzando un hombro.

—¿Viniste solo a eso? —Marta miró hacia el interior del departamento, buscando sin querer preguntar, intentando descubrir que estaba solo. Mickey reconoció la incertidumbre—: No hay nadie conmigo. ¿Has venido a devolverme una ropa que te dije que era tuya?

—Vine a darte la excusa para volver a regalármela —sonrió ella—. No quería que Cupido te defraudara.

Ambos sonrieron. Mickey miró la figura regordeta que adornaba la pared y por primera vez creyó en su magia.

Los besos que bien recordaban volvieron a unirlos, cerró la puerta con el pie y se dio la posibilidad de un perfecto San Valentín.

Mickey es un personaje secundario de la novela *A las puertas de tu corazón*, próximamente en Selecta, y Marta, personaje secundario de la novela *No engañes a tu corazón*, también de próxima aparición en Selecta.

<https://www.facebook.com/Frikastar>

En tu mirada

Mar P. Zabala

Beatriz corría por el pasillo de la segunda planta. El tiempo era crucial. Todo podía resolverse en cuestión de un minuto. Para bien o para mal. La ambulancia había llegado hacía un rato. Su busca no había dejado de pitar instándola a bajar a urgencias. Corría todo lo rápido que sus zuecos de plástico le permitían.

Ella era médico de atención primaria, pero el enésimo recorte en la sanidad de su comunidad había hecho que el centro de salud en el que llevaba trabajando ocho años cerrara por falta de presupuesto. Al menos era de las afortunadas que había sido reubicada en un nuevo puesto en el Hospital Provincial. Otros de sus compañeros habían sido «persuadidos» para pedir la jubilación anticipada, y los que ocupaban plazas interinas, despedidos sin más.

Su padre le había dicho que podía presentar una demanda y pedir que le adjudicaran un trabajo como el que había tenido hasta entonces, en algún otro centro sanitario. Le había dicho que no. Afrontaría las consecuencias: guardias cada seis días, y nada de un cómodo horario de ocho a tres por la mañana y una tarde a la semana de tres a nueve. Ya formaba parte de una plantilla que trabajaba cinco días y descansaba tres sin importar fiestas o fines de semana.

Lo que más lamentaba era no poder disfrutar de sus sobrinas tan a menudo como le gustaría. Cuando libraba un día de diario, tenían colegio y un sin fin de actividades extraescolares que ocupaban toda su jornada, con lo que no podía estar con ellas. A la más pequeña, Amparo, solo la veía en foto y por las videoconferencias que realizaba con su amiga Laura. En Semana Santa, con un poco de suerte, iría con Marcos a verla.

Mientras tanto, tenía que resignarse a trabajar largas y eternas jornadas, sin casi ver la luz del sol. Ese domingo, además, era el día de San Valentín. En realidad, debería haber tenido el día libre, pero una compañera planeaba una escapada romántica con su marido, dejando a sus dos hijos con su suegra, y no había podido decirle que no.

—Beatriz, te esperan en urgencias —le dijo una enfermera saliendo a su encuentro por las escaleras que comunicaban el primer piso con la planta baja.

—Lo sé. Me ha llegado el aviso por el busca. Ponme en antecedentes —le pidió a la vez que aceleraba sus pasos y se hacía una coleta alta para recoger su pelo.

—Es una mujer de ochenta y cinco años. La ha atropellado un camión —le informó su compañera.

—¿¿¿Qué??? ¿Está consciente?

—Por increíble que parezca, lo está. Iba paseando con unas amigas, se quedó un poco rezagada en un paso de peatones, y el camionero que había detenido su vehículo para que ellas pasaran no vio que aún no había terminado de cruzar.

—¡Oh!

—Voló por los aires y su cabeza terminó enclaustrada entre la cabina y la parte de atrás del camión.

—Tendrá fractura de cráneo, laceraciones en el cuero cabelludo...

—¡Qué va! Llevaba subida la capucha del anorak por el frío y la ha protegido. Es lo único que no tiene dañado.

La pobre anciana chillaba de dolor tumbada en la camilla. Un bombero le cogía la mano y trataba de tranquilizarla.

—¡Chis! La doctora ya ha llegado y te va a examinar.

—Es su hijo —le cuchicheó la enfermera al oído—. No sabía que su madre era la víctima atrapada entre los hierros hasta que llegó. Él fue a atender el aviso con sus compañeros, sin más.

Beatriz miró de reojo al hombre que cogía con amor la mano de su madre. Era moreno, con la piel curtida por el aire y el sol. En su rostro destacan unos brillantes ojos azules rodeados de arrugas de preocupación. Aún llevaba su uniforme, que en esos momentos estaba cubierto de polvo y grasa. El casco colgaba de su codo.

—Hola. Soy Beatriz. ¿Sabe cómo se llama? —preguntó la doctora acercándose a la camilla.

—Azucena —respondió la mujer con voz temblorosa.

—¿Sabe dónde está?

—En el hospital. El camión. No me vio.

La anciana se echó a llorar. Con paciencia y cariño, Beatriz y su hijo lograron calmarla.

—Voy a examinarla. ¿Qué le duele?

—Todo.

—Su hijo debe esperar fuera, en cuanto terminemos podrá entrar a verla.

El personal de urgencias funcionó como una maquinaria bien engrasada y, sin entorpecerse, realizaron su trabajo con profesionalidad y rapidez. Mientras la llevaban a al quirófano tras reconocerla con ayuda de una serie de placas, Beatriz fue a hablar con el hijo de Azucena.

—Bueno, ya puedo darle algo de información.

—Me llamo Pedro —le dijo el apuesto hombre extendiendo su mano para estrechar la de ella. Fue un apretón firme y enérgico, no exento de calidez.

—Yo soy Beatriz.

—Lo sé. Escuché como se lo decía a mi madre —replicó él con una sonrisa que iluminó su rostro, lo que hizo que ella sintiera un estremecimiento por todo su cuerpo.

—Eh..., claro, claro. Bien. Tiene rota la pelvis, el fémur izquierdo, la clavícula derecha y dos costillas.

—¿Tendrán que operarla?

—Del fémur, para recolocar las dos partes en las que el hueso ha quedado fracturado. El resto solo necesitará mucho reposo y bastantes sesiones de fisioterapia. No se preocupe —añadió al ver el gesto de susto del atractivo hombre—, la operarán esta tarde. Mañana mismo la pondrán ya de pie.

—Los moratones... —quiso saber Pedro al recordar como todo el cuerpo de su madre tenía una extraña tonalidad que iba desde el amarillo más brillante al morado más intenso.

—Está anticoagulada. La medicación hace que cualquier roce haga que le salga un cardenal. Y hoy se ha llevado unos cuantos golpes. En unos días desaparecerán y su aspecto mejorará.

—¡Es un milagro que esté viva! Cuando la vi atrapada entre los hierros, yo...

El duro bombero fue incapaz de retener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos. Era demasiada tensión acumulada. ¡Era su madre! Como un niño, rompió a llorar, sacudiendo sus hombros con fuerza.

Para Beatriz suponía comprobar que estaba ante un hombre que, aunque era capaz de arriesgar su vida por salvar a un desconocido en un incendio, también tenía un lado vulnerable y tierno, donde sus emociones se superponían a su aparente bravuconería. Esa patente sensibilidad la enterneció.

—Tranquilo, tengo un rato libre —afirmó Beatriz pensando que él la necesitaba más que ella tomarse un café de máquina en la sala de descanso—, me quedaré contigo mientras operan a tu madre.

Las horas pasaron y, si bien hubo de atender a algún paciente que ingresaba en urgencias, pudo escaparse para hacer compañía a Pedro. Sus compañeros debieron ausentarse para atender un aviso, pero ella no se movió. Conversaron sobre sus gustos y descubrieron que a ambos eran aficionados a la novela negra y que preferían la sesión de las ocho para ir al cine.

Rozaba la medianoche cuando un cirujano se acercó hasta ellos portando buenas noticias. La operación había ido bien y todo auguraba que Azucena se recuperaría con ayuda de la rehabilitación de sus lesiones.

Los días fueron pasando y entre Beatriz y Pedro se estableció una rutina. Él iba al salir de su turno con dos cafés y algo de comer en una bolsa, y ella procuraba hacer un descanso en ese rato. En la habitación de la madre de él, había una pequeña terraza acristalada a la que salían para tomar su frugal cena.

—¿Qué tal ha ido el día?

—Mejor. He vuelto a mi consulta de medicina general. En este mismo Hospital, aunque se acabaron las urgencias. Me gusta la adrenalina que suponen, pero añoro a mis pacientes. Esas conversaciones con las abuelillas que acuden a verme cada semana, o dar consuelo a una hija por la enfermedad de sus padres. No debería, sin embargo, no puedo evitar encariñarme con algunos.

¿Y tú? ¿Qué tal hoy?

—Un incendio en una fábrica por una chispa de un soplete. Solo daños materiales, ningún herido.

—Eso está bien.

—A mi madre le van a dar el alta mañana —afirmó él cambiando de tema.

—Lo sé. Está mucho mejor, en la residencia se acabará de recuperar y podrá ser atendida por el fisioterapeuta. Descanso y terapia. Es lo que requiere ahora.

La familia de Azucena había acordado que, por el bien de la matriarca, la llevarían a un centro para mayores donde recibiría la atención médica y los cuidados que precisaría para su total restablecimiento. Por mucho que ellos lo desearan, en su casa no podrían atenderla con los mismos medios. Además, con el trabajo de sus hijos, debería de permanecer sola más tiempo del aconsejable. La visitarían a diario y le brindarían la máxima compañía posible.

—Me preguntaba si podríamos vernos fuera de aquí —quiso saber él con timidez.

—Me encantaría —respondió Beatriz sonrojándose con vergüenza. El bombero le gustaba. Y mucho. Había temido no volver a verlo una vez que a su madre le dieran el alta.

—No tengo tu teléfono.

—Yo sí —dijo una voz desde dentro de la habitación.

Era Azucena que, sentada en su cama, veía con alegría el acercamiento entre aquellos dos adorables tímidos.

—¡Mamá!

—Tú no se lo pedías, así que se lo he pedido yo.

—Pero...

—Nada de «peros». Cupido con sus flechas hizo que os conocieras el día de San Valentín. O le ayudo o seguís desojando las margaritas como dos pánfilos.

—¡Azucena!

—¿Qué quieres que te diga? Ya soy mayor y quiero ver a mi hijo pequeño casado y con hijos.

—¡Vámonos fuera!

Pedro tiró de la mano de Beatriz y la guió hasta la escalera de incendios. Allí estarían a salvo de miradas indiscretas.

—Perdona a mi madre.

—No hay nada que perdonar. Aunque lo de la boda y los hijos lo dejamos para más adelante.

—Entonces, ¿quieres salir conmigo?

—Bésame, tonto, que estoy ardiendo y solo tú puedes apagar mi fuego.

Beatriz es un personaje secundario de la Bilogía *Nunca es tarde para el amor*, que será publicada por Selecta en 2020.

<https://www.megustaleer.com/autor/mar-p-zabala/0000956798>

Un amor de verdad

María Acosta

Acababa de colocar la bandeja de venado sobre la mesa cuando lo oyó rezongar en la entrada. Sonrió al escuchar el ruido que hacían sus pesadas botas al subir la escalera que separaba la mensajería de sus aposentos en el torreón.

Venía quejándose, como siempre: sus soldados eran unos vagos que solo pensaban en abandonar la instrucción para ir a ver a sus parejas; los muchachos que había sorprendido en el establo eran unos impúdicos; y el jefe Dougal (para no variar) era un imprudente por cometer semejante estupidez...

Su amado era un gruñón empedernido. Lo sabía desde que lo conoció y, a pesar de que a veces le resultase cargante, ese defecto no dejaba de arrancarle una sonrisa, porque era algo tan inherente en Gus que... En fin, él lo amaba con todas sus virtudes y sus faltas.

La puerta se abrió a sus espaldas y se giró para ver a su compañero en el umbral: era bajito y robusto, tan moreno como él rubio. Poseía el carácter feroz de un tejón y unos ojos fascinantes que de tan azules eran casi blancos.

—Buenas noches, amor mío. —Lo recibió con una sonrisa.

Gus gruñó, cansado.

—Déjate de amores. He tenido un día muy largo y no estoy de humor, Bastien.

—Esto te animará: lo he hecho especialmente para ti —declaró, entregándole una tarjeta de papel decorada en rojo, con una bonita ilustración de dos tórtolas y unos versos en su interior que había compuesto para su compañero—: ¿Te gusta?

Gus guardó silencio. Sus ojos no se apartaron de la tarjeta durante un rato, demasiado para que uno pensase que solo la estaba leyendo.

—¿Has tenido tiempo de hacerla? —preguntó finalmente, alzando la mirada para encontrar la suya, que era mucho más oscura en comparación—: Hoy es el día que más ocupado estás en todo el año.

—Pero nada puede impedirme escribirle por San Valentín a mi amado —aseguró, y a cambio obtuvo un gruñido con efecto retardado.

—Sabes que no creo en estas tonterías.

—Si no te gusta, guárdala en tu arcón junto a las otras.

Gus volvió a quedarse callado. Sonrió, sabedor de que había ganado aquel asalto, y se dirigió sin más hacia el cuarto de baño, donde lo aguardaba una bañera preparada. Dejó abierta la puerta que comunicaba con su alcoba y se desprendió de sus ropas, las que dejó sobre una silla cercana. Introdujo su cuerpo en la tina acto seguido y disfrutó de la deliciosa sensación del agua caliente en contacto con su piel.

Al cabo de un momento, su compañero entró en el cuarto, bandeja en mano.

—¿Has cenado? —inquirió, curioso.

—Esperaba hacerlo contigo.

—Cuando salgas del baño.

—¿Y por qué no durante? —replicó y sonrió—. En esta bañera cabemos los dos. ¿No te gustaría relajarte con un buen baño caliente?

—Caliente estás tú —rezongó Gus, frunciendo el ceño—. Te conozco, Bastien, y me conozco de sobra tus «baños».

—Bueno, si no quieres, lo disfrutaré yo solo.

Tomó la esponja y la humedeció para pasearla a continuación por todo su cuerpo. Recorrió con ella sus delgados brazos y sus largas piernas, sin prisa, dejando que la vista de su amado se recrease en él hasta conseguir el efecto deseado:

—Demonios... —bufó su compañero, que se acercó con paso vivo hasta la bañera y dejó la bandeja a un lado en el suelo—. Quita esa sonrisita de tu cara.

—Oblígame.

—Sinvergüenza, descarado.

—Si no lo fuese, jamás me habría metido en tu cama... Y los dos nos habríamos arrepentido, ¿verdad?

—Solo lo hiciste para librarte de aquel insistente pretendiente.

—No fue solo por eso. Pero me alegro de haberlo hecho, porque así encontré al hombre de mi vida —afirmó, y dejó la esponja en el suelo para arrodillarse dentro de la tina y comenzar a desvestirse a su compañero.

Gua no protestó: sus ojos se oscurecieron un par de tonos y, cuando al fin estuvo desnudo, no tardó ni un segundo en meterse en la bañera. Lo acogió entre sus brazos cuando se sentó entre sus piernas, de espaldas.

—Dime cómo ha sido tu día —le pidió, retomando la esponja para deslizarla por su cuerpo.

—Ha sido estúpido, como todos los días de San Valentín: la gente solo piensa en notas y regalos, y no están lo que tienen que estar —gruñó—. Hoy, Thora ha espantado a todos los patos del estanque, mientras iba de camino a entregarle a *lady* Fenella una nota de su esposo, y los criados han tenido que cazarlos uno por uno para traerlos de vuelta. Le tengo dicho a Dougal que no deje suelto a ese animal, sabe de sobra los desaguisados que provoca.

—Seguro que solo quería refrescarse un poco: los jabalíes necesitan hacerlo durante todo el

año.

—Me da igual; esa jabalina es un peligro.

—Lo que tú digas —musitó, sin convicción.

Gus resopló.

—Y, para colmo, he sorprendido a la hija de Seamus en el establo con Finlay MacManus. Salieron corriendo en cuanto me vieron, medio desnudos. ¿En qué demonios estaban pensando!? ¿Es que no pueden esperar un mes hasta la boda?

Su indignación lo hizo reír.

—¡Son jóvenes, Gus! Y están enamorados, ¿qué hay de malo en eso? A nadie le amarga un revolcón en el pajar.

—Tú lo sabes bien —replicó, y acto seguido volvió a rezongar—: Si Seamus llega a enterarse...

—Lo entenderá, porque los chicos están prometidos. Además, él también celebra San Valentín: esta mañana le ha enviado a su esposa una nota con una rosa. Rose es tan afortunada... —suspiró, emocionado.

—¿Y tú no? —Se giró para clavarle una seria mirada—. ¿Qué queja tienes de mí?

—Ninguna, tejoncito.

—Acordamos que dejarías de llamarme así: sabes que me parece ridículo.

—Acordamos que no te llamaría así *en público*. Pero en privado es otro cantar.

—Ya te daré yo a ti cantares —masculló entre dientes, y él no pudo menos que esbozar una pícara sonrisa.

—Eso espero.

A pesar de los gruñidos de Gus, continuaron con el baño. Cuando el agua comenzaba a enfriarse, se pusieron en pie y se secaron mutuamente con la toalla. Su compañero abandonó primero la bañera, seguido por él. Se dirigieron juntos a la cama, donde él se tendió, dejando un espacio para su amado, e incitándolo con la mirada.

Gus suspiró.

—Estoy cansado, Bastien. No esperes gran cosa de mí.

—Tranquilo, me basta con que te acuestes a mi lado y me acaricies con tus fuertes manos.

—¿No te resultan demasiado ásperas? —preguntó mientras hacía justo lo que le había pedido.

—En absoluto: puede que su oficio sea el de la espada, pero de noche, sobre mi cuerpo, están cargadas de ternura. —Besó sus nudillos uno por uno, sin dejar de mirarlo—. Sabes que amo cada parte de ti, tejoncito.

—Eres un tonto romántico —lo acusó al tiempo que se sonrojaba.

—Y tú, un gruñón con corazón de oro. Mira lo que tengo —declaró al cabo de un momento, rebuscando bajo la almohada para sacar a la luz un pergamino. Lo desenrolló para mostrárselo—. ¿Te apetece que lo probemos?

Cuando Gus vio la ilustración, su primera reacción fue alzar las cejas con asombro y proferir

una contundente maldición en gaélico. Acto seguido, lo miró con severidad.

—¿No habíamos acordado que dejarías de lado estas lecturas pecaminosas? ¿Qué diría el padre MacZuill?

—El padre MacZuill es quien lo ha dibujado. —Los ojos de su compañero se abrieron como platos—. ¿¡De qué te sorprendes!?! Si compartieses lecturas con él, como hago yo, sabrías que es un amante del erotismo... Sobre todo, en lo concerniente a ilustraciones.

—Sois un par de demonios, los dos —resopló—. Iréis al infierno por vuestra insaciable lujuria.

—En ese caso —sonrió y lo atrajo hacia sí, sin que él se negase—, pienso arrastrarte conmigo.

Lo besó, y Gus no tardó en responder. Sus encuentros eran siempre apasionados, a pesar de que ninguno de los dos era un mozuelo a esas alturas; ya habían superado la madurez y, tras varios años juntos, lo que sentían el uno por el otro seguía tan vigente como el primer día.

El amor los unía y, como de todos es bien sabido, el verdadero amor nunca muere... Especialmente, en San Valentín.

Gus es uno de los personajes secundarios de la novela *Mi decisión*, próxima a publicarse. Su compañero Bastien (jefe de mensajeros en Mairibroch) es mencionado en ella.

<https://www.megustaleer.com/autor/mara-acosta/0000960218>

Post single day

María José Avendaño

Había comenzado a hablar con él la noche anterior, mientras festejaba el *single day*. No tenía muchas fotos en su perfil de la *app* que me había bajado al móvil para conocer chicos, pero su charla me gustó, era buena onda. Se llamaba Kurt según lo que decía la aplicación.

A propósito del festejo del día del soltero, todo para burlarnos de San Valentín, decidimos con mis amigas ir a cenar a un restó temático y, luego, por unas copitas. Se lo conté a Kurt, alias mi *crush*, y le pareció un plan muy divertido.

Pero como no todo es color de rosa, los tragos de más me jugaron una mala pasada: al regreso, abrí la puerta del taxi para bajarme, tropecé y terminé sentada en el suelo. Mis amigas se rieron como locas y después decidieron darme una mano para que me pusiera de nuevo de pie. Llegué a casa y me arrojé a la cama con la ropa puesta.

Al día siguiente, no me acordaba de nada, pero el dolor de las asentaderas, producto de mi estrepitosa caída post festejo, me hizo recordar que había tomado un poco bastante.

¿Pero qué me hizo despertar? Ah, el sonido de mi móvil. Era mi mamá desde una llamada de WhatsApp.

—Hola..., mamá —dije tratando de separar las palabras para parecer sobria.

—*Tu padre y yo iremos por ti en media hora. Recuerda el almuerzo de San Valentín, cumplimos nuestras bodas de plata y haremos una fiestecita en un salón.*

Me levanté de un salto. ¡Mis padres festejaban sus bodas de plata! Y yo lo había olvidado.

—Estaré lista enseguida.

—*Y maquíllate, Brenda. Has de tener una cara terrible luego de estar de copas la noche entera.* —Y simplemente colgó.

Mi madre lo sabía todo. No importaba cuanto me empeñara en ocultar mi dolor de cabeza resacoso, ella lo había adivinado.

Me metí de cabeza en la ducha e hice todo rapidísimo. Cuando estaba secándome el pelo, escuché de nuevo el sonido del móvil. Era Kurt, mi *crush*. Estaba apremiada por el tiempo, así que le mandé un mensaje de voz contándole el San Valentín que tenía por delante.

—*Está nevando como los mil demonios, qué tedio* —respondió con otro mensaje de voz.

Parecía amable y atento. Además, me estaba aliviando el aburrimiento de prepararme para el festejo de mis padres mientras me daba plástica.

Por fortuna, tenía la ropa ya lista: un vestido tono champagne y *stilettos* a juego. Hubiera preferido algo de color negro, pero mi madre chilló horrorizada que no quería vestuario de luto en su aniversario. De acuerdo, nada de color negro-luto. Peiné mi cabello rubio y me calcé los *stilettos* de taco alto para no parecer el *hobbit* de la fiesta cuando tomaran fotos.

—*Calma, quizás no sea tan malo como piensas* —agregó Kurt para animarme.

—Me duele apenas la cabeza —agregué el «apenas» para que no se pensara que tenía un grave problema con el alcohol.

Los hermosos *stilettos* ya comenzaban a hacer presión en uno de mis dedos gordos del pie. El exquisito dolor que tendría luego de un par de horas. Mierda.

—*A que adivino: estás muerta de sueño y se te parte el cráneo por la resaca que traes.*

Me arrancó una carcajada. Sin duda, ese chico era lo mejor de aquel atípico San Valentín.

—*Te hice reír, un tanto para mí. ¿Puedo pedirte tu número para agregarte a WhatsApp? Esta app es demasiado lenta.*

Le pasé mi número de móvil y lo acepté en WhatsApp. Cuando estaba por ver su foto de perfil, recibí otra llamada de mi mamá, aunque esa vez era una videollamada. Contemplé sus inquisitivos ojos celestes pegados a mi cara, tal vez buscando algún rastro de resaca en mi expresión.

—Brenda, ya estamos yendo por ti. Estamos demorados porque otra vez está nevando mucho.

Con el teléfono pegado a la oreja, me asomé por la ventana y vi que caía nieve por doquier. Estaba oscuro, como si fueran las seis de la tarde. Lo único que le hubiera pedido como deseo al genio de la lámpara era no tener que ir a ningún lado y quedarme en pijama el día entero, con una taza de café al lado mientras veía a través de mi ventana como la nieve caía y, por qué no, seguir hablando con Kurt con tranquilidad.

Mi madre me hizo retornar a la realidad.

—¿Te has maquillado bien?

—Sí, mamá. De acuerdo a tus indicaciones, me pinté como una puerta.

—Siempre haciéndote la graciosa. Sigue así y terminarás como tu prima segunda, Chelsy Owen-Keller.

Casi me muero a carcajadas porque el ejemplo del que se agarró mi madre: Chelsy Owen-Keller, hija del Conde de Brighton, había sido la novia del príncipe Henry de Gales y se convirtió en la comidilla del mundo entero cuando él la cambió por una hermosa sudamericana. Mi madre estaba horrorizada, pero en cambio a mí me pareció lo mejor, porque las veces que nos cruzamos, Chelsy siempre me miró con desprecio. Perra presuntuosa.

—¿Quieres terminar así como ella? ¿Solterona y medio loca?

—¡Ay, solterona! ¡Qué dolor!

—Hija, no sé si porque has cumplido los treinta años o qué, pero estás cada vez peor. Prefiero no enojarme por tu inadecuada conducta. Nada me quitará el buen humor, Brenda.

—Ya cálmate, mamá. No tienes que preocuparte por mí, sino por tu fiesta.

—También me preocupo por ti y mucho, hijita. Y por eso invité a Rupert, el hijastro de tu tía Serena. Y para decirte lo afortunada que eres, aún sigue soltero.

—¿Ese idiota granujiento? No hablemos ya del nombre, que justo le hace juego con la cara.

Hacía bastante tiempo, mi tía Serena había enviudado. Todos quedaron preocupados por la forma en que lloraba y gritaba durante el funeral del tío Thomas... pero era evidente que la tristeza se le pasó rápido, porque seis meses después contrajo matrimonio por segunda vez, convirtiéndose en la comidilla de la familia entera. El segundo marido de mi tía tenía un hijo de más o menos la misma edad que yo, Rupert, y en ese entonces esta servidora era una quinceañera soñadora. ¿Qué puedo decir del hijastro de tía Serena? Se portaba antipático y burlón, y además se reía de mí llamándome «inspectora de zócalos»; claro está que por mi metro y medio de estatura. Desde luego que yo no me quedaba callada y lo bauticé «mapa lunar», por su gran cosecha de acné. Así pasamos veranos enteros en Sussex, insultándonos. Hermosa relación la nuestra.

—Brenda, han pasado ya muchos años. Rupert ha cambiado y tú también. Podrían simpatizar y quién sabe cómo podría seguir todo. —Revoleo de ojos y suspirito materno. La oíé.

—Te veo luego, mamá. —Corté la llamada con muy mala cara.

Volví a sonreír cuando me llegó una videollamada, pero esa vez de Kurt. ¿Y si era un asesino serial?

—¿Sigues maldiciendo tu mala suerte por tener que festejar las bodas de plata de tus padres en *San Tontín* con un escabroso pronóstico de probable tormenta de nieve?

Me quedé embelesada al contemplar su sonrisa perfecta y aquellos ojos azules tan vivaces; además, la barba y el cabello rubio le sentaban muy bien. Era el probable asesino serial más atractivo del mundo. Y, por otro lado, me recordaba a alguien. ¿A quién?

—Eres peor que yo. Y no te burles porque seguro que te quedarás tranquilo en tu casa.

—Si te sirve de consuelo, al igual que tú, también voy a una fiesta familiar. E imaginarás que muero de ansias porque me pregunten qué estoy esperando para conseguir una novia. —Me observó con atención—: ¡Ey, eres linda! Si no tuvieras plan, te pediría que fueras conmigo.

—Tú tampoco te ves mal —dije sonriendo de costado—. Pero me ganaste de mano, sería yo la que te presentaría como mi *crush*.

—Afrontémoslo, Brenda. Y de esa manera concluirá más rápido. Tal vez podamos reírnos o lamentarnos juntos más tarde con una cerveza de por medio. ¿Qué opinas?

Me despedí de él porque sentí el bocinazo de mi papá para anunciar su llegada. Me puse un abrigo negro corto y, cuando abrí la puerta del edificio, el frío glacial me azotó la cara. «Bendito San Valentín», maldije mientras esquivaba la nieve con mis incómodos y bellos *stilettos*.

Me metí en el auto familiar, y mi madre, luego de criticarme por lo corto del vestido y lo largo de mi cabello, concluyó que me veía bellísima.

—¿Estoy presentable para pelearme con el granujiento de Rupert?

—Basta, Brenda. Si vieras lo guapo que se ha puesto, te caerás de espaldas. Ya verás.

Llegamos al salón y no me sorprendió ver todo decorado en rosa tan brillante, romántico y chillón que empalagaba. Amén de que había corazones por todos lados, fotos gigantescas de mis padres cuando eran novios, fotos cuando se estaban casando. ¿Y lo mejor? La gran torta rosa y plata con el número veinticinco en el medio y unos muñequitos de plástico al costado, emulándolos. Todo me pareció tan predecible que quería largarme a reír a los gritos, para después terminar llorando. Bipolar la tipa. ¿No?

Además, el salón estaba lleno de gente. «¿Cuántas veces me preguntarán “Brenda, ya tienes novio?”».

—Brenda, espero que te guste el decorado de nuestra fiestecita —susurró mi mamá a punto de llorar, pero de la emoción.

—*Hermoso*, mamá.

—Acaba de llegar tu tía Serena con su marido y su hijastro, Rupert. Ven a saludarlos con nosotros.

—Maldita suerte.

—¿Dijiste algo, hijita?

—Feliz aniversario, mamá.

Cuando me volví para mirar a mis parientes, me encontré cara a cara con Kurt.

Nos saludamos y nos interrogamos con la mirada. Cuando terminamos las presentaciones formales, nos apartamos con discreción para hablar en privado.

—¡Con qué tú eres Rupert! Querido Kurt, eres la mentira personificada.

—Kurt es mi segundo nombre. ¿O piensas que podría llegar a ligar en una *app* con el primero?

—Tienes razón, vamos por una copa y algo de comer.

Al rato, nos aburríamos a mares. Entonces Kurt propuso:

—¿Vamos por unas cervezas? Esto apesta.

Mi sonrisa fue la respuesta.

En este relato se hace referencia a personajes que pertenecen a la novela *Rebelde y real*, que se publicará próximamente.

<https://www.facebook.com/mariajose.avendano.7>

Con un solo baile

Marian Arpa

Nicolás Hemsley iba camino a una de las veladas de la temporada londinense, donde las inocentes jovencitas iban en busca de marido.

Nick apenas se relacionaba con ellas, lo justo para complacer a su madre, que era una casamentera consumada y pretendía casarlo con alguna rica heredera. Sin embargo, él prefería las viudas ligeras de cascos, que no buscaban un anillo en el dedo.

No obstante, no hacía mucho todo había cambiado, sus ojos se posaron en una muchacha sensata, divertida y dulce. Con un solo baile lo había encandilado y no se la podía sacar de la cabeza.

Penny Town tenía una belleza singular, poseía unos ojos marrones brillantes, que lo atrajeron como dos estrellas, un pelo castaño que parecía seda líquida. ¡Qué no daría él por pasar los dedos por aquellas guedejas con reflejos dorados! Sus labios parecían una ciruela madura que se moría por besar, y su cuerpo... las curvas lo volvían loco, y ella las tenía perfectas.

Él era el más sorprendido ante los sentimientos que le despertaba la muchacha, nunca antes había pensado en casarse, pero algo había cambiado cuando la tuvo entre sus brazos.

Penny disfrutaba de su segunda temporada sin haber recibido ninguna propuesta matrimonial. Ese hecho no la preocupaba, pues ella aspiraba a casarse por amor, y aún no había conocido al hombre que le hiciera brincar el corazón. Si lo pensaba bien, eso no era del todo cierto, había uno que, cuando la tomaba entre sus brazos, se sentía volar. Ella no se hacía ilusiones, pero por extraño que pareciera, sabía el momento exacto en que él llegaba a las veladas a las que asistía. Era como si su mirada azul cobalto tuviera el poder de acariciarla, aunque estuviera en el otro extremo del salón.

La primera vez que estuvo en sus brazos sintió como si dentro de ella se hubiese desatado una tormenta. Él la conducía rodando por el salón con maestría. Nunca había danzado con ningún hombre que con un solo baile la dejara sin aliento, acalorada y sintiendo como si tuviera mariposas bajo la piel.

A partir de ese día, habían coincidido en muchas veladas, y él le sonreía como un canalla, cosa que hacía enrojecer a Penny, que la alteraba. Pero nunca se propasó con ella ni le pidió que dieran un paseo por los jardines, cosa muy mal vista por la sociedad restrictiva en la que vivían.

Mientras bailaban, el señor Hemsley le hacía comentarios pícaros, destinados a hacerla sonreír o que la sofocaban.

Estaban rodando por el salón de *lady* Gallaguer, y la mano en la espalda estaba un poco más abajo de lo decoroso. Penny, con un movimiento estudiado, la colocó donde debía estar, y él sonrió como un demonio.

—Ya me extrañaba que me permitiera esta libertad —susurró él acercando la boca a su oído, dejando que su aliento le erizara la piel.

Ella suspiró alborozada y la recorrió un estremecimiento, que él notó bajo las yemas de sus dedos. Nick le sonrió, pero ella descubrió que algo había cambiado.

Sus iris se engancharon a los azules, interrogantes.

—¿Señor, está tratando de avergonzarme? ¿Quiere que todo el mundo me tache de ligera de cascos?

—Jamás.

Los ojos azules adquirieron una seriedad que nunca le había visto, al mismo tiempo que notaba que la mano de él volvía a estar por debajo de lo correcto.

—Entonces será mejor que me sujete como manda el decoro.

—Es la costumbre, cielo.

Aquellas palabras hicieron que se pusiera tensa.

—¿Quién le ha dado permiso para hablarme así? —murmuró envarada—. Es usted un truhan, y si no quiere que lo abofetee, haga el favor de comportarse.

Nick encontró muy divertido que ella lo amenazara con agredirlo físicamente. Sonrió con aquella mirada canalla y su mano subió un poco por la espalda de Penny, con tal lentitud que ella sofocó un jadeo.

—No era mi intención ofenderla.

—Pues lo disimula usted muy bien.

«Vaya», pensó Nick, debajo de esa dulzura hay una mujer con carácter. Con cada faceta que conocía de ella, le gustaba más.

La pieza que estaban tocando acabó, pero a él le deseaba quedarse un rato más hablando con ella.

—¿Le apetece que nos tomemos una limonada?

Los brillantes iris marrones lo miraron sorprendidos.

Nick, al leer en sus pupilas, supo que era la primera vez que alguien se tomaba la libertad de acompañarla. Y saber que él sería el primero lo hizo sentir una extraña euforia. La cogió del codo y la guio hacia las mesas donde se servían los refrigerios.

—¿Está disfrutando de la velada? —dijo mirándola a las profundidades de sus ojos, confundiéndola.

Penny no tuvo oportunidad de contestar. Una señora muy elegante se les había acercado y miraba al señor Hemsley con censura. Junto a ella caminaba una jovencita vestida de blanco y con una

sonrisita presumida.

—Nick, quería presentarte a *lady* Gallaguer, es hija de nuestra anfitriona.

Él traspasó a su madre con la mirada. Se inclinó ante la chiquilla y...

—Es un placer conocerla, *milady*. Dele a su madre la enhorabuena por la magnífica fiesta. —
Vio cómo su acompañante era evaluada por su progenitora sin ninguna sutileza—. Madre, ¿conoces a la señorita Town?

—Nunca nos presentaron. Encantada, querida.

Por su manera de hablar, Nick supo que ni había prestado atención al nombre, que no la consideraba apropiada para él. Sus siguientes palabras se lo demostraron.

—¿No vas a bailar con *lady* Gallaguer?

—Lo siento, *milady*, quizás en otro momento, ahora mismo estaba teniendo una conversación muy interesante con la señorita Town.

El rostro de Penny adquirió un color muy atractivo, lo miró con sus brillantes ojos muy abiertos. No podía creer que ese hombre rechazara bailar con aquella rica heredera para quedarse a su lado, y... ¿una interesante conversación? ¿De qué estaba hablando? Trató de recordar, pero su mente se había quedado en blanco.

—Vaya, vaya, ya seguiremos con nuestra agradable charla en otro momento.

Nick tuvo ganas de estrangularla, ¿es que no se daba cuenta de la treta de su madre de querer apartarlo de ella? Llegados a ese punto, no podía negarse sin quedar como grosero. Se pintó una sonrisa en los labios, cogió del codo a aquella jovencita presumida y la llevó a la sala de baile. Se le antojó la pieza más larga de su vida. *Lady* Gallaguer le dedicaba caídas de pestañas que supo que había practicado ante el espejo para encandilar a los hombres. Por el rabillo del ojo vio a su madre hablando con la mujer que le había sacudido los cimientos.

—Querida, no te hagas ilusiones, he notado que Nick te busca para bailar, pero créeme, no eres su tipo.

Aquellas palabras zarandearon algo muy dentro de Penny. Se encontró conteniendo el aliento. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de que a todas las veladas a las que asistía, esperaba con ansias bailar con el señor Hemsley. Era pícaro, divertido y la hacía sentir esas agradables mariposas en el estómago.

El tono de la mujer estaba cargado de menosprecio. Penny giró la cabeza y vio su mirada vanidosa. Como que ella no era ninguna mosquita muerta, replicó:

—No debe preocuparse por mí, señora... Supongo que su tipo es esa muchachita con la que está bailando.

—Desde luego.

—¡Qué pena me da!

Ante la mirada confundida de la dama, Penny se alejó.

Cuando Nick pudo librarse de *lady* Gallaguer, estaba furioso, la muchacha había resultado ser de lo más insulsa. Si en ese momento veía a su madre, le cantarían las cuarenta por haberlo

manipulado; necesitaba estar solo para poner en orden sus pensamientos.

Tomar la decisión le costó dos días con sus respectivas noches. Se los había pasado en su piso de soltero y cabalgando por Hyde Park al amanecer.

Aquella misma tarde, visitó a la señorita Town con un ramo de rosas rojas. Por la expresión de su rostro cuando acudió al saloncito, supo que no recibía muchas visitas.

—¿No me diga que no es decoroso que la visite? —bromeó Nick al ver la sorpresa pintada en su cara.

—Sí, desde luego. Lo que pasa es que no lo esperaba, sobre todo después de lo que me dijo su madre.

Penny había dejado la puerta abierta, y él maldijo las puñeteras normas.

—Le diría que no haga caso a todo lo que escuche sobre mí, pero me temo que muchas cosas son ciertas.

—Entonces... ¿qué está haciendo aquí?

—Me he pasado los últimos días preguntándome lo mismo, y he llegado a la conclusión de que ya es hora de que siente cabeza.

—No entiendo.

—Creo que me entiende perfectamente. —A ella, los ojos se le iban a salir de las órbitas—. Usted me ha cambiado la vida, nunca antes pensé en casarme, sin embargo, la idea ya no me parece descabellada.

—¿Me está pidiendo matrimonio?

—Supongo que no lo estoy haciendo bien si me hace esa pregunta.

Clavó una rodilla en el suelo ante ella, le cogió una mano y le besó los nudillos.

—Quiero que me dé la oportunidad de cortejarla, que me conozca mejor y, cuando sus sentimientos sean los mismos que los míos..., me haría un gran honor casándose conmigo.

Penny nunca había soñado en oír esas palabras de un hombre como él. Se quedó sin aliento al asimilar lo que había dicho. ¿Estaría soñando?

—¿Cuáles son esos sentimientos?

—Necesita oírlo con todas las palabras, debí imaginármelo. —Sus ojos azules se habían anclado en los suyos—. Quiero despertarme envuelto en su maravillosa cabellera cada día, quiero ser el destinatario de sus sonrisas, de sus miradas y de sus comentarios mordaces... Lo quiero todo de usted.

A ella le faltaba la respiración, desde luego, ese hombre sabía cómo seducir a una dama. El corazón de Penny saltaba en su pecho. Su sonrisa luminosa le dio la respuesta a Nick, que se levantó con una mirada lobuna, le capturó la cara entre sus manos y la besó con tanta ternura que ella se sintió derretir. Iba a convertirse en un charco de sensaciones a sus pies. Él, al notar su entrega, se separó un suspiro de sus labios...

—Te amo.

La felicidad de Penny estaba pintada en sus luminosos ojos.

Penny es un personaje secundario de *Cautivo de tu mirada* y de *Si te vas... te seguiré*, una bilogía que saldrá a la venta este mismo año.

<https://www.megustaleer.com/autor/marian-arpa/>

Imposible de olvidar

Marion S. Lee

A esa hora de la tarde, ya de regreso a casa, Winnie podía afirmar que Sergei había olvidado que era el día de San Valentín.

Durante toda la jornada había esperado que él la felicitara, o que le dijera «te quiero», como tantas veces hacía a lo largo del día, o que le robara un beso, o... ¡cualquier cosa! Pero no, Sergei parecía haberlo olvidado por completo, y eso era algo insólito en él. En ese momento, a ella se la llevaban los demonios.

Se bajó del coche y cerró la puerta del copiloto con más ímpetu de la cuenta, sin retirar la mirada de la espalda del hombre que andaba delante de ella como si nada sucediera.

Ese era el tercer San Valentín que celebrarían juntos; el primero desde que ella acabó por fin la carrera de económicas y comenzó a trabajar a horario completo en el despacho de asesores que Sergei tenía en Newburyport. Tenía grandes expectativas para ese día; incluso se había comprado un bonito conjunto de lencería.

«Pues ahora no me lo pienso poner. Listo».

Con las llaves de la casa ya en la mano, Sergei giró la cabeza y la observó con extrañeza.

—¿Ocurre algo, Winnie?

—¿A mí? —rezongó con un timbre de voz más agudo del habitual—. Nada. ¿Por qué lo preguntas?

Él se encogió de hombros.

—No sé. Te encuentro... ¿rara?

Con un gesto demasiado teatral incluso para ella misma, alzó la barbilla y apretó los labios.

—No sé a qué te refieres. Además, a lo mejor eres tú el que está raro. —Y pasó delante de él al interior de la vivienda que compartían desde hacía tres años.

La sorprendió la oscuridad que vislumbró nada más abrir. Y era extraño porque ella siempre dejaba descorridas las cortinas para que la luz procedente de las farolas de la calle entrara por las ventanas.

Con un pellizco en el estómago accedió al vestíbulo y, casi al instante, escuchó la puerta cerrarse tras ellos. Al momento, la negrura los envolvió. De manera instintiva, se giró hacia

Sergei.

—¿Qué ocurre?

La opresión solo duró unos instantes. Escuchó el inequívoco *click* del interruptor y, de inmediato, un fogonazo de luz lo bañó todo. En cuanto su vista se adaptó al resplandor, encontró todo el suelo del vestíbulo enmoquetado con pétalos de rosas de un suave color rosado.

Alzó la cabeza con tanta rapidez que temió haberse hecho daño y halló los ojos de Sergei clavados en ella, con esa calidez que destilaban al mirarla y que la hacía olvidar cualquier enfado.

De refilón vio el enorme ramo de rosas, justo detrás de Sergei. Rebosaban del jarrón de manera elegante. Extasiada, se acercó hasta las flores y las olió.

—Son preciosas —musitó muy cerca de los pétalos. Se apostó a unos pasos del hombre y le ofreció una sonrisa plena, genuina, que nacía de su corazón—. Muchas gracias. Me encantan.

—Me alegra mucho que te gusten.

Asintió con exageración, una vez tras otra.

—Sí, sí —afirmó. De repente, sintió un ligero bochorno subirle por el cuello. Bajó el rostro, avergonzada—. Creí que lo habías olvidado.

Sergei deshizo de inmediato la distancia que los separaba para pararse ante ella. Sus manos le ciñeron la cintura y la atrajo hacia sí.

—¡Cómo iba a olvidarlo! —susurró mientras se acercaba a su boca. Se detuvo a unos centímetros, distancia que le pareció demasiado grande—. ¿Sabes cuánto me ha costado no decirte nada, ni abrazarte, ni decirte que te quiero? No, imposible que lo olvidara.

Lo besó como llevaba deseando hacer durante todo el día. Y Sergei le respondió con la misma intensidad, con la misma entrega con la que siempre lo hacía.

Se separó de él cuando necesitó respirar.

—Gracias por las flores.

—De nada —contestó y le retiró un mechón de pelo de la mejilla—. Pero, en realidad, este no es tu regalo.

—¿Ah, no?

—No. Ven.

Cogiéndose de su mano, ella se dejó guiar hasta el salón. En cuanto traspasó la doble puerta que daba acceso a la estancia, sus pies se clavaron en el suelo. Se encontró con una enorme caja en el centro, del tamaño de un gran electrodoméstico. Estaba forrada de un brillante papel rojo y, sobre la tapa, lucía un gigantesco lazo blanco satinado.

Sus ojos volaron hacia el hombre.

—¡Por todos los santos! ¿Y eso? ¿Cuándo lo has puesto ahí?

Con evidente embarazo, Sergei se pasó la mano por la nuca.

—Eh... ¿Recuerdas que a mediodía te dije que tenía que ir a ver a un cliente? Bien, pues no había ninguno.

—¿Y viniste a preparar todo esto?

Él asintió muy despacio.

—Adelante. Ábrelo —dijo invitándola a acercarse con un gesto de la mano.

Indecisa, se acercó hasta el paquete. De cerca era aún más grande de lo que parecía. Sintiendo que la incertidumbre por saber qué había dentro comenzaba a sobrepasarla, abarcó la tapa con los brazos bien abiertos y tiró hacia arriba, sin saber bien qué esperar.

De inmediato, de dentro surgieron media docena de globos de color rojo metalizado, atados todos juntos, que formaban un enorme racimo. Ante su vista se elevaron con una sinuosa danza hasta que toparon contra el techo. De la cuerda que los unía, y que había quedado a la altura de su nariz, pendía un pequeño canutillo de papel. Sergei se mantenía a unos pasos de distancia, expectante, y ella no sabía qué hacer.

—¿Qué es?

—Pues un papel —respondió él.

—Eso ya lo sé. Digo que qué hace ahí.

—Si no lo recoges, no lo sabrás. Y supongo que quieres saberlo.

Sintiendo que el corazón le latía a mil por hora, lo tomó y, con manos torpes, lo desenrolló. Dentro, con la pulcra letra de Sergei, podía leer una frase escrita en ruso.

«Výkhodí za menyá!».

Por unos instantes pensó que se había olvidado de cómo se respiraba al entender el significado del mensaje por el que sus dedos se deslizaban una y otra vez, que le hizo recordar ese otro que Sergei le había entregado tanto tiempo atrás. El momento en que le dijo por primera vez «te quiero», también en la lengua de sus antepasados.

En aquella ocasión, fue él quien se lo tuvo que traducir, pero desde entonces ella había avanzado bastante en el idioma y ya podía leerlo por sí misma.

Con un resuelto movimiento, enfrentó al hombre. Él ya no sonreía. En cambio, la observaba con expectación y una muda pregunta bailando en sus ojos. Ella regresó a la nota con el pulso tembloroso.

«¡Cásate conmigo!», tradujo en su mente.

Muy despacio, alzó el rostro.

—¿Sergei? ¿Esto...?

—Antes de que me contestes, hay algo más para ti en el fondo —dijo con un tono de voz dubitativo.

Ella no dijo nada. Tampoco estaba muy segura de que, si se empeñaba en hablar, podría llegar a pronunciar alguna palabra. Desvió de nuevo su atención a la caja y se asomó a ella. En efecto, al fondo, entre un montón de rosas, había otro embalaje mucho más pequeño. Como le era imposible alcanzarlo sin caer de bruces en su interior, tumbó la caja para cogerlo.

Lo desenvolvió sintiendo el pulso acelerado y se detuvo antes de abrirlo por completo.

—Ven aquí —pidió a Sergei.

Él estuvo frente a ella al instante.

—¿Esto se supone que es...?

—Ábrelo.

Sin desear llevarle la contraria, hizo lo que le pedía con dedos torpes y temblorosos. Muy despacio. Tanto que las manos de Sergei volaron hacia las suyas y la ayudaron a rasgar el envoltorio.

—Me estás matando, Winnie —susurró él mientras manipulaba el papel y rompía la cinta adhesiva.

Ella ahogó una risita.

—¿Nervioso?

—Mucho.

Al fin, la caja quedó libre y ella se apresuró a abrirla. En su interior, una sencilla banda de oro blanco, engarzada con cinco brillantes pequeñitos. Discreta, como el hombre que se lo estaba regalando, pero igualmente hermosa.

Se detuvo unos segundos a mirar el anillo, intentando contener el impulso de arrojarlo en sus brazos.

—¿Te gusta?

—Sí —fue su escueta respuesta. Tampoco creía que pudiera decir mucho más.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

Encontró los ojos de Sergei fijos en ella, tan cerca que podía apreciar las motitas más oscuras en los grises iris.

—Dime algo, Winnie. Lo que sea.

Ella rebuscó con rapidez en su mente las palabras adecuadas que decirle. Recordó cada lección, cada giro idiomático y la manera en que se pronunciaba. Y cuando estuvo segura de ello, sacó la joya de la caja y se la tendió.

—*Da, konechno ya vyydu za tebya zamuzh!*

El rostro de Sergei se iluminó.

—¿De verdad?

Asintió con energía y convicción.

—¿Quieres que te lo repita, *tovarich*? —bromeó ella—. Sí, por supuesto que me casaré contigo. ¿Acaso lo dudabas?

Sergei respondió como ella pensaba que lo haría; atrapando su boca y besándola como si la vida le fuera en ello. Se abrazó a su cintura con fuerza y le ofreció sus labios y su alma, porque su corazón ya le pertenecía desde hacía mucho tiempo. Sergei la pegó con fuerza contra su pecho. Jamás podría cansarse de sus besos y de sus abrazos porque con ellos le decía cuánto la quería y cuán importante era para él. Con una idea que revoloteaba en su cabeza, y a pesar de que era lo último que deseaba, dio un paso atrás.

—¿Y tú? ¿Quieres tu regalo de San Valentín?

—Creo que ya tengo todo lo que deseaba.

Ella torció el gesto, divertida.

—Bueno, yo pensaba darte algo que tengo en nuestra habitación, en una bolsa de Victoria's Secret. Pero si no...

Sergei la tomó de la mano y, sonriéndole con picardía, tiró de ella hacia las escaleras sin dejarla terminar la frase.

—He cambiado de opinión. Sí que quiero mi regalo.

De su garganta salió una carcajada sin poder evitarlo.

—Ya sabía yo que lo querías.

Mientras corrían escaleras arriba, pensó que, al final, sí iba a tener el San Valentín que había esperado tener.

Y mejor aún.

Winnie y Sergei son los personajes protagonistas de *Solo un beso*, segunda parte de la bilogía *Entonces tú*.

<https://www.megustaleer.com/autor/marion-s-lee/0000104213>

Luna de miel. Nuestra primera vez

Mavi Tomé

Cercanías de Madrid, invierno de 1624

El día había transcurrido como un sueño que se perdía en la nebulosa de sus recuerdos. Todo había pasado tan deprisa... Aquel viaje en busca de su destino se había desarrollado de forma tan precipitada que apenas podía creer que había pasado de verdad.

La ermita del Cristo de la Vega, siempre silenciosa y oculta tras el velo de la leyenda de un Cristo juez y testigo de una promesa, se hacía más y más pequeña a medida que sus caballos los iban alejando de la monumental ciudad de Toledo. Pareciera que la neblina de la tarde quisiera ocultar la gótica construcción de piedra, difuminando la figura de aquel franciscano eremita que la cuidaba con mimo. Pareciera como si el Tajo hubiera enmudecido en su caudaloso discurrir cuando sus pasos los encaminaron, veloces, de vuelta a Madrid. Pareciera que el tiempo se hubiera detenido, congelando en sus retinas la contemplación de aquel lugar que quedaría por siempre grabado a fuego en sus corazones.

En su dedo, el anillo que Artal había deslizado lentamente, falange tras falange, pronunciando las palabras rituales que los declaraban, por fin, como esposos a los ojos de Dios. Hubieran deseado que todo fuera diferente, que aquella ceremonia no se hubiera desarrollado al amparo del secreto, envuelta en las sombras, sin que amigos o familiares estuvieran con ellos. Pero el tiempo era oro. No podían esperar más. Y, en su corazón, ella se regocijaba de que así hubiera sido. Al fin y al cabo, ¿qué más hacía falta, salvo ellos dos y Pierre como testigo? Sonrió. No había sido la boda de sus sueños, no podía negarlo, mas se sentía dichosa por haber dado aquel paso.

Miró a Artal. El mosquetero galopaba junto a ella, a lomos de Guadiana. Él tornó la mirada a la que ya era su esposa y sonrió. Ella le devolvió la sonrisa.

Pronto, la noche hizo acto de presencia...

El grupo se detuvo en una posada cercana a Madrid a instancias de Pierre que, en calidad de padrino, había insistido en abonarles una noche allí para que pudieran pasar su primera noche como matrimonio, alejados de ojos indiscretos. El gascón, sin embargo, había preferido continuar viaje hasta Madrid, cuyos edificios se observaban en la lejanía. Ya se le ocurriría algo para tapar aquella desaparición. Tal vez una oportuna carta desde Francia pudiera servir de coartada. O la

intención de Aurora por seguir descubriendo sus orígenes. Cualquier excusa era válida. Cualquier argucia serviría para darles la intimidad de la que no habían gozado en mucho tiempo.

Ambos procedieron a ocupar una habitación espaciosa, aquella que el posadero destinaba a las visitas con más posibles, y, dado que Pierre había pagado por adelantado la noche y ofrecido al posadero una generosa propina, este no había dudado incluso en subirles la cena a la alcoba, además de un balde de agua caliente. «La novia debe asearse, señor mío. No querrá que una nueva desposada acuda al lecho llena de lodo», habíale dicho Pierre, con su marcado acento francés, mientras deslizaba con disimulo tres monedas de oro en el mostrador.

Y el dueño cumplió con presteza. Vaya si lo hizo.

Un buen fuego encendido en la chimenea. Sobre la mesa, algunas viandas que había dejado el posadero: jamón frío, carne de cerdo, queso, pan y algo de fruta, además de una jarra de vino tinto. Las sábanas limpias emanaban un suave aroma a lavanda. Los almohadones, perfectamente mullidos y colocados en la cabecera de la cama, en tanto que a los pies yacía una suave manta de lana que entretejía múltiples hebras de diferentes colores. Junto al fuego, una tina llena de agua humeante.

Ya fuera por las emociones del día o por el simple hecho de que no habían tenido un solo momento para relajarse, ninguno de los dos quiso probar bocado. Sus cuerpos se encontraban unidos en apretado abrazo, en la improvisada bañera de madera. Sus ropas habían caído de cualquier manera, desperdigadas por la habitación. El rostro de Artal descansaba en la curva que formaban el hombro y el cuello de Aurora, cuyos cabellos se encontraban sueltos. Los brazos del mosquetero, rodeando los hombros de la joven, cuyas manos acariciaban las del hombre. Cierto que el espacio no era demasiado, pero habían conseguido sentarse de tal manera que habían encontrado una postura lo suficientemente cómoda para relajarse: él, sentado tras ella; la espalda de Aurora, descansando sobre el pecho de Artal. De cuando en cuando, la española echaba la cabeza hacia atrás, tratando de robarle un beso o, simplemente, descansar apoyando testa con testa. Él también hacía lo propio, deslizado sus labios por la piel de la que se había convertido en su mujer.

Tras un tiempo de ternura y silencios, Aurora miró a Artal. El militar mantenía su rostro serio, fijando sus oscuras pupilas en las rojas llamas que devoraban trozos de leña seca en la chimenea.

—¿En qué piensas? —preguntó ella.

—En nosotros dos. En nuestro matrimonio.

—¿No eres feliz, Artal?

—Mentiría si dijera lo contrario, pero me gustaría que las circunstancias fueran otras. Tu vida no es nada fácil, Aurora.

—Puede ser, pero es el camino que he elegido seguir. Y no me arrepiento de ello.

Él sonrió y le acarició la mejilla con un dedo.

—Aun así, debemos mantener este matrimonio en secreto —continuó el mosquetero—. Si el rey se enterase...

—¿Temes las iras de Felipe?

—Temo más las de Albert. Ese hombre te desea, Aurora; casi tanto como yo, no puedo negarlo. Y si te supiera unida a mí, no sé lo que haría. Por eso creo que debemos ocultar este enlace. Cuando llegue el momento, mostraremos los documentos que atestiguan nuestra unión.

—Sabes que no soy una mujer fácil —dijo, alzando la mano para enterrarla en sus cabellos rizados—. Si osa acercarse a nosotros, si osa hacernos daño, de nada servirán los recuerdos de la infancia.

—Sé que no eres fácil, amor.

—No lo soy.

—Aun así, mi bien, necesito que ahora te quedes muy quietecita.

—¿Qué pretendes?

—Si te lo dijera, me detendrás. Y si así pasara, no me lo perdonaría.

Ella lo miró sin comprender. El índice de Artal se posó en sus labios rosados, ordenándole dulcemente silencio. El mosquetero introdujo la mano en el agua, acariciando subrepticamente el vientre de la menina, cuyos ojos observaban expectante. Los labios de Artal comenzaron a rozar la curva de su cuello, mientras su mano bajaba un poco más hasta reposar en el rincón perdido entre sus piernas. Sus dedos recorrieron con maestrías cada centímetro de aquella oquedad, en tanto que su lengua delineaba el cuello de su mujer.

Aurora gimió alzando un brazo para aferrarse al cuello del mosquetero, que se aprovechaba de su posición para gozar de aquel cuerpo de alabastro. Una parte de ella quiso pedirle parar, pero, contrariamente, sus piernas se abrían más y más, pidiendo más caricias. Sintió cómo algo chocaba con dureza contra su espalda, al tiempo que un gemido escapaba de los labios de Artal. Entonces, Aurora comenzó a gritar al sentir que el mosquetero imprimía más rapidez a los movimientos de sus manos y dando más profundidad a sus besos, que bebían de la boca de Aurora. Con la otra mano, se entretenía en estrujar los grandes senos de la joven, cuyos pezones habíanse endurecido a consecuencia de la excitación.

El aullido de Aurora se vio amortiguado por la mano de Artal, que le tapó la boca con celeridad. No deseaba organizar un revuelo en la posada y que los gritos alertasen a clientes y moradores.

La mano del militar emergió de entre las aguas. Dio un beso en la frente a la menina, que volvió el rostro y lo miró desfallecida.

—¿Por qué me haces esto...?

Artal sonrió.

—Cuando me conociste, allá en París, era un hombre que sólo buscaba su propio placer valiéndome de ciertos trucos para conseguirlo. Hace tiempo que solo deseaba buscar el tuyo, hacerte gozar como mujer, y creo no pecar de confiado al decir que lo he conseguido.

Ella se levantó. Su cuerpo húmedo brillaba a la luz de las velas. Regueros de agua se deslizaban por sus caderas, goteando sobre la tina. Su pecho subía y bajaba azorado; entre sus piernas, un

triángulo de rizos oscuros que ocultaba su deseo.

—¿Vas a dejarme así? —preguntó ella.

El mosquetero se incorporó. Ambos quedaron frente a frente, desnudos, con sus cuerpos chorreantes de agua. Aurora no pudo evitar fijarse en el sexo de Artal que, como resultado de las caricias pasadas, se había endurecido ostensiblemente, destacando entre las piernas del militar.

La menina le echó los brazos al cuello y comenzaron a besarse, restregándose el uno contra el otro, vientre con vientre. Nada importaba que estuviesen mojados. Nada importaba que los escuchasen desde abajo.

Artal la levantó en volandas y la llevó a la cama, donde cubrió su cuerpo por completo. Las piernas de Aurora se aferraron a las suyas, impidiéndole alejarse, pidiendo las caricias que ella creía interrumpidas. Él comenzó a moverse. Ella también se movía. Pronto, el agua se confundió con el sudor, haciendo que sus cuerpos brillasen con las tonalidades anaranjadas de las cálidas llamas. El crujir de las maderas del lecho se confundía con los gemidos que emergían de labios de ambos, con el movimiento de vaivén que describían los empujes de sus cuerpos, con el crepitar de las llamas del hogar.

El éxtasis les vino pronto a ambos. No pudieron evitar mirarse en ese supremo instante, deleitándose en el goce del contrario, saboreando cada beso, cada descarga eléctrica que emergía desde sus miembros inferiores y recorría sus cuerpos de forma tan violenta y, a la vez, tan cálida.

Daba igual que al despuntar el día la cruda realidad volviese. Daba igual que su amor tuviera que ser secreto.

Porque era su primera vez como marido y mujer. Porque era su momento. Porque era real.

Aurora y Artal son personajes que podréis encontrar en la bilogía *La Menina y el Mosquetero* (*La Menina del Louvre* y *El Mosquetero del Alcázar*).

<https://www.megustaleer.com/autor/mavi-tom/0000958247/>

Mi destino eras tú

Mayeda Laurens

Ni una sola vez, desde que minutos antes entró en la sala, dejó de sentir la mirada sobre su espalda. Lo había reconocido, claro que sí. No necesitó nada más que respirar un solo segundo el mismo aire que él para saber que habían vuelto a encontrarse. Cuando se separaron, seis años atrás, lo habían hecho con el corazón roto y una débil confesión suspirada entre besos:

«Si yo no tuviera pareja... Si tú no estuvieras casada...».

Pero la realidad era esa. Se habían arriesgado mucho al cruzar los límites, pero no fueron capaces de detenerse. Algo más fuerte que ellos los había impulsado a acercarse más de lo debido al despedirse aquella noche. Aquella en la que empezó todo... y en la que todo terminó.

No había sido la intención de ninguno, si bien sabían de sobra que caminaban sin remedio hacia ese beso. E intentaron evitarlo... sin éxito.

Se vieron por primera vez apenas dos años antes. Habían cruzado sus miradas cuando se sentaron uno enfrente del otro, en una gran sala de la universidad, donde iba a celebrarse aquella mesa redonda. Ni siquiera, con el paso de los años, sería capaz de recordar qué le habían contado aquel día, tan difícil le fue concentrarse en otra cosa que no fuera él. Tiempo después, durante aquel beso, le confesó algo parecido: ella se coló en su mente entonces y nunca más la pudo olvidar.

Tras esa reunión, se había organizado una segunda con aquellos que habían quedado más o menos convencidos con lo expuesto, y, casualidades o no, volvieron a encontrarse. A las miradas huidizas de la primera vez, se sumó alguna sonrisa y un breve intercambio de palabras. La sorpresa llegó cuando ambos acabaron formando parte del mismo equipo de trabajo. Si fue la suerte quien los unió, nunca lo sabría. Pero ese fue el principio de todo...

Verse día a día, trabajar juntos, compartir los momentos más duros y los de más éxito... había sido un suplicio para ambos que, a pesar de no haber hablado del tema, sabían a ciencia cierta que sus sentimientos iban de la mano. Lo peor era cuando se abrazaban entre compañeros, como simple muestra de afecto o de felicitación por los resultados. Era entonces cuando a la alegría de estar en los brazos del otro, aunque fuera de manera inocente, se sumaba la desazón de saber que nunca pasarían de eso...

Porque ella estaba casada y él tenía pareja.

Una noche, sin embargo, tras una cena de compañeros en la que todos se prometieron desquitarse del estrés y la tensión, ambos se habían relajado tanto que cuando llegó el momento de las despedidas y se dividieron en grupos según la cercanía a la que unos vivían de otros, el destino quiso que ellos lo hicieran apenas a cuatro calles de distancia.

A pesar del frío de la noche, de mutuo acuerdo habían comenzado a caminar para disfrutar, quizá, de un rato más juntos. Al llegar a la puerta de su casa, alargaron la charla unos minutos, hablando de nada. Ese fue el momento en el que él sintió en el ambiente lo que pasaría a continuación. No tuvo ninguna duda de lo que vendría. Lo notaba en el aire, en su mirada, en su posición, en las pocas ganas que de verdad tenían de separarse. Y sabía, con la misma certeza, que ese mismo mensaje era el que ella le estaba mandando.

—Bueno, Lay, que descanses...

Se habían acercado, sin tocarse más de lo necesario, para darse un beso en la mejilla, mas cuando fueron a darse el segundo, la pasión se apoderó de ellos y acabaron abrazados y enredados en una lucha feroz de labios, dientes y lenguas. Las manos subían y bajaban, sin detenerse en un punto preciso, buscando un lugar que les diera acceso a la piel del otro. Al conseguirlo, un calor abrasador los recorrió y golpeó tan fuerte que se separaron, asustados, conscientes de lo que acababa de suceder.

—Esto no está bien...

—No podemos...

Al unísono rechazaron lo que estaban haciendo, pero el aire que corría entre ellos heló sus entrañas y, al segundo, extendieron sus manos para volver a tocarse.

Habían respirado varias veces para tranquilizarse, pero se besaron de nuevo, de forma más pausada, saboreando, entonces sí, los labios con los que tantas veces habían soñado.

Y se volvieron a perder en el loco latir de sus corazones, olvidando que estaban en plena calle e ignorando todo aquello que no fuese el aliento del otro.

Cuando la euforia había pasado, apoyó él su frente en la suya y suspiró...

—Esto es una locura...

—Y, sin embargo, no quiero renunciar a ella...

Aun así, se separaron sabiendo que aquello nunca más debería repetirse. Y en ese último beso se entregaron un pedazo de corazón y acaso otro tanto del alma...

Los días que siguieron, actuaron con normalidad ante los demás, pretendiendo que nada había pasado, a pesar de que sus cuerpos temblaban cuando se rozaban, hasta que un día, el azar de nuevo quiso que fueran los últimos en marcharse y se quedaran solos. Se abrazaron, por supuesto, pero nada más. No cruzaron la invisible línea de lo prohibido. Pero habían hablado. Hablaron de sus miedos, de sus necesidades, de su situación.

—Si yo no tuviera pareja... Si tú no estuvieras casada... te juro que ahora mismo terminaría aquello que empezamos esa noche, porque los sueños más vívidos contigo ya no son suficientes

para mí. Te necesito, Layla, te necesito...

Buscaron mil excusas para darse una oportunidad, pero ambos querían a sus parejas y pensar en una ruptura les dolía en lo más profundo.

—No es justo... Siento que mi sitio está a tu lado, que llevo mil vidas esperándote. Desde el día que te vi por primera vez supe que ya te conocía. Y después, todo ha sido tan natural contigo...

—Sí, lo sé, porque a mí también me ocurre lo mismo.

—Será, entonces, que este no es nuestro momento...

Habían cedido a la tentación de un último abrazo, pero se negaron un último beso...

Sintió de pronto que el aire le faltaba. Sin saber, paseó su mirada por la gente que llenaba la sala y, cuando la descubrió, su corazón se saltó un latido. Ella estaba allí. Y supo el segundo exacto en el que se dio cuenta de que él también estaba cerca. Intentó calmarse, respirar con normalidad..., pero todo su cuerpo clamaba por tocarla de nuevo. Sin ser consciente de lo que hacía, sus pies comenzaron a andar al tiempo que los nervios se apoderaban de él. En respuesta, se pasó la lengua por los labios, aquejado de una terrible sed, y los encontró secos. Quiso aclararse la garganta, temeroso de que ni siquiera su voz le respondiera... Pero no tuvo tiempo, porque ella se volvió y todo su mundo se detuvo.

—Alonso...

—Layla...

No hizo falta más. Se fundieron en un abrazo que explicó cuánto se habían extrañado, cuánto se habían necesitado... Pero, sobre todo, dijo cuánto se seguían amando.

A regañadientes, pero felices de haberse encontrado, separaron sus torsos, mas no sus manos. Y así, de mutuo acuerdo de nuevo, salieron a las calles de Madrid olvidándose de por qué estaban en aquella sala, de lo que se esperaba de ellos allí, y, en fin, de todo lo que los rodeaba.

Caminaban deprisa, absortos en el tacto de sus manos, sin hablar. No hacía falta, las caricias de sus dedos lo hacían por ellos y se decían todo lo que sus labios callaban.

Pararon un taxi y, sorprendido, Alonso escuchó cómo Layla daba su dirección, aquella en la que se habían dado el último beso... Durante el trayecto, no se soltaron, pero las miradas que se prodigaban incendiaban sus cuerpos, agitaban sus respiraciones y prometían momentos mágicos...

Aguantaron como una tortura los escasos minutos que tardaron en llegar a la puerta de su casa. Una vez dentro, ya no había nada que se interpusiera entre ellos. Y, como aquella única noche, se lanzaron con fiereza a los brazos del otro, besándose como desesperados, mordiéndose los labios y arrancando sin pensar cada prenda que separaba sus cuerpos. Tal era la necesidad que sentían, la intensidad con la que sus almas se reclamaban, el ansia que los arrastraba que ni tiempo tuvieron de llegar a la cama. Pero no importaba, porque el destino, una vez más, los había unido...

—Mentiría si te dijera que un solo día desde hace seis años he perdido la esperanza de

encontrarte.

—Mentiría si te dijera que un solo día desde hace seis años he creído que no volvería a verte. El suave beso que él depositó en su hombro la hizo sonreír.

—¿Qué pasó con...?

—Hace menos de seis meses me confesó que necesitaba más de mí. Yo creía que éramos felices con nuestro estilo de vida, ya sabes, sin matrimonio, sin hijos, sin ataduras que nos impidieran viajar de aquí para allá... Pero me equivoqué. Ella esperaba todo eso y, cuando me lo dijo, me di cuenta de que no se lo podía dar, porque... porque seguía esperándote. —Apretó el pequeño cuerpo de Layla contra su pecho, descubriendo que le encantaba tenerla así—. ¿Y con tu marido?

—Bueno, siempre nos hemos complementado muy bien, pero nuestra relación comenzó siendo ambos demasiado jóvenes. Al final, crecimos en direcciones diferentes y, aunque nos queremos, nos dimos cuenta de que ninguno de los dos podía llenar por completo al otro. Hablamos y le dije que yo no quería vivir a medias, y que tampoco quería que él se conformara con lo que teníamos. Fue duro al principio asumir que todo se había acabado, que volveríamos a estar solos después de casi diez años, pero... algo en mi interior me gritaba que estaba haciendo lo correcto, que volvería a verte y que, para entonces, todo sería distinto.

Se giró entre sus brazos y enfrentó sus ojos de color miel. Siempre había admirado la profundidad de su mirada... Le revolvió el cabello con los dedos y, muy despacio, dibujó el contorno de su cara hasta alcanzar sus labios. Cediendo al impulso, los besó con ternura hasta que sintió el suspiro de él. Se separó apenas para observarlo.

—Siempre supe que eras tú mi destino.

Layla es un personaje secundario de *¿Y si fuera Lucas?* 2º libro de la serie *Cinco chicos con suerte*.

<https://www.megustaleer.com/autor/mayeda-laurens/0000100734>

https://www.facebook.com/mayedalaurensescritora/?ref=br_rs

Corazones de papel

Mimi Romanz

—¿Y crees que le va a gustar? San Valentín solo es una fecha más para beneficiar al comercio —se quejó Gastón.

—¿Me equivoqué de persona? —se burló Milagros, que miró a su hermano con un gesto de asombro en la cara—. ¿Hace cuánto que conoces a Evelyn?

Gastón bajó la vista a los papeles de colores que tenía esparcidos sobre la mesa.

—Es tonta tu pregunta, Mili, sabes que la conozco desde que ambas iniciaron jardín.

—Ajá —soltó con suficiencia—. ¿Y?

—Y... fui descubriendo sus travesuras, sus gustos, sus mañas...

—¿Y?

—¡Uff!! No me lo vas a hacer fácil, ¿cierto?

—No.

Gastón suspiró y se pasó las manos por el pelo.

—Fui enamorándome de ella con el correr de los años, ¿satisfecha?

Milagros le sonrió y asintió.

—Entonces decime por qué te comportas como un energúmeno. Si hasta parece que te olvidaste de que es tan romántica o más que yo. Eve adora todo lo que se relacione con San Valentín. Y esto —dijo haciendo referencia a las flores y corazones de papel a medio hacer— son detalles que ella ama, más aún si los hiciste con tus propias manos.

Gastón observó la mesa y curvó los labios. Sí, lo sabía, a Evelin le fascinaba todo lo artesanal, pero no estaba seguro de si iba a recibirlo bien después de cómo había actuado. Había sido un completo idiota por no reconocer frente a sus amigos sus dotes manuales cuando elogiaron la decoración del club —al que estaban asociados y en el que participaban más allá que por el deporte— para la ocasión, pero en ese entonces había sido su lado masculino el que lo acalló. «Las manualidades son cosas de chicas», recordó que había dicho una de sus compañeras, que se rio cuando algunos dijeron que, pese a no ser tan hábiles, podrían ayudar.

Evelin, que formaba parte del grupo, lo había mirado ceñuda, pero él no acotó nada, solo se limitó a bajar la vista, asentir, reír con sus amigos e irse con ellos. Sin embargo, él había dado una

mano, pero con la condición de que no lo mencionaran. Y eso... eso había marcado un pequeño quiebre entre ambos.

Gastón observó a su hermana y le contó lo ocurrido. Mili negó con la cabeza y lo retó, pero reconoció también que los hombres, muchas veces, escondían algunas de sus cualidades por simple orgullo.

Finalmente, entre los dos terminaron de armar todo. Milagros, esa noche, iría a visitar a sus padres (no estaba saliendo con nadie y tampoco quería interferir con los tortolitos), así que los dejaría solos para que limaran asperezas.

Eran las siete de la tarde cuando Gastón detuvo el automóvil en la puerta de su casa después de haber buscado a Evelin. Habían quedado en que irían a cenar, pero, dada las circunstancias, él decidió cancelar la reserva en un lujoso restaurant y hacer algo más íntimo que le permitiera subsanar su error.

—¿Qué hacemos acá? —preguntó Evelin sorprendida—. Creí que íbamos a ir...

—Lo sé —la interrumpió, y le dio paso para que entrara.

Evelin se quedó sin habla cuando descubrió el salón completamente decorado con corazones y flores de papel, en cuyo centro destacaba una mesa con velas, que Gastón encendió al instante, pétalos de rosa y unos bocadillos que pintaban deliciosos.

—¿Gas? —lo nombró ella entre obnubilada y confundida.

Gastón se le acercó, le rodeó el talle y la pegó a su cuerpo.

—Fui un tonto, Eve, lo sé. Y me arrepiento. Y subsanaré mi error, pero primero tengo que hacerlo contigo. Lo siento, siento haberme comportado como un completo imbécil.

—¿Sabes por qué me enamoré de ti? —lo sorprendió ella con esa pregunta. Gastón negó con la cabeza—. Observarte era uno de mis pasatiempos favoritos: mientras estudiabas, cuando jugabas, en los momentos de ocio... Muchas fueron las veces en que Mili me tuvo que llamar la atención porque me quedaba mirando tu concentración al dibujar, esa manera que tienes de expresar con trazos todo lo que te rodea, ya sean lugares o personas. Y no solo eso, también todo lo que haces con tus manos. —Las tomó entre las suyas y las entrelazó—. Tienes un hermoso don, Gas, y es una pena que, por un tonto orgullo machista, lo escondas. Te conozco. Sé de las tardes que pasaste ayudando a tu mamá a armar bellos detalles para sus alumnos del kínder, a hacer murales en el colegio para los días festivos, incluso en el club. Siempre estás dispuesto a colaborar. Y nunca te importó si algo salía mal, tú perseverabas y seguías adelante. Por eso te amo, por tus habilidades, por ser como eres: bondadoso, habilidoso, único. —Le rozó la mejilla con la palma, y él apoyó allí la cara—. No te escondas, Gas. Da lo mismo lo que los demás piensen, yo sé lo que eres aquí. —Le tocó el pecho, justo donde latía el corazón—. Y eso es lo que me importa a mí, porque es él el que habla, el que debe guiarte.

—Y él me guía hacia ti, Evelin. Gracias. Gracias por hacerme dar cuenta de mis errores. Te amo —le dijo, y la besó con todo el amor que sentía por esa mujer que había revolucionado su vida desde que la conoció.

Gastón y Evelin son personajes secundarios en *Un perfecto milagro*.

<https://www.megustaleer.com/autor/mimi-romanz/0000955324/>

Algún día

Mina Vera

El sobre rojo que reposaba en su escritorio captó su atención nada más dar un paso en el interior del despacho, provocando en su organismo un cálido escalofrío que la paralizó en el umbral de la puerta.

Cristina había pensado en su probable remitente cada día y cada noche desde que se habían despedido de una forma que iba mucho más allá del compañerismo o la amistad. Nicolás había trabajado en su misma comisaría solo unos meses, formando parte de su equipo de forma puntual. Y aunque no habían empezado con buen pie, poco a poco se habían dado cuenta de cómo era el otro en realidad.

La química había sido innegable. La atracción, inevitable.

Pero, como miembro del equipo de élite de la Policía Nacional, él debía irse a misiones secretas de a saber qué y no podía ni tan siquiera decirle adónde. Y ella estaba unida a un hombre al que ya no amaba, pero al cual no podía dejar. No cuando había estado a punto de perder la vida a manos de una delincuente que buscaba vengarse de ella y de sus compañeros haciendo daño a aquellos a los que más querían. Alexia Tocqueville no había contado con que Daniel y ella acababan de romper. Y con esa fisura en su estrategia, los había unido de nuevo y para siempre.

Esa era una lacra con la que cargaba desde hacía más de medio año. Su sentido de la responsabilidad era más fuerte que sus propios deseos. Pero no más que sus sueños. En estos, era Nicolás quien dormía a su lado, quien tomaba su mano, quien le daba un beso de buenos días y de buenas noches. Y quien le hacía el amor como ya no hacía con Daniel. Su imaginación era muy creativa y vívida en eso.

Caminó hasta su mesa con paso dubitativo. ¿Y si el sobre no era de él?

Era San Valentín, Daniel podría haber pensado en tener un detalle con ella y salir de la tediosa rutina en la que estaban envueltos. Sin embargo, algo le decía que no. Que al igual que Nicolás había querido estar presente en Navidad para ella de alguna manera, en un día como aquel no iba a faltar tampoco.

Cuando el día de Nochebuena había encontrado un sobre de tamaño similar, pero de color dorado, en el mismo sitio, lo que menos se había esperado era descubrir en su interior una de las

viñetas que él solía dibujar. Cristina aparecía como una superheroína sobrevolando una ciudad, repartiendo regalos como si fuera Papá Noel, y deteniendo su vuelo para noquear a un tipo que pretendía robar su regalo a un niño. La llave con la que lo tumbaba le recordó a la que le había hecho a él en una ocasión. Aquello la había hecho sonreír entre lágrimas.

Había mirado y mirado las ocho viñetas hasta la saciedad. Y había sacado varias cosas en claro.

La primera, que no había olvidado una broma en la que él agradecía que estuviera de parte de los buenos, dado su cinturón negro en karate, pues de no ser así podría acabar como una supervillana que aterrorizara la ciudad.

La segunda, que él quería ponerse en contacto con ella, pero no podía hacerlo de forma directa.

Y la tercera, que con aquel dibujo, además de decirle que pensaba en ella —sobre todo en aquellas fechas— le estaba enviando un segundo mensaje. Por los edificios que se podían apreciar en dos de las viñetas, la ciudad era Granada. Y solo una cosa tenía sentido para que ella sobrevolara la Alhambra: que fuera allí donde él se encontraba.

Abrió el immaculado sobre rojo con ansia, pero con cuidado de no romperlo. Desdobló la hoja y tuvo que sentarse para ser capaz de centrar la vista en los trazos de cada viñeta. En esa ocasión, no era una heroína con capa y minifalda la que volaba, sino una versión infantil de sí misma, tan acertada que bien podría haber sido la copia de una de sus fotos de niña. Solo que ella había estado menos regordeta y nunca había lucido unos rizos ni, por supuesto, había tenido alas blancas. Aun así, le pareció que como Cupido estaba aún más bonita que como *Superwoman*.

«Qué obsesión con hacerme volar», pensó con media sonrisa, mientras avanzaba en la historieta. La niña en pañales lanzaba flechas a un barrendero y a la dueña de un quiosco de revistas, y sus miradas se encontraban y convertían sus ojos en dos corazones. Lo mismo ocurría con un camarero y un cliente, una taquillera y el visitante que compraba la entrada al museo... del Louvre. La inconfundible pirámide de acceso reveló que todas esas escenas tenían lugar en París. La terraza del bar estaba sin duda en Montmartre, y el quiosco a orillas del Sena, con una casi imperceptible Torre Eiffel al fondo.

¿Qué lo habría llevado fuera del país?

La penúltima viñeta era un autorretrato que le robó un suspiro. Había marcado mucho sus propias facciones, como si estuviera más delgado o cansado. Miraba hacia el cielo, donde ella flotaba con su arco vacío y mirándolo a él.

La última imagen era el torso desnudo de un hombre, con una flecha clavada en el centro y unas gotas de sangre que terminaban en un pequeño corazón. En su interior, una C.

Cristina no se lo pensó dos veces y cogió el móvil. Si aquello no era una declaración de amor en toda regla, que bajara el auténtico Cupido y lo viera.

Buscó el número de teléfono que había grabado en la memoria de su móvil el día de Navidad. Tras recibir el otro sobre, lo había llamado al que había sido el número de Nicolás durante su estancia en Barcelona. Una operadora le había indicado que esa línea ya no existía. Sin embargo, al día siguiente había recibido una llamada de un número desconocido. Nadie había respondido

cuando ella había descolgado, pero durante los escasos diez segundos que duró la conexión, supo que el que respiraba al otro lado era Nicolás. Colgó cuando ella lo llamó por su nombre. Y las veinte veces que lo llamó de vuelta, el teléfono no se encontraba disponible.

No había vuelto a intentarlo. Hasta ese día.

Se le cortó la respiración cuando escuchó el primer tono. Y sintió un vahído cuando alguien descolgó al otro lado.

—Nico —logró pronunciar, arrastrando con la palabra el nudo que tenía en la garganta.

Tampoco obtuvo respuesta en esa ocasión. Solo una respiración irregular y sonido de tráfico de fondo.

Desesperada por hablar con él, por confesarle que sentía lo mismo que él plasmaba en sus dibujos, le dijo lo primero que le vino a la mente.

—Nunca fui tan gordita. Y como sabes, mi pelo es liso.

La piel se le erizó al escuchar su risa. Un sonido algo ronco, pero que invitaba a reír con él. Pudo imaginar sus labios en esos momentos, sus blancos dientes asomando entre ellos, la mirada suspicaz de aquellos ojos de dos colores, uno caramelo y otro verde grisáceo.

El calor que la había invadido se fue tan rápido como había venido cuando la señal se cortó.

Lo llamó de nuevo. Tenía que decirle algo importante. Necesitaba que lo supiera, aunque lo suyo no fuera más que una ilusión.

Nadie descolgó. No obstante, ella necesitaba que él recibiera su mensaje. Y decidió escribirlo para que lo leyera, ya que no podía pronunciarlo para que lo oyera.

«Mi corazón también sigue sangrando».

Tuvieron que pasar más de dos horas para que llegara la notificación de que el mensaje había sido leído. Por el contrario, pocos segundos después hubo uno de respuesta.

«Algún día».

Aquellas dos palabras la persiguieron durante toda su jornada de trabajo. ¿Algún día qué? ¿Dejaría de sangrar por un amor imposible? ¿O algún día ese amor dejaría de ser inalcanzable?

Cuando llegó a su casa y se encontró con Daniel dormido junto al frasco de calmantes de los que se atiborraba para calmar el dolor de una clavícula rota que no terminaba de curarse, Cristina se aferró a la idea de que ese «algún día» llegaría pronto. Cuando Nico volviera junto a ella. En esta vida o en la otra.

Cristina y Nicolás son personajes de la trilogía *Suculentas pasiones*. Serán los protagonistas de la tercera novela, *Suculentos secretos*, que será publicada a finales de 2020. Las dos primeras novelas, *Suculento peligro* y *Suculenta venganza*, ya están a la venta.

<https://www.megustaleer.com/autor/mina-vera/0000104333/>

www.minavera.es

Mi adorable Aileen

Nieves Hidalgo

Acabó de cepillar a Vulcano, hizo un mimo al salir a Hera, que reclamaba su atención asomando la cabeza por el pesebre contiguo, y dio los buenos días a Tom, el muchacho que se encargaba de limpiar las caballerizas.

Unos diminutos copos de nieve empezaron a caer, y hubo de echar a correr hacia la casa. Al doblar la esquina, patinó sobre una plancha de hielo y chocó con la muchacha que, en ese momento, hacía sonar la aldaba de la puerta. Poco faltó para que ambos acabaran en el suelo.

—¡Lo siento!

Ella ajustó la correa del enorme bolso que llevaba al hombro y le regaló una mirada de fastidio. A pesar del gesto hosco, sintió que la sangre emprendía una carrera alocada por las venas. Daba igual que Ian Matheson vistiera como un auténtico dandi o pareciera, como esa tarde, un jornalero; siempre conseguía acelerarle el corazón. Aquel cabello negro lustroso, la profundidad de esos ojos donde cualquier mujer podría perderse y aquella sonrisa de bribón la desestabilizaban. Estaba enamorada de aquel condenado desde que habían llegado desde Aberdeen, cinco años antes, tras la muerte de su madre. Otro sueño imposible, porque Ian no se casaría nunca con la hija del médico del pueblo. ¡Cómo hacerlo cuando su familia era la más próspera de Melrose y hasta su hermana Nicole se había convertido en la vizcondesa de Wickford! Era verdad que en Gealladh la trataban con cariño, que siempre se llevó bien con Nicole —nunca con Cassandra— y que los invitaban todos los años a ella y a su padre a celebrar la festividad del Hogmanay[1]. Pero era una simple cortesía entre vecinos. De ahí a poder emparentar con tan ilustres personajes iba un mundo.

—¿Cómo es que no estás en la escuela, pecosa? —preguntó él risueño, haciendo chocar con fuerza la cabeza de león de bronce contra la madera, tocándole luego la punta de la nariz.

—Y tú, ¿no deberías estar aprendiendo a no burlarte de las imperfecciones de los demás? —refunfuñó con irritación—. Además, ya no tengo edad para ir a las clases de la señorita Watson, la pasé hace tiempo.

Se caló más la capucha de la capa para cubrirse el rostro. No digería que él hiciera referencia a las manchas que tenía sobre el puente de la nariz. No era que a ella le importasen, pero en su cabeza aún perduraban las palabras de su madre: «Una dama debe lucir un rostro perfecto, pálido,

casi de aspecto enfermizo». Había empleado mil y un potingues intentando eliminárselas. ¡Incluso arsénico! Y es que, según su madre, si no conseguía borrar las pecas, no iban a poder encontrarle un marido. ¡Como si a ella le importara eso! Lo que deseaba era convertirse en una buena comadrona. Bueno, lo cierto era que hubiera preferido poder estudiar medicina y llegar a ser tan excelente doctor como lo era su padre. Pero tenía los pies en el suelo y era consciente de que, en los tiempos que corrían, no pasaba de ser un sueño. Las mujeres debían dedicarse al esposo, a la casa y al cuidado de los niños. Podían estudiar, por supuesto, porque siempre encumbraba a un caballero que su esposa fuera una dama culta..., aunque después no estuviera bien visto que dijera en voz alta sus opiniones porque, según las normas, no era aceptable que una mujer demostrara ser más inteligente que un hombre.

Se rebelaba contra esa injusticia social porque ella, sin ir más lejos, podría ser un magnífico galeno. Así lo creía su padre, que siempre la apoyó, enseñándole a escondidas cuanto sabía. Permitía que lo ayudase a modo de enfermera y, algunas veces, cuando el paciente estaba bajo los efectos del éter, incluso que manejara los instrumentos médicos. Otras, si él estaba ocupado en visitar a algún enfermo, la enviaba en su nombre.

Por eso estaba allí aquella tarde, para sustituir a su padre, que atendía un parto en un pueblo cercano, y tratar el resfriado de una de las criadas de la casa.

Abrieron la puerta y la criada, una mujer bajita y algo gruesa, vestida de negro, saludó con la cabeza a su amo y se la quedó mirando a ella con el ceño fruncido.

—¿No viene su padre, señorita Lachlan?

—Le ha sido imposible; la señora McDonnell se ha puesto de parto.

—¡Ah! ¡Vaya! —Se hizo a un lado y cerró la puerta en cuanto entraron—. ¿Qué número hace ya?

—Es el décimo, señora Bruce. Y yo creo que es otro niño.

—¡Qué barbaridad! No van a parar hasta tener a una niña... Bueno, ya conoce usted la casa. Si no le hago falta, tengo cosas que hacer.

—Vaya, vaya, no se preocupe.

Se encaminó hacia la galería de la derecha, llegó al final y ascendió las escaleras que llevaban a las habitaciones del servicio. Cuadró los hombros y trató de mostrarse indiferente al hecho de que él la estuviera siguiendo. Notaba su mirada en la espalda como si la estuviera tocando. Le hubiera gustado que la dejara tranquila, pero estaba en su casa, podía ir adonde le diera la gana. Pero al llegar a la puerta de la enferma, se volvió hacia él, apoyó los puños en la cintura y le preguntó:

—¿Has decidido servirme de ayudante?

—Lo haría si tuviera idea, pero no es mi especialidad, sino la tuya, pecosa.

—Deja de llamarme así, ¿quieres?

—Pues no —contestó en voz baja, acercándose a ella despacio, como un depredador—. Me gusta hacerlo, porque me encanta cada una de ellas.

Cuando él apoyó las manos a ambos lados de la puerta, dejándola encerrada entre la madera y aquel cuerpo delgado y fibroso que desprendía un ligero olor a caballo, a cuero y a menta, a

Aileen se le aflojaron las rodillas. Casi estuvo a punto de alzarse sobre las puntas de sus botas y rodearle el cuello con los brazos. Tenerlo tan cerca la mareaba, la hacía desear cosas imposibles, soñar...

Ian llevaba mucho tiempo devanándose los sesos con respecto a aquella muchacha. Y había llegado a una conclusión: la quería en su cama y la quería en su vida. Estaba cansado de resistirse a la pasión que nacía en él, cada vez más fuerte. Cuando la veía, aunque fuera de lejos, perdía el norte, dejaba de atender a todo y solo tenía ojos para ella, se le aceleraba el corazón y su cuerpo clamaba de necesidad. ¿Acaso lo había hechizado con algún brebaje sin darse cuenta? Porque no era beldad, sino más bien del montón; su cabello no era rubio como a él le gustaba, sino del color del fuego; de caderas estrechas y lisa como una tabla, cuando él prefería a mujeres con curvas y abundante pecho. Y, sin embargo, le atraía de un modo que no podía explicar, hasta el punto de tener que controlarse para no portarse como un pirata. Si no conseguía que lo aceptara, acabaría encerrado en un manicomio. No había vuelta atrás: la amaba.

—¿Qué pasaría si te besara, Aileen?

Ella abrió los ojos como platos y se pegó más a la puerta, poniendo su bolso a modo de barrera, como si eso fuera suficiente para frenarlo.

«¿Qué pasaría? Que me daría un paro cardíaco, eso pasaría», pensó.

—Deja de burlarte de mí, por favor.

—No me burlo. Me vuelvo loco por probar esos labios, por besar cada una de las pecas de tu rostro, por descubrir si tienes más debajo de la ropa... Me haces perder la cordura.

—¿De veras? —Se echó a reír, queriendo hacerle ver que no la intimidaban sus ardientes palabras, por mucho que se le doblaran las rodillas y estuviera punto de convertirse en un charquito allí mismo—. ¿Hasta qué punto te la hago perder, Ian?

Escuchar su nombre en sus labios lo trasladó al séptimo cielo. Sus ojos adquirieron el brillo del metal.

—¿Quieres que te lo demuestre?

—Quiero que te vayas y me dejes hacer lo que he venido a hacer.

—Respuesta incorrecta, pecosa.

Matheson tomó el rostro de la muchacha entre sus manos, acarició sus mejillas con los pulgares y la instó a acercarse a él hasta que entre ellos no quedó espacio ni para que pasara un soplo de aire. Ella cerró los ojos y permitió que la boca masculina tomara la suya, salió al encuentro de una lengua que enviaba descargas a cada fibra de su ser, se dejó arrastrar a un mundo mágico donde solo existían ellos dos. Al sentir la dureza de cierta parte del cuerpo de Ian apretándose contra su vientre, se apretó más contra él. Lo oyó gemir en su boca, entregarse por completo, convertirse en esclavo del más ardiente deseo. Y todo por ella.

Ian puso fin al beso, se apartó y se quedó mirándola con el gesto serio. Suspiró cuando la pequeña mano de Aileen le acarició el mentón.

—Ian Matheson, no me tortures; por mucho que lo intente, no soy capaz de resistirme a tus

caricias.

—Vete acostumbrando a esta maravillosa tortura, mi adorable pelirroja, porque quiero que te cases conmigo. Y sabes, pequeño duende, que soy un hombre que no admite una negativa. ¿Lo harás? ¿Serás mi esposa?

Ella no asintió, no dijo nada, pero la sonrisa que le regaló le produjo el mismo efecto que si acabaran de decirle que había ganado el cielo.

Ian es un personaje secundario de *Ódiame de día, ámame de noche*, segunda entrega de la trilogía *Un romance en Londres*, cuya tercera novela ya podéis adquirir también.

<https://nieveshidalgo.blogspot.com/>

<https://www.megustaleer.com/autor/nieves-hidalgo/0000103709>

Cuatro citas para enamorarse

Nuria Rivera

Alina se sentía mal por haber dejado que Audrey fuese sola a la habitación del futbolista. ¿Y si Lucas era de esos de: «si te he visto no me acuerdo»? Esperaba que no. Deseaba por el bien de su amiga que todo ese amor del que le había hablado siguiera ahí y pesara más que la frustración de un tiempo de silencio.

Entró en el bar del hotel y buscó un lugar para sentarse y esperar. Una mesa quedó libre y se dirigió hasta ella. Tenía un buen plano de la puerta y podría ver quién entraba. El tiempo que tardara en aparecer su amiga, o llamarla, le daría información del éxito de la visita. El camarero se acercó, y pidió un té.

Al lado, un hombre hablaba por teléfono. Le llamó la atención el tono de voz grave, muy varonil. Sus ojos se cruzaron y él le hizo un gesto risueño, como si estuviera aguantando la charla de alguien. Mientras él conversaba, Alina se permitió darle un buen repaso. Calculó que rondaría la treintena. Era atlético; se notaba que se cuidaba en el *gym* o, quizá, era de esos que salían a correr todas las mañanas. Vestía informal, pero elegante, y detalles como el reloj revelaban su buen gusto y que no le dolía gastarse un buen pellizco para saber la hora.

Se recriminó el escrutinio que le estaba haciendo y se rio consigo misma. «Estás necesitada, Ali».

—Disculpa, ¿tienes hora? —preguntó el hombre del teléfono tras cortar su conversación.

—Sí, sí, tengo —respondió y bebió de la taza.

—Y ¿piensas decírmela o te lo estás pensando? —volvió a preguntar él con ironía.

Le gustó su sonrisa pícaro.

—¿En serio me estás preguntando la hora? —bromeó. Por como él la miró, una mirada de esas que paralizan el sentido, no pudo ignorarlo y le siguió el juego, pero no se mordió la lengua—. ¿Se te ha parado el reloj o es de esos del *top manta* y ya no funciona?

Él se miró la muñeca casi por inercia.

—Pretendo averiguar si en realidad la maquinaria es suiza.

Alina no pudo contener la risa, aunque trató de hacerlo. Con mucha dignidad, le enseñó su propio reloj y acabó con una carcajada cuando él le aseguró que iba retrasada.

—¿Yo soy la que va retrasada?

Con cara de no haber roto nunca un plato, él asintió.

—¿Me permites? —preguntó señalando la silla que había frente a ella, al otro lado de la mesa. Ali se encogió de hombros, dando así su conformidad, y el hombre se cambió de asiento.

Casi sin darse cuenta se enfrascaron en una conversación sobre muchas cosas, menos de sí mismos. Por alguna razón, Alina no quiso hablarle de Audrey ni de su futbolista, ni de por qué estaba allí. Él le explicó que viajaba bastante y estaba de paso por Barcelona. Hablaron del modernismo, de cine y de museos, y de lo distintas que eran sus ciudades. Él había mencionado que era de Madrid, pero se definió como ciudadano del mundo y la hizo reír.

—¿Y a qué te dedicas? —indagó él.

—No perdamos el tiempo contándonos nuestras vidas —respondió ella con burla.

—Me parece fantástico... Hay formas mejores para perder el tiempo —respondió con picardía y una sonrisa pintada en los labios. Unos labios que Ali no podía dejar de mirar. Él borró la guasa de su cara y añadió—: Pero por lo menos dime tu nombre. Yo soy Har... —Su teléfono cortó el momento; sin embargo, tras revisar la pantalla, lo dejó sobre la mesa sin responder el mensaje y continuó—: Harper.

—Alina.

—Podríamos vernos la próxima vez que venga.

—¿Me estás diciendo de forma muy fina que nos liemos? —preguntó con retintín. Aquello no le gustaba.

—¡No, por Dios! —exclamó sarcástico—. Pretendo decirte que me caes bien, que podemos cenar otro día, conocernos y quien sabe si nos acostaremos antes o después de los postres. No negaré que me gustas.

—Yo tampoco.

Durante unos segundos, se observaron sin decir nada, como si fuera un concurso de quien aguanta más la mirada. Él la seducía y ella se dejaba seducir.

Pero el momento se rompió. Primero, sonó el teléfono de él. Lo único que pudo escuchar Alina fue que declaraba que había conocido a alguien, pero su cara anunciaba problemas. Ella recibió un mensaje de Audrey, la esperaba en un banco de la rambla. Tenía que despedirse, por lo escueto del texto y el poco tiempo transcurrido, la imaginó destrozada.

—Tengo que irme —le anunció dividida. Por un lado, ansiaba salir corriendo en busca de su amiga y, por otro, deseaba quedarse allí, con él, y averiguar adónde los llevaba el resto del día. No podía engañarse, a ella también le gustaba y se le ocurrían muchas cosas para hacer y perder el tiempo con él.

—Yo también he de marcharme —señaló Harper con decepción en la voz, pero con decisión añadió—: Dame una semana y nos vemos aquí.

—No vendrás, y no quiero pensar lo tonta que soy si lo hago yo y me das plantón —respondió—. Será mejor que nos digamos adiós y recordemos el buen rollo de este rato.

Se levantó con prisa y se dirigió al camarero para pagar el té. Él la siguió y, cuando estaba a punto de darse la vuelta y marcharse, la agarró del brazo y la retuvo.

—Espera... Si digo que vendré lo haré, y no porque tenga ganas de meterte en mi cama, sino porque me gustas y quiero conocerte un poco más. Si no me crees, toma... —Harper se quitó el reloj y se lo entregó.

—¿Qué haces?

—Vendré a recogerlo, no lo dudes.

Ella lo tomó con vacilación y lo acercó a su pecho a la vez que susurraba un «de acuerdo». Se despidieron con un beso en la mejilla y ambos salieron en direcciones opuestas.

Alina llegó hasta el lugar donde sabía que encontraría a Audrey. La vio encogida sobre sí misma y llorando a mares. La escuchó con el corazón en un puño. ¡Era tan injusta la vida...! A su amiga le habían roto el corazón, y ella sentía que una brizna de ilusión había brotado en el suyo.

Sin darse cuenta, Alina pasó la semana con la esperanza de que llegara el día del encuentro. Dormía con el reloj bajo su almohada. Aunque no quería ilusionarse, tampoco buscaba algo serio. Ver lo que sufría su amiga era motivo para no centrarse en un único hombre.

Cuando llegó el día señalado, se puso su mejor conjunto de ropa interior. No era una mojegata y deseaba lo mismo que él podría buscar. Envolvió el reloj en uno de sus pañuelos, que roció con un perfume muy suave, y lo guardó en su bolso para entregárselo.

No salieron del hotel. Del restaurante fueron directos a su habitación y allí dieron rienda suelta a su pasión. Al alba, se despertó y suspiró al verse entre sus brazos, pero sigilosa salió de la cama y se vistió a hurtadillas. Casi cuando iba a largarse, él la llamó.

—Preciosa, ¿te marchas sin decirme adiós?

—No quería despertarte —se justificó.

Él se levantó y caminó hasta ella. Se detuvo enfrente, posó ambas manos en las nalgas femeninas y la apretó a su cuerpo; luego buscó su boca y la besó con fuerza. Alina creyó desfallecer, ese hombre iba a acabar con ella. Lo habían hecho varias veces durante la noche y parecía no agotarse.

—Me gustas tanto que no pienso dejarte marchar tan temprano —le aseguró. La alzó por debajo del trasero y ella rodeó su cintura con las piernas y se le abrazó al cuello.

—Ah, ¿no? ¿Y qué piensas hacer? —preguntó simulando inocencia.

—Voy a hacer que me desees tanto que contarás los días hasta que vuelva a ti y puedas tenerme así —le aclaró dejándola sobre la cama—. Voy a demostrarte lo que te espera conmigo. Me gustas mucho, Alina, y no creas que esto se lo digo a todas, no he dejado de pensar en ti todos estos días.

Harper la desnudó y luego roció de besos todo su cuerpo antes de hacerla suya otra vez.

Alina no pudo sacarse de la cabeza las emociones que Harper le había despertado, los orgasmos que le había regalado, y contó los días para que regresara y volver a encerrarse en su hotel. Le encantaba cómo la miraba y la hacía sentir, y sin darse cuenta instalaron una rutina en la que los encuentros eran cada vez más apasionados.

Pero no quería reconocer sus sentimientos. No se atrevía a decírselo a su amiga. Se sentía mal al ver que ella sufría. Sin embargo, un día, al ver que Audrey estaba desanimada, le confesó que había conocido a un hombre, y ella misma se sorprendió al escucharse decir:

—El día que fuimos al hotel de Lucas conocí al hombre de mi vida.

¿El hombre de su vida? Se asustó de lo que sentía, ¿se había enamorado en cuatro citas? Por miedo, trató de alejarse, vivir otras experiencias, poner distancia. Harper también espació sus visitas, pero se buscaban. Él regresaba con alguna excusa a la ciudad y ella lo llamaba algunas noches con un pretexto tonto y se enfrascaban en conversaciones que la hacían reír. Poco a poco, sin proponérselo, se centró en aquella relación sin compromiso porque la hacía feliz.

Nunca había creído en el día de los enamorados, pero su corazón latió acelerado cuando él le envió rosas desde Alemania. Aquella noche hablaron durante varias horas hasta excitarse mutuamente con las manos, pensando que eran las del otro que estaba en la distancia.

Y el tiempo simplemente pasó...

«Me gustas tanto», le decía Harper cuando le hacía el amor y la besaba con tanto ardor que le dolía el corazón al separarse. Hasta que una noche, en mitad de la pasión, no pudo retener su alma y se le escapó un «te quiero». Aquella confesión lo cambiaba todo. Sintió que el mundo podía detenerse si osaba respirar. Y esperó su respuesta, aquellos ojos fijos en ella solo podían significar una cosa...

Si quieres saber cómo acaba el romance de Alina y Harper, te animo a leer *Tres días y una vida*. Alina y Harper son personajes secundarios, ella es la amiga de Audrey, y él, el hermano de Lucas, protagonistas de la novela.

<https://www.megustaleer.com/autor/nuria-rivera/0000956742/>

www.nuriariveraescritora.com

Corazón fragmentado

Olga Hermon

Dicen que de amor nadie se muere, hasta poemas y canciones hay que lo aseguran, pero yo digo que está mal planteado el tema; lo que mata no es el amor, sino el desamor: yo estuve a punto de morir por su causa dos veces.

Déjenme contarles un poco más sobre mí y mi mal de amores: soy André Roseti, italiano de nacimiento, abogado de profesión, hijo de mis padres y del mundo, enamorado por tercera vez, y juro que es la última, de una hermosa, inteligente y frágil mujer que me agarró a bofetones el día que la quise besar por primera vez.

—¿Cómo se atreve, abogado Roseti? ¿Cree usted que, por trabajar en su firma, estoy disponible para lo que le plazca? Yo no soy una manzana más de su frutero, que puede tomar a la hora que se le antoje —me había siseado echando chispas por sus bonitos ojos de cielo.

Claro está que yo me defendí, le dije que la cosa no era así de fácil, que yo sufría en verdad ante su belleza deslumbrante, que si a alguien debía echarle la culpa, era a ella. Pero no me valieron luchas, la abogada Mara Rinaldi siguió molesta conmigo por todo un mes. ¿Qué hice entonces?: aguantarme sus desprecios, pero al mismo tiempo el diablillo mal intencionado de mi conciencia empezó a sembrar la duda. ¿Por qué Mara, de ser una chica afable, abierta y sencilla —llegué a creer que estaba naciendo algo entre los dos luego de esos días de convivencia tan cercana cuando la tuve a ella y a su hija de huéspedes— se había convertido en una mujer callada y retraída? Tontamente pensé que era por causa de su timidez. Tiempo después descubrí el motivo.

Carlo y su gran bocota se atrevió a despepitar con *la nueva* mi vida y obra. ¡Carlo! Ese inmenso hombre metomentodo.

A los días se instaló en mi pecho una opresión tan molesta y persistente que terminé en el cardiólogo. El galeno aseguró que mi corazón rebosaba salud, entonces entendí que el muy necio se estaba enamorando de nuevo. En ese momento, retomé mi lema de que «la tercera es la vencida» y me apliqué. Nada ni nadie me arrebataría mi derecho a tener contento a ese músculo que, a pesar de dos fuertes desengaños, no me abandonó a mi suerte. Entonces redoblé esfuerzos en la conquista de Marita.

—Mara, ya era André para usted, ¿porque las distancias de nuevo? —La abordé un día que la

encontré sola en el comedor para empleados. Necesitaba que de viva voz me dijera su sentir para evaluar los daños ocasionados.

—Abogado Roseti, le agradezco mucho lo que ha hecho por mi hija y por mí, pero me gustaría que la relación entre los dos permaneciera en el plano laboral —me respondió sin levantar la cabeza del plato de ensalada.

—Me parte el corazón con eso que me dice, ¿sabe?

—Usted ya lo tenía partido desde antes de... Olvide lo que dije, por favor.

Casi sentí pena al verla cubrir su rostro sonrojado, pero mi futuro estaba en juego. Me senté junto a ella, esa era la oportunidad que había estado esperando. Retiré sus manos, giré su rostro hacia mí y me perdí en esos ojos de mirada profunda y un poco triste.

—Al igual que usted, yo también tengo una historia dolorosa, pero el tiempo se ha encargado de que la deje en el pasado. —Escogí las palabras con mucho cuidado, no quería alejarla más, aunque su provocadora cercanía no ayudaba mucho a la causa—. Mara, yo no soy hombre de ir de una relación a otra. Cuando me comprometo, lo hago por entero y espero que mi pareja aporte lo mismo. La que fue mi prometida...

—Por favor, no quiero saber nada de su vida privada.

—Es una mujer excepcional —continué sin clemencia—, pero por dentro siempre supe que ella no era para mí. En los dos años de convivencia, no pude derribar el muro que me impedía alcanzar su corazón. Gracias a mi persistencia, llegamos al punto de comprometernos en matrimonio y ahora doy gracias a Dios porque el padre de sus hijos reapareció en su vida para reclamarlos como suyos.

—Yo también di gracias a Dios cuando Francesco murió —lo dijo tan bajo que creí habérmelo imaginado. Semanas después me confió su desastroso matrimonio.

Conforme proseguí con mi historia, su rostro se iba iluminando con el entendimiento y otro algo que entonces no me atreví a catalogar como esperanza. No estaba tan pagado de mí mismo.

Luego de esa conversación, empecé a invitarla a salir a ella y la pequeña Bianca, su hijita. En poco tiempo, recuperamos la camaradería inicial, claro, la que le siguió al desafortunado primer encuentro. La niña y yo desarrollamos también una conexión especial.

En varias ocasiones, fui invitado a pasar la noche en casa de mis chicas. Las mejores de mis recuerdos, pero... A lo largo de mi vida siempre han surgido «peros». Este en particular tiene nombre y apellido: Victoria Márquez. Mi ex apareció en escena para la firma de unos documentos de la demanda interpuesta en contra de un cliente moroso, cuando mi firma aún representaba a la suya. Era un caso tan rezagado que habíamos olvidado traspasarlo al departamento legal de las empresas de su esposo.

Esa vez, Mara no se conformó con negarme el habla, renunció al bufete. No me pudo perdonar que le hubiera ocultado que Victoria y yo nos hubiéramos visto.

—¿Cómo quieres que confíe en ti si tú no eres capaz de confiar en mí? Eso solo me hace creer que aún sientes algo por ella —lo dijo con tanta convicción que me quedé callado, y «el que calla

otorga», dicen por ahí.

Perdí a Mara sin haberla tenido. Ahora sí me estaba perfeccionando en la estupidez.

—¿Qué clase de tonto actúa así? —Esa era mi sacrosanta madre que no tiene pelos en la lengua para decirme lo que piensa.

—De la clase que es capaz de tropezarse con la misma piedra hasta acabarse los zapatos.

—¿Supongo que ya las habrás localizado? —Por supuesto que era una pregunta retórica, pues tenía una semana tirado a la perdición en los confines de mi departamento. Mi aspecto de indigente era mi mejor testimonio. Pero madre estaba demasiado encariñada con Bianca como para escuchar lamentaciones y pretextos.

Me costó cuarenta días con sus noches localizar a las poseedoras de mis pensamientos y mi voluntad. Mara, seguro con toda intención, había decidido trabajar por su cuenta desde su nuevo departamento en la ciudad de Verona. Lo descubrí por gracia de Dios cuando un cliente suyo pidió referencias de ella. Entonces se me ocurrió una idea. Si esta me fallaba, estaba dispuesto a retirarme a vivir en una cueva en las montañas, donde no corriera riesgos de toparme con criatura parlante alguna, incluidas las guacamayas. Me volvería un ermitaño que comería hierbas, frutos silvestres, menos manzanas, y carnes de cualquier color producto de mis habilidades como cazador o pescador. Por si acaso, cuanto antes tomaría cursos de supervivencia.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me encontraste? —Mara me preguntó tan disgustada que tuve la intención de darme la media vuelta y salir en busca de esa cueva de mi plan B.

—Soy el cliente de tu cita —le respondí imperturbable.

Yo era André Roseti, abogado exitoso, buen mozo y de fortuna nada depreciable, y, por si fuera poco, romántico empedernido enamorado hasta la médula de la criatura frágil que en ese momento me miraba con ojos de asesina serial.

—Espera —le dije apresando su muñeca cuando intentó levantarse de su silla. Nos encontrábamos en un café frente a la Plaza Dante, donde los abogados sin oficina solían verse con clientes y contactos.

—André...

—No digas nada, por favor, déjame hablar a mí. Si luego de escucharme insistes en que no estás interesada, te prometo no volver a cruzarme en tu camino —me pronuncié con la firmeza que se espera de un hombre de mi trayectoria, aunque por dentro sentía como me iba fragmentando.

El ambiente festivo nos envolvía, pero Mara no parecía darse cuenta. Tal como la conocía, seguro no recordaba qué día era.

—Ven —la invité poniéndome de pie—. Por favor —insistí al ver su reticencia. Le extendí una mano y ella la tomó a regañadientes.

La guie a una terraza solitaria donde había una mesa servida para dos. Flores de temporada, velas encendidas dentro de hermosas lámparas tipo farol y un dúo de violinistas en un rincón adornaban la escena.

—¿Qué significa esto? —Mara me miraba con desconfianza y miedo, pero no miedo de mí, lo

pude intuir.

—Solo observa —rogué motivado.

Apenas terminar de hablar, un diluvio de corazones empezó a caer sobre nuestras cabezas y la de todos los que salieron a las calles para ver el espectáculo.

Mara levantó el rostro con los ojos cerrados y una sonrisa plena, como si estuviera recibiendo sobre su piel las caricias de los ángeles celestiales. Estaba más linda que nunca con su vestido marrón entallado al menudo cuerpo y sus zapatillas de pulsera al tobillo que realzaban el torneado de las piernas. No acostumbraba a maquillarse mucho, pero esa vez llevaba la boca pintada de rojo carmín. Sin poder resistirme, me acerqué hasta que rosé sus labios con los míos. Ella abrió los ojos y me miró de forma indescriptible.

—Esto que ves no es otra cosa que pedazos de mi corazón que se desprenden del cielo con cada día que te tengo lejos. Necesito que me ayudes a juntarlos y pegarlos antes de que mi pecho se vacíe por completo. —Me encontraba con una rodilla al piso ofreciéndole la joya del interior de una pequeña caja—. Regresa a mi lado y formemos una familia para Bianca, a cambio te garantizo que nunca tendrás que arrepentirte de ello.

—¿Me prometes que el próximo San Valentín me traerás aquí para mirar otra lluvia de corazones? —Puede ver amor en sus ojos, por eso me aventuré a colocarle el anillo.

—Siempre y cuando me ayudes a volverlos a su lugar para que mi corazón siga latiendo por ti —respondí antes de sellar el pacto con un beso enamorado y felizmente correspondido.

André Roseti es un personaje secundario de *Destino millonario* y el principal junto a Mara Rinaldi en el relato de Navidad 2018: *Una segunda oportunidad*.

Agridulce

Paula Alaimo

La provocaba, de manera constante lo hacía.

Fue convenciéndola con mensajes sutiles hasta que ya no lo fueron.

Tardó en darse cuenta de la red que le había tendido; atrapada en ella, no se sentía tan mal, se sentía extraño, pero no mal. De modo inconsciente, buscaba el encuentro, el cruce de palabras, ansiaba la mirada que su imaginario le traía, intentando visualizarlo al momento de escribirle, ansiando entender qué estaría deseando decirle cuando presionaba cada letra en el teclado de su celular.

Las reglas habían sido claras desde un principio, sin embargo, el que él se negara a seguirlas la confundía, la enojaba, pero muy en lo profundo lo aceptaba. Sí, aguardaba sus mensajes, su calidez subyacente en cada párrafo, revelando verdades escondidas.

Y eso, a Romina, le fascinaba, pero al mismo tiempo la aterraba.

Las reglas eran claras, nada de relaciones entre empleados había sido la norma desde que hubo entrado en la empresa. Sin embargo, de un tiempo a esta parte, tales pautas ya no lo eran, por motivos que desconocía. Tenían el camino libre.

¿Que debía hacer entonces? ¿Dejaría que su instinto, por preservar su corazón, anulara el deseo de vivir lo que su mesura le impedía gritar a viva vos? ¿Se dejaría llevar por lo que su piel y corazón rogaban?

Escuchó tantas veces que ya había cumplido con creces su obligación autoimpuesta. No podía dejarlo ir, así, tan fácilmente. No había manera de que soltara su atadura, su juramento. Muchos otros le decían que estaba loca, que todo era una excusa sin sentido por alguien que había conocido un instante. Pero ella desoía cada aseveración, cada palabra fría. Después de tres años, no lo soltaba, no podía olvidarlo.

Volvió su vista al celular, observando el mensaje sin leerlo, solo recorriendo el contorno de cada letra, como si solo con ello pudiese encontrar un sentido a tanta desazón.

Tenía que terminar el informe y luego su día laboral habría acabado, pero saberlo tan cerca, a un solo piso de distancia, la llenaba de goce, y con esa increíble sensación se quedaba, lo ansiaba en secreto y así quedaría.

El sonido de una nueva notificación la sacó de su rutina, ya había guardado el informe y estaba disponiéndose a salir, pero detuvo su marcha para observar que una vez más le enviaba un mensaje, ¿que debería hacer?

Siempre formal; a veces, risueño; otras, provocativo a tal punto de secarle la boca. Ese juego se sentía vertiginoso, era picante, seductor y por demás tentador.

En la bandeja de entrada observó otro de su hermana, pestañó para que la humedad que se acumulaba en sus ojos se disipara. Sospechaba el porqué de su contacto, así y todo, a desgano, lo leyó.

Ya es hora de que te despidas. Sus padres lo entienden y saben de lo hermosa persona que sos. No te sigas haciendo esto, tenés que seguir.

Tragó duro, odiaba que le dijeran lo mismo después de esos años. ¿Cuándo todos iban a entender que a ella le importaba estar a su lado? Sí, era para muchos incomprendible, sin embargo, no podía entenderlos. Para ella no era un compromiso, ella no abandonaba.

Dejó salir un soplido lleno de hastío, es que ese día lo era, odiaba que le impusieran un festejo que al fin de cuentas no era propio de su cultura, pero la globalización era parte de una excusa estúpida, maldito San Valentín.

¿Qué haría con aquellos mensajes? ¿Podría ser capaz de implorarle que no siguiera marcándola de la manera en la que lo hacía? No, no podría afrontar la ausencia de ellos, aún no. Raro fue como, de a poco, la necesidad de sus palabras y modos se hizo con ella, eran como besos de mariposas en su piel, se había vuelto dependiente.

—Por lo menos veo que los lees.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos, que nunca oyó la llegada del ascensor. Por poco el celular termina volando por los aires y estrellándose en el piso si no hubiese sido lo suficientemente hábil para tomarlo.

—Salvado por poco.

No sabía cómo mirarlo, estaba avergonzada por la falta de respuesta. Siempre se cruzaban y ella aprovechaba cualquier oportunidad para eludirlo, para excusarse, para no decirle nada. Ni gracias, no me interesa, o simplemente no quiero recibir mas mensajes.

Con enormes dudas ingresó al ascensor. Al segundo quedaron recludos en aquel pequeño espacio, y a Romina le estaba faltando el aire, su respiración era trabajosa y su rostro lo sentía hervir. Tenía la mirada baja, observaba el piso como buscando una salida. Pensaba que sería tan bueno que se abriera y ella pudiera caer, pero las consecuencias de tal fantasía no la convencían. En silencio, le acercó el celular que aún estaba en su poder, y al intentar alcanzarlo, la tomó de la mano.

Siguieron sin decirse nada, en un no tan cómodo silencio, sin embargo, él no la soltaba y ella lo entendía. Intuía que estaba decidido a exigirle una respuesta, y ella, aún más resuelta a dársela. Llegaron a planta baja, todavía unidos por las manos. Romina pretendía no observar a nadie por

temor a que encontrara, en las miradas de los curiosos, preguntas que no estaba en condiciones de responder.

Agradeció, en silencio, el ruido de la avenida, ya que bloqueaba el sonido que su alterada respiración producía; era penoso su estado.

Santiago la condujo hacia el interior de un bar que, a veces, después de la oficina, frecuentaban y se dirigió a la mesa más alejada de la entrada, proporcionándoles intimidad. Le soltó la mano ni bien tomó el respaldo de la silla para indicar con gesto de cabeza que se sentara, y luego de que ella así lo hiciera, hizo lo propio a su lado, muy cerca.

No sabía como enfrentar su mirada, porque sabía que estaría tan llena de tanto que le sería muy difícil elegir las palabras, o no traicionar a su corazón intentando ocultar lo evidente. Porque desde el primer mensaje, de la mañana en que comenzó a hacerlo, ya la tenía, ya estaba rendida. Cómo no estarlo si Santiago era la combinación para abrir su corazón congelado, desolado desde hacía ya tantos años por la culpa que crecía sin piedad.

Una amble mujer les consulto qué tomarían, y ambos eligieron café con leche.

—Es momento de hablar.

Qué error tan grande fue mirarlo, qué dulzura enorme encerraban aquellos dos océanos. Afortunada y desdichada a partes iguales, sufría por la historia que debía contarle. Pero verlo partir sería pura agonía, y no estaba preparada para dejarlo ir, a él no, lucharía por retenerlo. Luego que la mujer dejara sus infusiones en la mesa, Santiago le ofreció un sobre de azúcar, el cual aceptó, y el roce de sus dedos, una vez más, la encendió; adoraba cómo se sentía su piel en su piel.

—Siempre leo tus mensajes, me encantan, los espero con demasiada emoción.

Ni bien se lo dijo, observó que él relajaba los hombros y que el brillo tan bonito de sus dos océanos aumentaba.

—Te pido disculpas por mi supuesta indiferencia, pero necesito que sepas que estoy atada a una historia que...

—¿Estás en pareja?

Le dio gracia su cara de espanto y, sin casi entender por qué, lo estaba haciendo, acercó sus labios a los suyos y lo besó. Suave, con cadencia, con la intención de decirle tanto, con necesidad. Sintió su sorpresa, pero solo segundos le duró. Con deleite se dejó hacer, jugando unidos, abrazados bailaban un vals. Cuando se separaron, sonrieron y, por fin relajada, Romina le contó.

—Hace tres años, salimos un sábado con un grupo de amigas a festejar que Ludmila se iba a España. Fue una noche agridulce, seguro recordarás lo que sucedió, lo que nos contaros el día del desafío.

—Puff, cómo no hacerlo, una historia increíble.

—Ni que lo digas. Cuestión que después de hacer algunas locuras y terminada la noche, comenzamos a repartirnos en los pocos autos que habían disponible, pero no podíamos entrar todas. Así que yo me ofrecí a irme en un taxi, ya que era la que menos había bebido, no necesitaba

ningún tipo de escolta para llegar sana y salva a casa. Ni bien se fueron las chicas, me dirigí a la parda de taxis y estuve a punto de llegar a subir el cordón de la calle cuando uno de mis tacones se atascó en la rejilla de la alcantarilla. Se había trabado tanto, que por poco me rompo el tobillo, pero allí, como por arte de magia, apareció un hombre que insistió en ayudarme. Reíamos con la ocurrencia de pensar que si fuera Cenicienta él sería mi príncipe, su humor tan risueño y sus maneras me cautivaron. Tan absortos estábamos en nosotros que no advertimos la velocidad con la que un maldito manejaba, borracho, e intentando no esperar su momento para transitar, perdió el control y vino directo a nosotros. Jorge me empujó hacia la vereda con ímpetu, despojándome del zapato, pero para él fue el fin. Fue vestido y arrojado a unos cuantos metros. Hace casi tres años que se encuentra en coma, y yo lo sigo visitando todos los días, con la esperanza que un día despierte y me dé la oportunidad de agradecerle haber salvado mi vida.

Lo miró directo a los ojos, esperando que la censura la quebrara, sin embargo, sus gestos, su caricia en la mejilla, su sonrisa serena le caló profundo, y una paz que desde hacía mucho no sentía se deslizó suave y cálida por su piel.

—Estoy más que seguro de que Jorge sabe de tu gratitud. Te siente, Romina, sé que lo hace, porque sería imposible que no lo abrace tu humanidad.

Secó una de sus lágrimas con sus labios, la besó con solo la intención de amarla, por lo que ya era en su vida, una gran mujer.

—Hoy me gustaría visitarlo.

—Me encantaría acompañarte para agradecerle haberte salvado para mí.

Cuando entraron juntos a la habitación, Santiago pudo entender la totalidad de aquella historia. Fue con amabilidad recibido por sus padres, y los cuatro, junto a ese hijo y amigo un tanto ausente, festejaron un agridulce San Valentín.

Romina es un personaje secundario de *Dos corazones y un mismo amor*, que saldrá en el 2020.

<https://www.megustaleer.com/autor/paula-alaimo/0000959788/>

Solo tú

Perla Rot

—**P**ero es San Valentín, ¿no van a festejar acaso?

—¡No metas la nariz donde no te llaman, Jo! —le gritó Magni cuando ella lo siguió hasta el reservado que el estilista tenía en su salón—. Es mi vida privada y tú no tienes derecho a meterte en ella.

—Estás equivocado.

—¿Y tú me lo dices? ¡Qué desfachatez por tu parte, amor! —Sonrió socarrón al tiempo que giraba para hacerle frente—. ¡No te atrevas, Josephine!, no cuando tú haces todo lo contrario a lo que en verdad crees.

—Es distinto en mi caso, Magni, lo sabes —se defendió.

—¿Distinto? —La carcajada que él soltó retumbó en el espacio que ocupaban—. No me hagas reír, Jo. Lo tuyo solo es una fachada, una forma de no mostrar lo que...

—¡Cállate! No quiero oírte —lo silenció.

—*Touché, mon amour* —dulcificó su voz Magni, y se acercó a ella para acariciarle la mejilla—. No discutiré contigo lo que hace tiempo que vengo diciéndote, cariño, pero entiende que lo mío con Cody ya no es posible.

—¿Por qué no? —indagó, agradeciendo que cambiara de tema, ya que hablar de ella misma no le agradaba en lo absoluto—. Los dos se aman, ¿dónde está el problema?

—¡Eres tan inocente a veces! —se burló.

—No sigas, Magni.

—*Okey, okey* —dijo con las manos en alto, se alejó de ella y se dejó caer en el sillón rojo del reservado. Y suspiró—. Lo amo, tienes razón en eso, pero...

—Si me vas a decir que la diferencia de edad es un problema...

—Sabes que no, amor.

—¿Entonces? Explícate, porque no te entiendo.

Magni tiró la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el respaldo y cerró los ojos.

Esa acción preocupó a Josephine, pues nunca lo había visto tan calmo ante el fin de una relación por la que, ella creyó, lucharía con uñas y dientes. Dio los pasos que la separaban de él y se sentó

a su lado.

—Cuéntame —le pidió.

—Es mejor que lo olvides, cariño.

—No, Magni, soy tu amiga y me preocupo por ti. Dime qué sucede.

Magni la observó y le sonrió. Josephine era una hermosa mujer, con un porte tan fino y delicado que se dejaba ver en todas sus formas, desde la postura erguida y tan femenina en la que estaba sentada hasta su impecable vestimenta de primera marca y su andar diario sobre tacones que, para muchas, eran imposibles de usar. A su modo, la admiraba, y envidiaba, por qué no decirlo.

—Si te cuento, estarás involucrada, Jo, y no quiero que seas parte. Es mejor que sigas en la ignorancia.

—¿Involucrada? ¿Ser parte? ¿De qué estás hablando, Magnus? —pocas veces lo nombraba así, lo que indicaba que estaba empezando a perder la paciencia.

—De Cody. De su vida. De quién es.

—¿Quién es?

—¿Vas a repetir en forma de pregunta todo lo que digo? —se quejó.

—Es que no eres claro y estás empezando a cansarme con tanto misterio.

—De verdad, Jo, olvídalos mejor. Yo debo hacerlo, no me queda otra opción. —Magni se puso de pie, resignado, para sentarse detrás del escritorio—. Tengo trabajo por hacer, cariño, ya sabes, soy mi propio contable.

—Que sepas que esto no queda aquí. La resignación no es algo por lo que Magnus Eckhard se caracterice, y yo, tampoco. Puedes confiar en mí, pero entiendo que necesites tiempo para procesar todo. Feliz San Valentín, aunque no sea el caso —le dijo, y se despidió lanzando un beso al aire antes de dejar el reservado.

Magni la vio salir e intentó centrarse en los papeles, pero le fue imposible: sacarse de la cabeza, y de su corazón, a Cody era algo que jamás iba a poder hacer. No obstante, por su bien, debía olvidarlo. Sintió una vibración en su pecho y llevó la mano al bolsillo interior de su saco para agarrar el móvil. Su sorpresa fue mayúscula cuando se encontró con un mensaje del hombre que ocupaba sus pensamientos, pues creyó que ya no recibiría ninguno de él.

Sé que te dije que no podíamos vernos más, pero lo necesito, Magni. TE necesito. Mi vida es un infierno, y solo tú puedes darme tranquilidad. Por favor, no me lo niegues, hoy es San Valentín.

Sus palabras lo desarmaron por completo. No podía resistirse, aun a sabiendas de que ponía en juego mucho más que el corazón. Pero no podía decirle que no, no en ese día tan especial. Se levantó con premura y dejó el lugar mientras una sonrisa de entera satisfacción se dibujaba en su rostro al tiempo que respondía con un «nos vemos donde siempre».

Josephine es la protagonista de la novela *No es un juego*, que pronto saldrá con el sello. Magnus y Cody son personajes secundarios.

<https://www.facebook.com/perlarotautora/>

Rebeldía en San Valentín

Pilar Piñero Mateo

—¡Estás preciosa, cariño!

—Preciosa no sé, mamá, pero me gusta. ¡Gracias, has hecho un gran trabajo!

Hace tiempo que quería un cambio de imagen; la cara, obviamente, no la puedo cambiar y el cuerpo, menos, así que le propuse a mi madre, peluquera de vocación y profesión, un cambio al nivel que ella domina, y este es el resultado: tengo el pelo azul.

—Niña, estás muy guapa —comenta una cliente habitual, diputada de no sé qué partido, y es que mi madre peina a casi todas las mujeres del Congreso.

—Muchas gracias, Marisol —contesto feliz—. Me marchó, mamá.

—Vale, Charo. Dile a tu hermano que se porte bien, la última vez que os quedasteis solos la lio buena con el fiestón que montó. Volveremos mañana a primera hora. Cualquier cosa...

—¡Tranquila, que no somos niños, por favor, tenemos casi veintiún años! Disfrutad mucho del finde. —La beso y me despido de toda la clientela con una confianza que hacía tiempo no tenía.

Esta noche mis padres van a disfrutar de una noche romántica de San Valentín en la sierra de Madrid; mi hermano, Pablo, y yo se lo regalamos en Navidad. Mi madre no se fía demasiado de volver a dejarnos solos, y es que la última vez mi hermano montó una jarana impresionante, tanto, que cuando llegaron mis padres al día siguiente todavía había universitarios durmiendo en el sofá, ¡como para no temerle!

Cojo el bus que me llevará a casa en apenas diez minutos. Una vez sentada, pienso en la velada que me espera: me toca reclusión, como siempre que mi hermano queda con los chicos. Ayer ya me avisó: «peque, mañana te quiero en tu habitación». Y es que no le gusta que me junte con sus amigos. Los conozco a todos desde que éramos pequeños, pero una cosa es conocerlos y otra mezclarme con ellos. No son malos chicos, pero sí juerguistas, mujeriegos e impresionantemente guapos: Marco, el italiano, está que te mueres; Borja está para darte un infarto, y Pío... es un dios en la tierra. Vivo enamorada de él desde que tengo uso de razón, y este año que me lo encuentro constantemente en la facultad no ayuda a mi loco corazón.

Pío es alto y guapo hasta doler, con ese sedoso pelo negro y largo hasta la cintura que casi siempre lleva recogido en una coleta, el tipo de cabellera que volvería loca a una peluquera como

mi madre. Va en silla de ruedas por una enfermedad que le afectó a muy corta edad, pero para mí carece de importancia, muero por él, por su pelo, por su sonrisa..., pero no puedo acercarme, Pablo me lo ha prohibido. Aunque... ¿por qué no intentarlo?

Entre cábalas llego a casa, el corazón empieza a martillearme en el pecho porque he tomado una decisión: mi hermano puede decir misa en arameo, pienso pasarme por la cocina en algún momento de la noche para verlo, es mi casa, y no voy a perder esta oportunidad. Estoy cansada de obedecerlo, de acatar todo lo que dice, ¡tengo veinte años! Decidido, ¡esta noche me rebelo, viva San Valentín!

Mi determinación se viene abajo cuando entro en casa y oigo hablar a mi hermano por teléfono:

—¡Que sí, Pío!... Esa no sé si vendrá, pero féminas no te van a faltar, ja, ja, ja...

¡Qué majete! Odio cuando habla así de las mujeres. El otro día hizo un comentario similar y mi padre le dio una colleja que casi se rompe los dientes contra el plato. Sé que ellas también los utilizan a ellos, las he visto en la facultad jugándose a los chinos quién se liaba con quién. Vomitivo.

—¡Ey, hermanita, estás preciosa!... Venga, coge algo de cena que a las nueve llegan mis colegas —me apremia el muy energúmeno.

—Gracias, es un detalle de tu parte, y tranquilo, no te estreses, primero voy a ducharme y luego bajo, entraré en la cocina, cogeré cualquier cosa y cenaré en mi habitación.

—¡Perfecto, peque, venga, date prisa!

¡Qué estrés, por favor! Arrastro los pies hacia la escalera apartando a patadas montones de globos con forma de corazón.

Ya en mi habitación me detengo delante del armario, ¿qué puñetas me pongo para llevar a cabo mi plan de rebeldía de San Valentín? No puedo levantar sospechas, debe ser un modelito *casual*. Tras mucho pensar, agarro unos *shorts* tejanos, unas medias de rejilla y una camiseta roja que deja un hombro al aire, y salgo pitando hacia la ducha. El modelito me va a costar una pulmonía.

Cuando estoy en pleno baño de crema hidratante, oigo un coche. La curiosidad por ver si es Pío me hace abrir la ventana del baño que da justo encima de la puerta de entrada y, con mucho cuidado, me asomo, pero mi intento de pasar desapercibida fracasa en cuanto la toalla con la que me cubrí el pelo para que no se mojara, cae en caída libre hasta las piernas de Pío, ¡la leche! Y en vez de guardar la cabezota, me quedo allí, embobada. Él levanta la cabeza y me mira; primero, extrañado y, luego, divertido. Con un gritito de lo más ridículo, vuelvo a meter el cabezón en el baño, de donde no tendría que haber salido. «¡Lo has hecho de miedo, Charo!».

Mientras me visto, intento calmarme. Me pongo un poco de colorete, labios rojos, un toque de rímel, unas gotitas de perfume, me calzo unos botines y estoy lista, muy *casual* todo, lo sé. Estoy atacada, pero debo bajar, Pío está aquí y prefiero que... mierda, el móvil.

Tete

Peque, falta hielo, me escapo, no bajas.

¡Esta es la mía! Bajo volando las escaleras y aterrizo en la entrada de la cocina, a-te-rrri-zo, literalmente. ¡Jo, qué daño, me he echado abajo toa la rodilla!

—¡Vaya leche!... ¿¡Charo!?! —Permanezco aún de rodillas a lo Anastasia Steele ante el señor Grey, mirándolo embobada. Acerca la silla a mí, ofreciéndome la mano, y me levanto lo más digna que puedo, roja como un tomate.

—Gracias, Pío, me caí. —Sonríe ante la evidencia y tira de mi mano hacia él.

—Ven, te curaré.

¡Ay, madre!

Lo acompaño, acalorada por el acercamiento; que sí, que no era lo que tenía pensado, pero me vale. Una vez dentro de la cocina, se detiene frente al fregadero.

—Siéntate en la encimera, Charo. —Obedezco obnubilada por el tono ronco de su voz. Al hacerlo, por estar sentado en su silla y ser tan alto, la postura en la que estamos se me antoja de lo más sugerente y un millón de imágenes, que no sé de dónde saca mi virgen imaginación, pasan por mi cabeza arrancándome un jadeo.

—¿Qué... vas... a hacer?

—Curarte. —Coge mi tobillo para mostrarme el destrozo que me he hecho en la rodilla y las medias, pero lo único que noto es el calambrazo que su contacto ha causado en todo mi cuerpo.

Agarra un trapo y lo moja en el fregadero, y, clavando su mirada en mí, lo presiona contra la herida. Doy un respingo debido al escozor y Pío lo retira y sopla sobre la rodilla magullada.

—Gracias —digo sin aliento.

—Estás muy guapa, te favorece el azul. Es curioso, es mi color favorito. —Sonríe de manera espectacular y, cuando vuelve a mojar el trapo, me doy cuenta de que es la toalla voladora.

—Perdona por lo de la toalla, se me cayó sin querer.

—No es nada.

Me mira serio, dejando sin atenciones mi rodilla, y sus dedos empiezan a rozar mi pantorrilla e inician un camino de ascenso por la parte interior del muslo. Siento sus dedos calientes a través de las medias e, impulsada por un deseo desconocido, abro las piernas.

—Charo... —gime.

—Pío... —Su nombre saliendo de mi boca parece activar algo en él, porque en un rápido movimiento tira de mis piernas y me baja de la encimera haciéndome aterrizar sobre sus piernas.

—Eres una mujer espectacular... —murmura sensualmente mientras hunde una mano en mi pelo. Por fin se ha dado cuenta de que ya no soy una niña. ¡Ya era hora!

Aproxima su boca a la mía lentamente y me besa. ¡Madre del divino pastor! En un segundo reacciono y lo agarro por la coleta para que no pare. El beso se vuelve atrevido, caliente, necesitado. Su mano se cuela bajo mi jersey y creo que me va a dar una apoplejía, deseo que siga, que me lo arranque...

—¡Ya estoy aquí! —¡Mi hermano con el hielo!

Pío me baja atropelladamente de sus piernas y me quedo como una tonta apoyada en la encimera,

con la cabeza dándome vueltas. Él me mira de reojo, mordiéndose el labio para disimular una sonrisa, y yo decido huir a la carrera porque si entra mi hermano me muero. Lo último que oigo antes de empezar a subir las escaleras es a Pío susurrar mi nombre.

Cuando llego a mi habitación, me apoyo en la puerta respirando como si hubiera corrido una maratón, me toco los labios y me huelo la mano, el olor de Pío está impregnado en ella y en mi camiseta. No puedo creer lo que ha pasado ahí abajo. Un golpe en la puerta me sobresalta.

—Peque, baja que hay pizza.

—Voy enseguida.

Si no bajo, Pablo sospechará que algo pasa. Me cambio las medias destrozadas y esta vez desciendo las escaleras con cuidado, y, al cruzar el rellano hasta la cocina, echo un vistazo hacia el salón. Alucino con la cantidad de gente que hay, pero lo que me deja petrificada es ver a Pío con una tipeja sentada sobre sus rodillas donde hace exactamente siete minutos estaba yo. En siete minutos me ha elevado al cielo y me ha roto el corazón, el chaval es un portento. ¡Qué mesecitos más malos me quedan por pasar hasta el verano! Mi primer año de facultad está siendo un calvario.

Sin poder evitarlo, un sollozo sale de mi boca en el mismo instante en que Pío gira la cabeza y, al verme, su mirada se oscurece y un halo de tristeza cruza su cara. No puedo soportarlo y subo a tropel hacia mi habitación, de la que no volveré a salir en toda la noche.

Los protagonistas de este relato, Charo y Pío, son los amigos de Clara y Marco respectivamente, y puedes seguir sus bonitas historias de amor en mi última novela, *Te elijo a ti*.

<http://www.megustaleer.com/autor/pilar-piero/0000959526/>

Rosas rojas para Megan

Reina González Rubio

Había terminado la jornada laboral en la clínica y estaba cambiándose en la sala de médicos cuando sintió un pitido agudo en el oído derecho. Se llevó la mano a la oreja y la apretó con fuerza, pero el endemoniado silbido seguía ahí; recogió su larga melena en una cola de caballo y se pintó los labios de un leve tono rosado. Al terminar, recogió su mochila, la cargó al hombro y se dirigió a la puerta, pero antes de llegar a tocar el picaporte se volvió, rebuscó en su bolsa un pequeño neceser del que sacó un frasco de perfume y se roció un poco de la esencia. Cerró los ojos y aspiró profundamente el olor a azahar y neroli; al abrirlos, notó que sonreía; ya no sentía el molesto silbido y abrió la puerta con ímpetu; al hacerlo, chocó con algo y, al fijarse más, vio horrorizada a un hombre que apoyaba sus rodillas en el suelo y se sujetaba la nariz entre sus manos. Alarmada, se apresuró a arrodillarse junto a él.

—Lo siento mucho —balbuceó—. No se mueva, soy médico y voy a examinarlo.

—Yo también soy médico. ¿Siempre actúa de esta manera tan atolondrada?

Entonces se quitó las manos de la nariz y la miró fijamente.

—Megan —susurró.

Un temblor recorrió su cuerpo al oír de nuevo su nombre en aquella voz.

—Hola, profesor Sallow.

Era la última persona con la que se quería encontrar y precisamente había tenido que colisionar con él. El pitido de su oído había desaparecido para dejar paso a un terrible dolor de cabeza.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el hombre mientras se levantaba del suelo, sacaba un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y trataba de controlar un pequeño hilo de sangre que salía de su nariz.

—Trabajo aquí —respondió ella con un tono de voz excesivamente seco.

—¡Claro! La clínica de la familia; no podía ser de otra manera.

—¿Tienes alguna objeción? —preguntó levemente enfadada.

—Siempre te dije que tenías que volar por tu cuenta, tus padres eran demasiado protectores contigo y no te dejaban crecer.

—Pensaba que tu especialidad era la cirugía reconstructiva, no la psicología —replicó ella.

—¡Siempre con la lengua larga, Megan! Hay cosas que parece que no cambian.

—Hablando de cosas que no cambian, ¿qué tal tu mujer? —interpeló con ironía.

Él sonrió al escuchar la pregunta y se quitó el pañuelo de la nariz, que ya había dejado de sangrar.

—Está bien, creo.

La cara de sorpresa de Megan hizo que volviera a sonreír antes de responder:

—Nos divorciamos hace unos años. Ella se casó con un tipo aburrido con el que ha tenido un par de mocosos y viven en una casa muy grande con piscina en un barrio burgués.

—¿Cansada de tus infidelidades?

—Más bien de mis horas de trabajo, las ausencias por mi labor como cooperante, las clases de la universidad y mis simposios —dijo lentamente, y luego añadió—: Reconozco que le fui infiel algunas veces, pero claro que eso me imagino que lo sabes porque fue contigo.

Ambos se miraron a los ojos, desafiantes, sin querer apartar ninguno de los dos la mirada.

—Me tengo que ir —indicó Megan—, he terminado mi turno.

—Nos veremos —replicó él.

Mientras ella se alejaba, sintió su mirada siguiéndola; él se quedó parado en el pasillo hasta que la perdió de vista y sonrió; una de las razones por las que estaba allí era ella.

Megan se dirigió al despacho que su madre tenía en ese mismo hospital; necesitaba urgentemente hablar con ella. El hombre que había sido su profesor y su amante volvía a su vida. Era joven y demasiado inexperta cuando vivió un romance con él. Gary Sallow era uno de los docentes más jóvenes del departamento, se había licenciado Cum Laude y compaginaba sus seminarios en la universidad con un trabajo de cooperante que lo llevaba a diferentes partes del mundo; Megan cayó rendida ante los encantos de aquel hombre a pesar de que era catorce años mayor que ella y casado. Vivieron su aventura a escondidas y nunca lo presionó para que dejara a su esposa; tal vez por eso fue más doloroso cuando él decidió dar por finalizada su relación sin ninguna explicación plausible.

Megan tocó con fuerza la puerta del despacho de su madre y la abrió. Al entrar en la estancia, se sentó en el sofá y cogió un cojín para abrazarse mientras su madre, detrás de la mesa de su despacho, la miraba fijamente.

—¿Qué ocurre? —preguntó al fin, sabiendo que algo le había sucedido e imaginándose el qué.

—Me he tropezado con él en la clínica. ¿Qué demonios hace aquí?

Bell suspiró.

—Parece que tu tío le ha ofrecido un puesto de trabajo.

Megan la fulminó con la mirada.

—Yo no he tenido nada que ver en eso.

—Pero tampoco te has opuesto —dijo su hija, enfadada.

—Es un buen médico y vendrá bien para la reputación de la clínica tenerlo con nosotros.

Bell se levantó y se sentó en el sillón junto a su hija, colocó las manos sobre las de ella y le dijo calmada:

—Entonces estabas en la universidad y él era un hombre casado, además de tu profesor, ni a tu padre ni a mi nos agradaba la situación.

—¿Por qué ahora es diferente?

—Él es un hombre libre y tú, una mujer adulta, y hasta donde yo sé nunca ha sido de tener escarceos amorosos con alumnas. Además, sé que no lo has olvidado.

Ella miró a su madre.

—¿Tu qué harías, mamá?

—Yo ya he dado una segunda oportunidad y hasta hoy no me he arrepentido de hacerlo, pero tú debes tomar tus propias decisiones.

Al abandonar el despacho, se dirigió a la escalera porque no deseaba ir a la zona de ascensores ante el temor de volver a encontrarse con él. Había buscado a Gary en muchos hombres, pero no lo había encontrado en ninguno. Su teléfono vibró con un mensaje de texto, era de su tío comunicándole que había contratado al doctor Sallow y que al día siguiente había una reunión del Consejo para presentar al nuevo miembro de la plantilla. Megan marcó el número de móvil de su tío.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó nada más notar que había descolgado el teléfono.

—*Es un excelente profesional. Creo que será bueno para la clínica y para ti, a veces estás tan centrada en el trabajo que olvidas otras facetas de la vida, y, además, ya sabes que se acerca San Valentín, es una buena época para el amor.*

—¿No hay intimidad en la familia?

Su tío lanzó una sonora carcajada antes de contestar.

—*Los Davenport somos unos metiches y no podemos guardar secretos. No faltes a la reunión.*

A la mañana siguiente, en la larga mesa del consejo, estaban todos los miembros para dar la bienvenida al nuevo miembro de la plantilla. Ella no prestó atención a ninguna de las palabras que se pronunciaron allí y, solo por educación, antes de marcharse, le dio la bienvenida al equipo.

Abandonó el lugar con prisas, pero sintió que alguien le tocaba el hombro. Al volverse, se encontró de frente con Gary.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —inquirió.

Megan dudó un momento.

—De acuerdo, acompáñame al despacho de mi madre. Ella no está ahora ahí.

Al entrar en la oficina, ella se situó frente a la ventana e hizo un gesto con la mano para que él se sentara en una de las sillas.

—Tú dirás —dijo.

El doctor Sallow tomó asiento y se quedó mirando fijamente a Megan.

—¿Quieres cenar conmigo el viernes?

Megan lo miró estupefacta.

—Es San Valentín —susurró.

Gary se levantó lentamente y se acercó a ella.

—Ya lo sé, Megan. Por eso te estoy invitando.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó deseosa de conocer la respuesta tantos años pospuesta.

—Nunca te mentí, Megan —comenzó a decir—. Mi mujer y yo nos casamos por razones equivocadas. Mucho antes de entrar tú en mi vida, nuestro matrimonio estaba roto. La noche en que le iba a pedir el divorcio, me confesó que le habían detectado un cáncer de mama, estaba asustada y entonces consideré que debía quedarme a su lado.

—¿Por qué no me dijiste nada entonces?

—Siento haber sido tan torpe, pero pensé que tal vez su enfermedad iba para largo y no quise que toda aquella vorágine te pillase en medio.

Por primera vez desde que se habían encontrado, Megan le sonrió levemente. Él le agarró la mano para comenzar a acariciar su palma con lentitud. Al no notar rechazo, se atrevió a acercarse más, retener su rostro entre sus manos y acercar sus labios a los de ella; sintió la humedad del casto beso y oyó un pequeño suspiro que se escapaba de la garganta de Megan.

—De acuerdo, cenaré contigo en San Valentín —dijo ella al separarse.

Sonriendo, Gary sacó del bolsillo de su chaqueta dos pequeños capullos secos por el paso del tiempo.

—La noche que iba a pedir el divorcio a mi mujer tenía pensado ir a verte después para decirte que era un hombre libre y regalarte estas flores.

—¿Las has conservado tanto tiempo? —preguntó ella sorprendida.

—Siempre supe que algún día te las daría y tú las aceptarías. Simplemente he esperado el momento adecuado —respondió él.

—Rosas rojas, mis preferidas —susurró ella mientras posaba su mirada en estas.

—Siempre rosas rojas para Megan —dijo Gary.

Los dos se miraron a los ojos y se contemplaron durante unos segundos; ambos sabían lo que deseaban, por eso, ella se dirigió a la puerta y la cerró con el pestillo.

Megan es un personaje secundario de la novela *Golondrinas al amanecer*.

<https://www.megustaleer.com/autor/reina-gonzalez-rubio/0000104185>

Llegaste en el momento que esperaba

Viktoria Yocarri

La segunda vez que vi a Tony —la primera fue el día de su nacimiento—, ocurrió después de la visita dominical a su madre. Iba saliendo de la residencia psiquiátrica en Westwood. Fue en ese que dicen es el día más romántico del calendario, al que llaman San Valentín. Por esta vez, voy a decir que no podría estar más de acuerdo. El tema primero y más importante es el que siempre debería de ser: el amor. Porque nuestro contacto y comunicación es posible mediante el amor. Él es el conductor. Y si no hay amor en el corazón de una persona, es casi imposible que podamos lograr algún progreso.

Aquel día, el sol desaparecía tras la línea del horizonte, y la suave brisa que me acompañaba siempre desprendía un delicioso aroma a jazmín. Me sentía muy cómoda y a gusto, contemplando el ocaso. Ese momento del día en que el aire se torna más fresco, el silencio y la quietud, más resonantes. Observé a Tony a lo lejos, mientras se dirigía a su auto, una lindura clásica de color rojo. No sé por qué el colorido siempre me ha llamado la atención —resulta una ironía por ser quien soy, por lo que represento para la mayoría de las personas—. Su mente estaba parloteando sin cesar e interfería con mi aspiración de la energía terrestre; en sus ojos parecía habitar una inquietud más profunda, un estado de vulnerabilidad emocional. Sin embargo, no quise concentrarme en ese tema, en cambio, pude ver su condición humana con ojos mucho más compasivos y dentro de un marco más amplio, incluso oí su corazón, su respiración, los gorgoteos de su estómago. Todos los ruidos de Tony se estaban reproduciendo dentro de mí.

De pronto, me descubrí susurrándole sin palabras, tan solo con la fuerza de mi pensamiento, de esa sensación de expansión que vibra en el silencio: «Permanece quieto y sigue escuchando, siempre con los ojos cerrados. Imagina que estoy sentada, o de pie, a tu lado. Solo es necesario abrirnos el uno al otro, que tú escuches». En realidad, Tony me reconocía, aunque no mantuviera una relación diaria conmigo. Él y yo teníamos un vínculo indestructible, una conexión tan fuerte que nadie podría romper jamás, a pesar de la mórbida preocupación y de que el misterio que me rodeaba era holgadamente mayor.

Noté que Tony se estremecía e incluso que algo cambiaba en su rostro. Y, mientras seguía concentrada en el café de sus ojos, pude ver que se sentía atrapado en un torbellino de confusión,

desesperanza e ira. Tony es un tipo fuerte y silencioso, que no habla mucho, aunque cuando lo hace, lo mordaz de su ingenio desarma a todos. El momento que estaba viviendo no era nada fácil. La salud de su madre renqueaba con diversos achaques. Su relación de pareja era cada día más difícil; su trabajo, más problemático, y su futuro, cada vez más incierto.

Así las cosas, Tony tenía la certeza de que nadie podría ayudarlo y sabía también que carecía de las fuerzas necesarias para salir del hoyo por sí mismo. Sin embargo, de todas las reflexiones curiosas que pasaban por su mente, no podía dejar de darle vueltas al inevitable final de su madre: la muerte. Una figura tan macabra, pero, a la vez, tan confusa.

En ese momento que Tony tuvo aquella intuición, decidí que un encuentro casual con él haría que su vida diera un vuelco de ciento ochenta grados y que las nubes oscuras que ensombrecían su horizonte se fueran despejando hasta que, muy pronto, brillara de nuevo el sol. Y brillaría, pues, con más fuerza de la que nunca antes tuviera. Fue entonces que rebusqué en su memoria la imagen que encarnara la mujer con quien siempre había soñado y que pudiera fascinarlo hasta límites inexplicables. Después de un sinfín de recuerdos, llegó hasta mí una figura hermosa y callada, un rostro familiar para él, que la mera verdad no logró convencerme y que, en cierto modo, no me pareció apropiado para mi envergadura.

Como olas que rompen a través de la historia y mientras sugería a Tony abrir su corazón a los sonidos del silencio y oír las maravillas de todo lo que existe, rebusqué las imágenes que evocaban mediante su simbolismo visual las visiones celestiales de personajes, como la del poeta William Blake, que dejó como herencia algunos de los ángeles más apasionadamente involucrados que hayan sido representados, aquellas en las que se piensa inmediatamente al conjurar representaciones de ángeles.

Ah, sí, por favor, permítanme que me presente: soy Amelia, mejor conocida como la amada inmóvil, la muerte, la de la guadaña, la huesuda —¡Dios, qué apelativos tan anticuados!—. Soy un ángel, pero no cualquiera, también hay que aclararlo; pertenezco al primer orden de los seres conocidos como poderes. Soy el portador de la conciencia de toda la humanidad, el que conservo su historia colectiva. Existo en una frecuencia vibratoria levemente más fina que aquella con la que los sentidos físicos están afinados. Lo que significa que sus ojos no pueden verme, su tacto no siente mi piel ni su olfato mi perfume, ni sus oídos escuchan mis pasos. Pero puedo ayudar y me encanta hacerlo.

No existe una manera correcta de percibirme. Puedo presentarme en condiciones muy más, con apariencia que es sumamente personal según cada individuo. En realidad, lo paranormal es captado de muy diferente manera y en diversos grados por los distintos individuos. Desde aquellos que casi todos los días están teniendo visiones y viviendo *experiencias*, que continuamente tienen presentimientos, oyen voces o distinguen aromas inexplicables, hasta los que jamás oyen, ven, sienten ni captan nada de nada. Todo depende de la sensibilidad de cada uno y, por supuesto, también de su imaginación. Cabe aclarar que Tony más bien se incluye entre los últimos. Su escepticismo y sus dudas son considerables. Por eso, aunque tengo tanto cualidades

masculinas como femeninas —es decir, no tengo sexo—, para el caso que ha de ocuparme, he decidido manifestarme como una silueta femenina de dimensiones perfectas, envuelta en un vestido color blanco de talle ajustado y amplias faldas. Cabellos castaños que caigan en exuberantes ondas sobre los hombros y ojos azules que centellen cual océano en calma. Con todo, más que nunca necesito la apariencia de un espectro celestial. Se me ocurre, entonces, añadir una mascada roja que se me engarce al cuello como una segunda piel. El toque enigmático y perfecto.

Mientras Tony sube a su auto y se sumerge en el tráfico vespertino, me da por pensar que la relación entre humanos y ángeles es muy íntima porque ninguna cosa creada carece de su protección personal. Todo el mundo tiene ángeles de la guarda arriba, en cubierta. Y me pregunto si Tony podrá acostumbrarse a mi compañía, porque lo cierto es que algo está en camino y mi vista no es más que el principio.

Amelia es uno de los personajes principales de *Bajo tus Alas*, próxima a publicarse.

<https://www.facebook.com/vyocarriautora>

Todos, en algún momento de nuestras vidas, somos tocados por una flecha de Cupido. A veces, con un simple roce, encontramos el amor. Otras, se requiere de un poco más de esfuerzo. Pero, sea como sea, el cosquilleo en el estómago se siente, y eso... eso es lo que importa.

¡Celebra San Valentín con Selecta!



Son muchos los personajes secundarios que nos roban un trocito del corazón y nos dejan con ganas de saber qué fue de ellos. También hay muchas parejas de nuestras historias favoritas de las que nos encantaría saber algo más de su vida. Pues todo eso y mucho más es lo que podréis encontrar en esta antología de relatos cortos escritos con cariño, llenos de pasión, sentimiento y dulzura y con un romántico final feliz.

Ana Álvarez nació en Sevilla, el 2 de abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo. Durante muchos años ejerció de ama de casa y ha escrito durante toda su vida, desde los veinte años, siempre novelas románticas contemporáneas, que solo leía su hija por timidez.

Después de un divorcio difícil, su hija la animó a publicar en Internet y las muchas lecturas y comentarios le decidieron lanzarse a la autopublicación y a enviar los primeros capítulos de dos de ellas a la Selección RNR, donde se publicaron convirtiéndose en un gran éxito.

Arlene Sabaris. Graduada en Administración de Empresas con una Maestría en Finanzas, sin embargo, su gran pasión es escribir, por lo que realizó estudios técnicos de Periodismo en el Instituto Dominicano de Periodistas. Tiene además un Diplomado en Derechos Humanos y ejerce su profesión en un organismo de cooperación internacional.

Ha publicado artículos de interés en revistas varias y ha sido ganadora del concurso de blogs del Banco Interamericano de Desarrollo sobre educación y género, con su artículo *De Princesas y Superhéroes*, donde resaltó la importancia de la igualdad en la crianza de los niños.

Desde niña, escritora de poemas, canciones, cuentos y novelas, ha recibido reconocimientos en diversos certámenes, siendo el más reciente la selección de su historia “La heroína de fuego” por la Casa de Francia, para su libro de relatos *Mujeres inspiradoras* en marzo de 2018.

Desde hace tres años ha publicado diversas historias en plataformas digitales como son los cuentos *Sueños recurrentes, La niña, La Rusalka, La heroína de fuego.*

Ava Cleyton está ligada a la literatura en cuerpo y alma. Licenciada en Filología Hispánica por la UNED, ha desarrollado toda clase de actividades relacionadas con el apasionante mundo de las letras. Su primera novela *El tiempo de la razón perdida*, fue publicada en 2009. Mujer comprometida Ava ha autopublicado *Koke, diario de un valiente*, e-book. Diversos reconocimientos en el camino demuestran su valía. Estos son algunos de ellos: Primer premio en Certamen literario 4º aniversario Atento Toledo con el relato *Patente de Corso* (2010), Finalista Concurso Miguel Delibes (Atento nacional) con *El marido engañado y la teleoperadora excelente* (2011), Premio Narrativa Corta Palabras de Mujer 2012 con *Lunas Vacías...*

Brenna Watson, licenciada en Historia y con estudios de Filología y Derecho, ha pasado los últimos quince años leyendo y corrigiendo novelas de otros autores, hasta que decidió sentarse frente al ordenador y escribir su propia historia.

Ha publicado pequeños ensayos sobre materias diversas, además de reseñas y entrevistas, en varios medios. Es una gran aficionada a la lectura y a las series de televisión estadounidenses, y le encanta comprarse zapatos. Vive en un rancho en las montañas junto a su marido, sus dos perros y tres gatos.

Elizabeth Bowman, nació en Galicia la primavera de 1980 y desde niña vivió fascinada por la magia de los bosques gallegos y las leyendas oníricas que encierran sus paisajes.

Cursó estudios sanitarios aunque enseguida descubrió que su verdadera pasión era la literatura. Influenciada por los grandes autores gótico-románticos del siglo XIX (Austen, Poe, Radcliffe, Bécquer...) empezó a escribir sobre lo que hoy se ha convertido en su auténtica pasión: la época de Regencia, plasmando en sus escritos los mundos fantásticos, elegantes y apasionados que habitan su cabeza. Mundos plagados de damas y caballeros decimonónicos, vestidos de corte imperio y salones de baile ingleses, siempre con la verde campiña como telón de fondo.

A la edad de diecisiete años publicó un pequeño poemario que apadrinó el poeta gallego Manuel María. Desde entonces colabora ocasionalmente con revistas digitales, webs literarias y foros de romántica.

Emma J. Care es el seudónimo de una autora nacida en Ferrol el 1 de julio de 1982. Amante de los libros y enamorada de las letras, se licenció en Humanidades, sin olvidarse de su cuaderno en el que dibujaba el mapa de esas historias que le gustaría escribir. Su primera novela, *Mi mal de amores eres tú*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

Encarna Magín nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles rodeada de su marido, el amor de su vida, sus tres hijos y un perrito de lo más travieso. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica la ha llevado a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo hace ella escribiéndolas.

Francine J. C. (Tarragona 1974). Es la quinta de seis hermanos. Casada y madre de dos hijos. Le

gusta dar largos paseos por el río y pintar al óleo. Siempre encuentra el momento para disfrutar de una novela, sobre todo de las románticas. De mente soñadora, siempre activa y creadora de historias, animada por su marido empieza a escribir en 2015 y finaliza su primera novela, disfrutando, como nunca, de cada línea que escribía, y tras lo cual, es consciente de que no podrá dejar de hacerlo nunca. Actualmente vive con su familia en Ourense.

Laura Kaestner nació en Buenos Aires, el 29 de octubre de 1970. Ha estudiado diversas carreras relacionadas con el turismo y la hotelería, pero aún enseña en una escuela primaria pública las materias de Prácticas del Lenguaje y Ciencias Sociales. Está casada con Gustavo y tienen dos hijos, Alondra y Eric.

Desde niña se dedicó a leer, pasando por cuentos tradicionales como Marta y Jorge y Platero y yo hasta más adolescente inclinándose por la poesía de Bécquer y Neruda, lo cual generó en ella la pasión hacia este género y comenzó a escribir poemas a los 15 años.

Sus novelas, aunque realizadas con personajes de ficción, son imaginadas en su mayoría por situaciones cotidianas, diálogos que escucha en sus viajes al trabajo, lugares en los cuales sueña que ocurren escenas que luego plasma en su escritura.

Ha editado una novela en Wattpad la cual se titula No engañes a tu corazón. Esta primera historia ha recibido muchos premios.

Su cuento Nuestro Reino fue seleccionado en el concurso para la antología Breves de Amor de la Editorial Sopa de Letras.

Participó de la antología de amor 14 corazones a través del tiempo, junto con otras trece autoras argentinas, con el cuento Voto por amor, donando lo recaudado a obras benéficas.

Mar P. Zabala nació en Salamanca, ciudad donde se crió y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. En junio de 2016 publicó su primer cuento infantil *Buky* al que le siguió en diciembre de 2016 *María y la tienda de Antigüedades*, y *Los Sombreros Verdes* en noviembre de 2018. En enero de 2017 publicó su primera novela *Dos calles más abajo*, seguida de *Pasado Imperfecto* en julio del mismo año. En 2018 llegó *Recuerdos Olvidados*, la primera entrega de *Los casos de Marina Altamirano: Nadie es lo que parece* y le siguió el inicio de la serie *Un té con amor: Un té verde con jazmín* Ambas series tuvieron su continuidad en 2019 con la publicación de *Arándanos con Mandarina* en enero, *La ciudad oculta* en marzo, *Canela y miel* en mayo y *Asesina otra vez* el Septiembre.

María Acosta nació en Salgar, Antioquia, en 1973. Cursó sus estudios universitarios en la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Pontificia Bolivariana en Medellín y tiene un posgrado en Tesol-Spanish de la Universidad de West Virginia, Estados Unidos. Tiene una comunicación directa con el mundo espiritual desde su nacimiento y durante más de una década se ha dedicado a trabajar con los ángeles impartiendo sus enseñanzas y sabiduría por medio de conferencias, talleres y asesorías privadas. Es autora de *Llamados al amor divino a través de los ángeles* (2005), *Mantenerse en la luz con la ayuda de los ángeles* (2007) y *Surviving College with Angels* (2010).

María José Avendaño nació en Buenos Aires en el año 1979. Publicó su primera novela, *Florence encanta, pero también embruja* en el año 2016, bajo el seudónimo de M.J. Maravend. Durante los dos siguientes años, publicó *La transformación de Lilith* y *Cuidado con lo que deseas, Nadin*, todas historias cortas paranormales.

En el año 2018 estuvo en el stand de la Asociación Argentina de Escritores de la Feria Internacional del libro de Buenos Aires.

Tomó clases de escritura con Gabriela Margall y Solange Cãmahuer.

Apasionada de los libros desde siempre, le encantan las comedias románticas pero también las novelas de terror; su autor preferido es Stephen King, a quien considera su escritor favorito.

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

Marion S. Lee es el seudónimo con el que escribe esta autora nacida en Cádiz, en 1970. Técnico en Relaciones Públicas, trabajó como secretaria de dirección y gerente de una empresa durante años. Comenzó escribiendo pequeños relatos de aventuras cuando era una adolescente y siempre soñó con escribir aquellas escenas que poblaban su mente. Lectora empedernida, le apasiona el género romántico, y se decanta por el romance contemporáneo para contar sus propias historias. Escribe de manera regular en la red desde hace casi dos décadas.

Sus novelas publicadas son “Sueña conmigo” (Selección Bdb — 2016), “Hasta que tú llegaste”

(Selección Bdb — 2017), también ha sido editada en papel, de la mano de Ediciones B de bolsillo. "Y a ti te prometo la luna" (Selección Bdb —2018) y "Solo con un beso", (Selecta — 2019). En enero de 2020 publicará su siguiente novela "Cien destinos junto a ti", también con el sello Selecta.

Actualmente vive en San Fernando (Cádiz), con su marido y sus dos hijos, y continúa imaginando historias que, espera, poder escribir algún día..

Mavi Tomé. Licenciada en Derecho por la UMA, Máster en PRL y Máster en y Asesoría Laboral, oposita al Cuerpo de Gestión de la Administración Civil del Estado. Es una apasionada de la Historia de España y de las Monarquías Europeas, pasión que combina con la escritura.

Anteriormente, ha participado en dos libros colaborativos: Encrucijadas y Palabras Mayores; también ha escrito un libro de cuentos: *Cuentos para Noches de Invierno. La Menina del Louvre* es su primera novela y espera que no sea la última.

Mayeda Laurens. Nacida en Madrid, pero afincada muy lejos de allí, Mayeda Laurens lleva años dedicada a la escritura en todas sus facetas. Sin embargo, siendo una empedernida lectora de novela romántica, nunca hasta ahora se había animado a escribir este género.

La divertida comedia romántica, *Atrapada en el botón de tu vaquero*, es la primera de muchas otras historias de amor y humor que ya rondan por su cabeza.

Mimi Romanz es el seudónimo que esta autora utiliza para sus novelas. Nació un 2 de enero, en Buenos Aires, Argentina. Es una escritora que disfruta con el hermoso proceso de crear una obra. Si bien estudió una carrera muy alejada del mundo de las letras, la pasión por la escritura siempre estuvo en ella. La timidez ha sido algo que siempre la ha acompañado y caracterizado, es por ello que encontró en la escritura una forma de sacar lo que no podía decir de frente. Miles de nuevas historias siguen creándose en su mente, aunque las relegue a unos pequeños bocetos y las archive en el ordenador a la espera de ser retomadas. También es correctora literaria.

Mina Vera es el seudónimo que utilizo para firmar mis obras, centrándome principalmente en novela romántica, en casi todos sus subgéneros. Nací en Bilbao en junio de 1981, y desde entonces ya no pude estarme quieta. El interés por la creatividad y la redacción me llevó a estudiar Publicidad y Relaciones Públicas en la Universidad del País Vasco, aunque el mercado

laboral me ha llevado a trabajos más comerciales que creativos. Tal vez por ese motivo, acabé fusionando esa inquietud creativa con mi pasión por la lectura. Así que un día, comencé a escribir esas historias que revoloteaban por mi cabeza.

Nieves Hidalgo es madrileña de nacimiento y devoradora impenitente de lectura. Escribe desde siempre por simple afición y durante años lo compaginó con su trabajo. En la actualidad se dedica en exclusiva a escribir. Comenzó escribiendo novelas románticas a principios de los 80, para el disfrute de sus amigas y compañeras de trabajo. En el 2007, movida por la insistencia de su más querida amiga, envió a varias editoriales algunas de sus novelas, y pronto tuvo respuesta de uno de los más importantes sellos de novela romántica en nuestro país: Ediciones B. Su primera novela publicada, *Lo que dure la eternidad* vio la luz en Marzo del 2008 de la mano del sello Vergara, que ha seguido apostando por sus novelas. Ha publicado también con Esencia y Booket, ambos sellos de Planeta.

Nuria Rivera nació en Badalona (Barcelona), en 1967. Reside en Barcelona. Es psicóloga especialista en psicología clínica y psicoanalista de profesión. Tiene un máster en salud mental, numerosos cursos de especialización y un doctorado en Clínica y aplicaciones del psicoanálisis. Fue presidenta de una Asociación Psicoanalítica y dirigió su revista. Codirige un blog de escritos psicoanalíticos con otros colegas, donde ha publicado algunos artículos. La lectura y la escritura de ficción son sus aficiones más importantes. Realizó el Itinerario para Narradores de Novela en la escuela de escritura del Ateneo Barcelonés y Novela histórica. En mayo de 2017 publicó *El destino tiene otros planes* (Ediciones B, Selección de B de Books). Fue Finalista en el VIII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR con *La pasión dormida* y en enero de 2018 publicó *Algunas mentiras* (PRHGE, Selección B de Books).

Olga Hermon. Soy mexicana. Vivo y resido en la ciudad de Hermosillo, Sonora. A la edad de quince años descubrí el mundo del romanticismo escrito con la primera historia de amor que leí, a partir de entonces, devoré cuanta novela cayó en mis manos y hasta la fecha, sigue siendo mi pasión. Pero poco a poco fue creciendo en mí una necesidad. De pronto descubrí que deseaba ser yo misma la que creara las historias; soñaba con ser la responsable de hacer vibrar los corazones de los lectores con mis propias novelas. Fue así como 2010, después de descubrir RNR, me atreví a iniciar este fascinante transitar. Doy gracias a Dios porque ha estado conmigo, poniendo en mi camino a personas increíbles que han guiado mis pasos.

Paula Alaimo. Soy Argentina y nací en Capital Federal el 24 de marzo de 1970, estoy casada y tengo un hermoso varón. Me recibí de Locutora Nacional y trabajo como Asistente Administrativa. Desde chica disfruté de la lectura y cada tanto escribía pequeñas notas, situaciones que no pasaban de las dos carillas, en el año 2014 comencé a dibujar una historia, y a partir de ahí no pude parar. Por suerte la diosa de la inspiración no me ha abandonado, seguimos haciendo camino tomadas de la mano.

Facebook: <https://www.facebook.com/autorapaula.alaimo>

Instagram: @paulaalaimo

Twitter: @PaulaAlaimo

Perla Rot es una mujer que vive a través de las letras. Amante de la naturaleza y los animales, tiene su hogar en el lugar del mundo en el que desea estar. La lectura es una de sus pasiones, y así lo demuestra la biblioteca que posee, la que sigue creciendo día a día. La escritura llegó a su vida cuando más la necesitaba. Sus primeros escritos son un par de relatos que guarda con mucho cariño. Pero pronto se decidió por la novela, y la romántica fue el género que más la atrajo. Realizó talleres literarios que la ayudaron a encontrar su propia voz, su estilo. La sensualidad es un elemento que no falta en sus escritos, una manera de seducir al lector, de animarlo a adentrarse en la pasión que desprenden sus palabras.

Pilar Piñero Mateo es una escritora catalana que nació en Barcelona el 10 de julio de 1971. Ejerció durante quince años de educadora infantil y actualmente es escritora. Reside en L'Espluga de Francolí, Tarragona, con su amor de juventud, sus hijos y un perro. En verano de 2016, decidió aventurarse a escribir sobre el amor por ser un sentimiento que conoce bien y, como lectora empedernida y escritora de novela romántica, un final feliz es imprescindible en sus historias. Próximamente, el grupo editorial Penguin Random House y Selecta, publicaran su primera novela *Voy a volverte loco* y posteriormente lo hará *Tú eres mi lugar favorito en el mundo*

Reina González Rubio. Nacida en Bizkaia desde pequeña le gustaba inventar pequeñas historias e imaginar que algún día se pudieran plasmar en una hoja en blanco. Licenciada en Ciencias de la información por la Universidad del País Vasco ha ejercido su labor de profesional en diferentes medios de prensa escrita, siempre sus entrevistas, sus reportajes y sus crónicas han tenido un marcado carácter social y solidario. Autora de un libro de relatos *Un atardecer como cualquier otro y otros cuentos* en la actualidad da clases de escritura creativa y continua su labor solidaria

impartiendo clases de español a colectivos de emigrantes.

Viktoría Yocarri. Nací en México en 1972, bajo el signo de Capricornio. Estudié Contador Público en el Instituto Tecnológico de Monterrey. Inspirada por encontrar mi propio credo, me aventuré a seguir el llamado de las letras.

Actualmente reparto mi tiempo entre la escritura, mi negocio de jardinería y profesora de secundaria.

Edición en formato digital: febrero de 2020

© 2020, Ana Álvarez, Arlene Sabaris, Ava Cleyton, Brenna Watson, Elizabeth Bowman, Emma J. Care, Encarna Maguin, Francine JC, Laura Kaestner, Mar P. Zabala, María Acosta, María José Avendaño, Marian Arpa, Marion S. Lee, Mavi Tomé, Mayeda Laurens, Mimi Romanz, Mina Vera, Nieves Hidalgo, Nuria Rivera, Olga Hermon, Paula Alaimo, Perla Rot, Pilar Piñero Mateo, Reina González Rubio, Viktoria Yocarri.

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18122-51-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Mi adorable Aileen

Nieves Hidalgo

- [1] El hecho celebra el Fin de Año desde hace cinco siglos, y proviene de los ritos del solsticio. Quedó ligada a la Navidad cristiana en el año 1600.

Índice

Antología de relatos románticos San Valentín 2020

Otra vez San Valentín. Ana Álvarez
Un atardecer en el reloj del sol. Arlene Sabaris
Siempre arriba. Ava Cleyton
Una boda en el clan Montroe. Brenna Watson
Dulce amor. Elizabeth Bowman
Cuando las luces se apagan. Emma J. Care
Cupido nunca se equivoca. Encarna Maguin
Mi corazón militar. Francine JC
Cupido, no me defraudes. Laura Kaestner
En tu mirada. Mar P. Zabala
Un amor de verdad. María Acosta
Post single day. María José Avendaño
Con un solo baile. Marian Arpa
Imposible de olvidar. Marion S. Lee
Luna de miel. Nuestra primera vez. Mavi Tomé
Mi destino eras tú. Mayeda Laurens
Corazones de papel. Mimi Romanz
Algún día. Mina Vera
Mi adorable Aileen. Nieves Hidalgo
Cuatro citas para enamorarse. Nuria Rivera
Corazón fragmentado. Olga Hermon
Agridulce. Paula Alaimo
Solo tú. Perla Rot
Rebeldía en San Valentín. Pilar Piñero Mateo
Rosas rojas para Megan. Reina González Rubio
Llegaste en el momento que esperaba. Viktoria Yocarri

Sobre este libro

Sobre las autoras

Créditos

Notas